

DIABLURAS

José Carlos Canalda



ÍNDICE

| | |
|--------------------------|----|
| PRESENTACIÓN | 2 |
| ALFA Y OMEGA | 3 |
| MEMENTO HOMO | 4 |
| YO, EL DIABLO | 5 |
| EL EFECTO MARIPOSA | 13 |
| PREMIO Y CASTIGO | 22 |
| NUEVOS TIEMPOS | 23 |
| DECRETO | 34 |
| ALOJAMIENTO | 35 |
| INFIERNO TELEFÓNICO | 36 |
| PACTO INFERNAL | 48 |
| PUBLICIDAD DIABÓLICA | 51 |
| UNA OFERTA DIABÓLICA | 60 |
| EL ALMA TENÍA UN PRECIO | 67 |
| JUEGO DIABÓLICO | 75 |
| TRIBULACIONES INFERNALES | 82 |

PRESENTACIÓN

Una variante muy socorrida de la literatura fantástica es la relacionada con cualquier tipo de posesiones infernales, incluyendo claro está la tradicional venta del alma al diablo, de la cual el ejemplo literario más significado es probablemente el doctor Fausto... sin olvidarnos tampoco de nuestro castizo Diablo Cojuelo, popularizado en el Siglo de Oro por el escritor Luis Vélez de Guevara.

Yo, la verdad, me he dejado guiar más por este último que por el antipático Mefistófeles, por lo que en estos relatos les será fácil encontrar un tono, digamos, irónico o satírico, a la par que -al menos eso he pretendido- divertido. He incluido también en esta sección, de ahí su doble título, los cuentos relacionados con genios y lámparas maravillosas dado que su temática es relativamente similar, el afán humano por saltarse las leyes de la naturaleza invocando a los poderes superiores, sean éstos demoníacos o simplemente sobrenaturales, como son los genios.

José Carlos Canalda

ALFA Y OMEGA

-Dios ya no existe.

-¿Y cómo puede usted estar tan seguro? -pregunté con ironía a mi hierático y atildado interlocutor-. Antes que usted han sido muchos los que a lo largo de la historia han hecho esta misma afirmación; y todos, sin la menor excepción, se equivocaron. No conviene olvidar que la religión es una manifestación cultural inherente a la especie humana, y que mientras exista un solo hombre vivo será necesaria la existencia de Dios.

-En cuanto a lo primero, confío en que no dure demasiado tiempo -respondió calmadamente-; y en lo que respecta a la segunda de sus aseveraciones, puede estar bien seguro de que ya no es válida.

-Supongo que tendrá alguna razón para opinar así.

-Por supuesto que sí -sonrió-. Yo lo maté.

Y desapareció. En el aire, durante un buen rato, quedó flotando un penetrante olor a azufre quemado.

MEMENTO HOMO

Simón Fuentes, hombre insignificante y gris hundido en la mediocridad de su vida cotidiana, siempre había alentado una ambición, la única ambición de una vida marcada por la monotonía y el hastío.

Ni deseaba dinero ni perseguía el poder y, por otro lado, su gusto por las mujeres no iba más allá de un moderado impulso fácilmente sofocable desde su soltería forzada. No, Simón no iba tras de ninguno de los tres componentes de la pecaminosa trilogía que mueve a la humanidad: ni el mundo, ni el demonio ni la carne habían figurado jamás entre sus objetivos prioritarios.

Mucho más sutil y, a su manera, ambicioso, tan sólo anhelaba poder salir del pozo sin fondo que para él era la sociedad en la que se veía obligado a vivir buscando la comprensión de los eternos misterios del universo, aquella calidoscópica realidad de la cual los hombres, aún los más sabios, tan sólo eran capaces de vislumbrar algún que otro fugaz destello de toda su sublime realidad.

Así las cosas, nunca hubiera podido Simón suponer (él era, al fin y al cabo, racionalista) que el Maligno pudiera existir en realidad y que además, ¡oh sorpresa! pudiera haberse fijado en su modesta persona con el fin de proponerle el viejo y clásico pacto: su alma a cambio de un deseo, un único deseo.

Cuando, tembloroso pero en absoluto vacilante, Simón comunicó al orgulloso Señor del Averno su más cuitado afán, lo hizo temeroso de que el Rey de las Tinieblas se negara en redondo a ello por considerar que se trataba de algo demasiado ambicioso para un simple mortal; pero para su sorpresa, Satán aceptó complacido el pacto imponiendo una única condición o, por decir mejor, limitación. Tendría a su disposición todo el saber del universo a excepción de dos cuestiones imposibles de alcanzar a causa de su propia naturaleza: La esencia del Bien, representada por su eterno competidor (y al decir esto había fruncido con irritación el infernal ceño) y el espíritu del Mal representado por... Aquí era donde su interlocutor se había atusado vanidosamente el fino y mefistofélico bigote al tiempo que se hacía más ostensible el tenue tufillo a azufre.

Han pasado dos años. Desde su celda del hospital psiquiátrico y en sus escasos momentos de lucidez, Simón se lamenta con amargura de su suerte al tiempo que envidia con todas sus fuerzas a aquellos simples de corazón y hueros de mente que desde su feliz ignorancia viven tranquilos sin sospechar siquiera que el saber, lejos de hacer más felices a los hombres, puede conducirlos irremisiblemente a la locura de la desesperación.

YO, EL DIABLO

Antes de nada, permítanme que me presente. Soy Lucifer, el portador de la luz, aunque ustedes también me conocerán probablemente como Satán o Satanás, el Demonio, el Diablo, e incluso por otros calificativos menos afortunados como el Maligno, el Gran Cabrón o, incluso el chusco nombre de Pedro Botero.

Quizás se preguntarán la razón por la que me dirijo a ustedes de esta manera, sobre todo si tenemos en cuenta la mala fama que secularmente me han atribuido los servidores terrenales de la Otra Parte... Pero les aseguro que la realidad de Allí Arriba es mucho más compleja que esa absurda distinción entre el Bueno (ya saben quién) y el Malo, es decir, yo. Lo cierto, es que a cada uno de nosotros le correspondió en su día una responsabilidad que todos asumimos con total profesionalidad independientemente de que a algunos nos cayera en suerte desempeñar frente a los humanos un papel ciertamente poco lucido; lo importante, es que yo siempre he estado satisfecho de mi trabajo, y así me lo han reconocido en todo momento la totalidad de mis compañeros empezando por el propio Director de Allí Arriba... Y discúlpenme si no cito su nombre, pero tienen que comprender que, después de tantos milenios, los hábitos resultan bastante difíciles de desarraigar.

Todo empezó hace algún tiempo. Yo me encontraba trabajando tranquilamente en mi oficina... Bueno, no vayan a creer que yo me siento delante de una mesa como si fuera un simple humano; pero el símil resulta válido y no altera en absoluto el sentido de la narración. Tan sólo tenía que resolver algunos pocos asuntos de trámite tales como antiguas y ya casi olvidadas ventas de almas y una o dos misas negras de las que ya había responsabilizado a mis ayudantes inferiores.

La jornada, pues, se presentaba tranquila y plácida tal y como acostumbraba a ser habitualmente en mi sección desde hacía ya mucho. Me encontraba enfrascado en la resolución de un curioso sofisma que me había planteado mi buen amigo Vishnú, cuando me apercibí de la llegada de la pequeña Iris, la encargada de nuestro servicio de correo interno. Puesto que no suelo recibir demasiada correspondencia (hablando con más propiedad, no me llega prácticamente ninguna), no dejó de sorprenderme que me entregara una misiva que, por el sobre (tampoco era un sobre, pero dejémoslo así), pude deducir que se trataba de una circular de los servicios centrales de la Administración Sobrenatural.

Esto me intrigó. Normalmente nuestros negociados gozaban de una amplia autonomía interna, por lo que resultaba excepcional que los de Arriba del Todo se inmiscuyeran en nuestros asuntos. En lo que a mí respecta jamás se me había dado esta circunstancia, lo que hacía aún más extraña la situación.

Tardé muy poco en salir de dudas. En la circular se me comunicaba, con el frío e impersonal lenguaje de la burocracia, que a partir de ese momento quedaba relevado de todas mis responsabilidades al frente del Negociado Infernal para pasar, en calidad de funcionario jubilado, al colectivo de las Clases Pasivas. Firmaba la orden el propio Jefe Supremo, y el documento estaba plagado de toda esa caterva de sellos y rúbricas que tanto encantan a la plaga de los burócratas.

Mi primera reacción fue de estupor inmediatamente seguido de una sorda indignación. Puesto que todos nosotros somos inmortales, hubiera resultado completamente absurdo establecer nuestra jubilación en función de una edad en la que empezáramos a declinar física y mentalmente tal y como ocurre con ustedes los mortales. Sin embargo, sí contamos con un equivalente a la decrepitud corporal: Todo nuestro colectivo depende en definitiva de que algunos (o muchos) de ustedes crean en nosotros y nos adoren o nos teman, que para el caso viene a ser lo mismo. Y así, cuando alguien tiene la desgracia de perder al último de sus fieles, es clasificado automáticamente como jubilado siendo relevado de sus responsabilidades y enviado al equivalente a uno de sus asilos. Eso era precisamente lo que me acababa de ocurrir.

Como es natural, me dirigí lo más rápido que pude a la Sección de Personal con objeto de clarificar lo que yo suponía que era un error. ¡Jubilarme a mí, que era uno de los seres más temidos y por ello más reverenciados de toda la historia de la Cristiandad! Era ciertamente indignante, y no estaba en absoluto dispuesto a consentirlo.

Me recibió el propio Miguel en persona (o, por hablar con más propiedad, en arcángel); era éste el responsable máximo de la Sección de Personal y, por lo tanto, el culpable en definitiva de mi desairada situación. No, no crean que Miguel y yo somos enemigos irreconciliables a pesar de la batallita que nos vimos obligados a perder los diablos por culpa de las exigencias del guión; una cosa es el trabajo y otra las relaciones personales entre nosotros. Miguel no es un mal chico y yo ciertamente le aprecio aunque en ocasiones llega a disgustarme su burocratismo exagerado.

Miguel me atendió con toda amabilidad, pero se mostró inflexible en su decisión avalada ciertamente por El de Arriba. Hoy, me dijo, nadie creía ya en el infierno, por lo que se me “invitaba” amablemente a retirarme a una cómoda residencia que era, en realidad, nuestro propio y particular cementerio de elefantes. De nada me sirvió protestar arguyendo que la gente seguía creyendo en mí y en mis artes maléficas; lo cierto era (y yo lo sabía, al igual que ellos) que los ritos infernales habían degenerado en unas simples manifestaciones folklóricas mientras que los propios soldados terrenales del Enemigo amenazaban con mi existencia sólo con la boca pequeña convencidos en el fondo de que mi persona era tan sólo un espantajo válido únicamente para asustar a los niños.

En cuanto a mi sección, ésta iba a ser suprimida del organigrama siendo mis subordinados (bien pocos ya, por cierto) trasladados a los infiernos de otras religiones que,

por ahora, continuaban manteniendo su vigencia. Nada tenía pues que hacer salvo recoger mis objetos personales y dirigirme al club de jubilados, donde ya me aguardaban y me habían reservado una plaza.

Huelga decir que me retiré de allí sumido en la más negra de las depresiones. Tras de tantos milenios de trabajo abnegado y reconocido por todos mis superiores, despedirme de esta manera era la mayor infamia que me podían hacer. Pero no me quedaba otra solución que la de acatar las órdenes, por lo que me dirigí por última vez a mi despacho y, recogiendo mis escasos recuerdos de toda una vida de dedicación, me marché silencioso para no volver a pisarlo más. Los dos o tres diablos menores que allí se encontraban debían de conocer ya la noticia, puesto que esquivaron mi mirada al tiempo que cuchicheaban entre ellos algo que no pude entender pero que no resultaba demasiado difícil de adivinar. Bien, ellos al menos habían tenido suerte; pero mi carrera estaba ya acabada. En aquel instante los odié.

Puesto que nada ganaba con retrasar la partida me encaminé directamente hacia la residencia de jubilados. Se trataba de un vasto recinto de aspecto aséptico, no precisamente deprimente pero tampoco demasiado alentador. Bien, por supuesto que no era un edificio, no podía serlo puesto que nada material existe en nuestro mundo; pero sin duda podría equipararse a uno de esos fríos y funcionales edificios en los que ustedes los mortales acostumbran a aparcar a sus viejos con el pretexto de que allí estarán mejor tratados. Un gueto, en definitiva, donde arrinconar a todos aquellos que ya no éramos útiles.

Para sorpresa mía, yo no era el único recién llegado allí. En recepción me encontré con otros dos jubilados, un dios tribal de un valle de Nueva Guinea sustituido en la fe de sus adoradores por el culto a la Coca-Cola, y un antiguo mártir de tiempos del emperador Decio que, patrono secular de un pueblecito soriano, había visto fallecer recientemente al último de los lugareños de la aldea sometida a su protección.

Es fácil imaginar que los tres comenzáramos a relatarnos nuestras respectivas y similares cuitas sin que la disparidad aparente de nuestros orígenes lograra triunfar sobre la desgracia común que a todos nosotros afligía. A poco, vino a recibirnos el viejo Caronte ahora encargado de la portería de la residencia una vez que la ancestral laguna Estigia dejó de tener el menor significado para la humanidad que otrora la reverenciara.

Como yo suponía, los tres éramos esperados. Rápidamente se nos asignaron nuestras respectivas habitaciones (es un decir) y, una vez avisados de la rutina del lugar, fuimos invitados a pasar a las salas comunes donde podríamos trabar relación con el resto de los residentes. Se buscaba, claramente, que dejáramos atrás nuestra por otro lado lógica depresión integrándonos en la vida del colectivo... Un colectivo, por cierto, francamente numeroso como producto que era de la veleidad de unos seres humanos incapaces de no

creer en nada pero gustosos de abandonar una y otra vez a los que antaño fueran sus antiguos dioses.

Allí estaba el panteón grecorromano en pleno a excepción de la grácil Iris, que había sido reconvertida como ya comenté, pasando a ocupar la jefatura del servicio de correos interno que funcionaba en nuestra administración. Flemáticos y educados a excepción de algunas ovejas negras tales como el incorregible Baco, los dioses y héroes olímpicos contrastaban fuertemente con sus rudos y groseros colegas germánicos empeñados al parecer en una interminable orgía. También se veían por allí los antiguos y olvidados dioses de las primeras civilizaciones mediterráneas desde hace milenios extinguidas, dioses que en su día fueron reverenciados por asirios, babilonios, hititas o fenicios y que hoy daban la más patética imagen del abandono. Los egipcios, hieráticos y discretos, mostraban por su parte la prestancia de los aristócratas venidos a menos al tiempo que comentaban entre ellos los ya desaparecidos días felices.

La nota de color y exotismo la daban los dioses precolombinos y africanos así como los para mí desconocidos dioses ancestrales de las culturas prehistóricas, mientras que la aportación de los países asiáticos y orientales era más bien escasa a causa, sin duda, del mayor apego a la tradición de estos pueblos. Todos sin excepción nos acogieron con hospitalidad y simpatía pero, aunque nos afirmaban que en ese lugar se vivía bien, no dejaba por ello de traslucir en su mirada una remota añoranza de los privilegios perdidos. Porque, en definitiva, en este lugar se tenía de todo menos alegría.

Pasó el tiempo. Poco a poco me iba habituando a mi nueva situación, aunque me resultaba de todo punto imposible evitar los recuerdos de cuando yo era temido y poderoso. Rápidamente había hecho migas con gran parte de mis compañeros, en especial con los educados y sofisticados griegos muy superiores en todo a las deidades de otras civilizaciones inferiores, pero entre todos ellos era con Hades-Plutón con quien más me relacionaba, sin duda debido a la similitud de nuestros antiguos quehaceres, y era también a él a quien solía confiar mis frecuentes lamentos sobre el paraíso perdido.

-¿Por qué no solicitas una reválida? -me dijo un día en el que yo me había mostrado especialmente llorón- En todo caso, nada tendrías que perder.

-¿Reválida? -le pregunté extrañado- No sabía que existiera esa posibilidad.

-Bien, la verdad es que no lo dan demasiada publicidad; ya sabes cómo son por allá arriba. -me respondió visiblemente turbado- Tanto es así, que desde el triunfo del cristianismo es un recurso al que se ha apelado en muy contadas ocasiones. Pero que yo sepa, esta disposición no se ha derogado aún, por lo que continúa vigente por mucho que no les agrade a los chupatintas de la Sección Central de Personal.

-Y yo, ¿podría?... -exclamé sintiendo que una emoción me embargaba el cuerpo.

-Sí, por supuesto; nunca podrían negártelo. Y que triunfaras o no en el empeño, eso sería ya una cuestión exclusivamente tuya.

-¿Qué hay que hacer?

-¡Oh, es fácil! Bastará con que hables con el administrador que, precisamente, es mi buen amigo Ulises. Se trata de alguien sumamente versado tanto en leyes como en trapacerías legales, y sin duda te sabrá orientar convenientemente.

-Una última pregunta. ¿Por qué vosotros no lo habéis intentado?

-Lo intentamos, amigo, lo intentamos. -sonrió tristemente el buen Plutón- ¿O es que no recuerdas que nuestra lucha contra el cristianismo fue feroz durante los últimos años del imperio romano? Pero perdimos, y hoy en día sería absurdo pretender que los hombres volvieran a adorarnos. Tú, sin embargo, lo tienes mucho más fácil; y espero, sinceramente, que tengas suerte en tu empeño.

* * *

Plutón tenía razón. No me podían negar mi derecho, ni tampoco intentaron hacerlo. Pero nada impedía que me lo pusieran difícil, y a fe mía que lo hicieron a conciencia. Resumiendo, les diré que las condiciones que me impusieron fueron las siguientes: Debía trasladarme físicamente a la Tierra (bueno, todo lo físicamente que pueda hacerlo un espíritu inmaterial como yo) y en un plazo de tiempo determinado e improrrogable tendría que conseguir crear un núcleo de adoradores capaz de perpetuarse en el tiempo... Porque quedaba bien entendido que, de no conseguirlo o bien a causa de la extinción posterior de mi secta, iría a parar de nuevo de cabeza a la *acogedora* residencia que ya conocía.

Si todo se hubiera quedado tan sólo en estas cortapisas por lo demás bastante lógicas, no me habría resultado nada difícil lograr mis objetivos. Pero, ¡ay!, mis enemigos eran mucho más perversos y sutiles y urdieron una felonía capaz por sí sola de hundir todas mis esperanzas condenándome de una manera prácticamente irreversible al fracaso: Se me prohibía terminantemente recurrir a mis poderes sobrenaturales viéndome obligado a encarnarme en una envoltura mortal desde la cual debería intentar convencer a los humanos con los recursos propios (y, huelga decirlo, harto limitados) de los mismos. Dicho con otras palabras, tendría que pasar por uno de ellos sin poder desvelar en ningún momento mi verdadera naturaleza. Lo demás, (¡vaya ironía!) corría exclusivamente de mi cuenta.

La suerte ya estaba echada, y no podía decirse que hubiera sido precisamente benigna conmigo. Pero, puesto que nada conseguía lamentándome, me apresté a intentar lo imposible confiando en la remota posibilidad que aún me quedaba de poder llegar felizmente a puerto. El problema, y no precisamente pequeño, estribaba en mi falta de práctica en corromper las almas de los humanos, cosa por otro lado fácil de esperar al

haber pasado ya mucho tiempo desde que decidiera dejar de ocuparme personalmente de estos temas a la par que delegaba esta responsabilidad en mis subordinados; necesitaba, pues, un período de entrenamiento que me permitiera recuperar mis anquilosadas facultades, y a ello me entregué con ahínco como primera y necesaria fase de mi personal y doloroso avatar.

Y así, recordando uno de los trucos que tradicionalmente me diera mejores resultados, decidí recurrir a las trasnochadas teorías del buen chiflado de san Jerónimo buscando la fácil estimulación de la lujuria humana. Pero, puesto que hasta la utilización de súcubos me había sido vedada, me tuve que ver sometido a la humillación de soportar ¡en persona! la repugnante lascivia de unos sacos de instintos que poco más tenían de seres racionales que estrictamente su propio nombre.

Me resultó extremadamente fácil corromper a los pocos que, previamente, no lo habían hecho ya por sus propios medios; pero esto no era suficiente ya que no bastaba con apartarlos de la senda de la virtud sino que precisaba además que se convirtieran en adoradores convencidos del Mal con mayúsculas. Y ahí, justo es decirlo, fracasé estrepitosamente a causa del acendrado materialismo que en el transcurso de los siglos había arraigado en la coriácea alma de los acomodaticios humanos.

En contra de todo lo afirmado secularmente por los representantes del Otro Lado en la Tierra, para servir al Mal y al igual que para adorar al Bien es preciso renunciar por completo a los placeres materiales comprometiéndote a seguir en todo momento un camino largo y penoso que, en el caso que nos ocupa, conduce a la perfección de la Extrema Maldad. Y, si algo estaba meridianamente claro, era que ninguno de los hombres con los que tuve ocasión de tratar tenía el más mínimo interés en renunciar a sus muelles placeres terrenales.

Puesto que ningún resultado práctico había podido conseguir con los varones, decidí adoptar forma de íncubo y probar suerte con las mujeres, mucho más dadas que ellos (o al menos eso creía yo ingenuamente) a las cuestiones espirituales... Y mi sorpresa, para que negarlo, fue mayúscula. Mucho habían cambiado realmente las cosas desde la última vez que me había dejado caer por aquí, y mucho tendría yo que adaptarme a los nuevos vientos que soplaban por el viejo solar de la humanidad si no quería verme abocado al más espantoso de los fracasos.

Resolví, pues, ceñirme a la nueva situación que se vivía en el planeta y, tras estudiar minuciosamente los vicios principales de esta degenerada y materialista humanidad, me dediqué con ahínco a la dura tarea de crear prosélitos. Durante un tiempo largo para los criterios humanos pero breve para un inmortal como yo, trafiqué con armas, estimulé el consumo de drogas, originé varios escándalos financieros y tomé parte activa en un buen puñado de conflictos bélicos más o menos sangrientos. Corrompí gobiernos, arruiné vidas, hundí en la miseria a ricos y elevé al poder a los más abyectos representantes de la estirpe

humana... Y todo ello sin recurrir a mis artes diabólicas, simplemente comportándome como un humano más aunque, eso sí, disponiendo de toda mi astucia infernal.

Mi labor fue sin duda brillante, pero resultó completamente inútil de cara a los objetivos que me había marcado. Y es que, aunque conseguí formar un enorme número de degenerados, no por eso pude crear ni un solo virtuoso del mal que era, en definitiva, lo que yo buscaba. Una vez más se confirmaban mis sospechas respecto a la verdadera naturaleza de la humanidad, ni buena ni mala sino sencillamente repugnante. Así, señores, no podía hacer absolutamente nada.

Lo reconozco, estuve a punto de tirar la toalla. Prefería estar en el cómodo olvido del asilo antes que seguir desesperándome con tan estúpidos individuos. Sin embargo, antes de adoptar tan drástica decisión resolví realizar el esfuerzo postrero razón por la cual, queridos lectores, me estoy dirigiendo en estos momentos a ustedes. La idea era atrevida, y bordeaba peligrosamente las limitaciones impuestas a mi labor. Por ello, no me atreví a ponerla en práctica sin consultar antes con mis censores, los cuales acabaron accediendo a regañadientes no sin insistir una y otra vez en su amenaza de descalificarme si rebasaba en un solo ápice aquello que me era vedado.

Mi iniciativa era audaz, pero de triunfar en el empeño alcanzaría no sólo la rehabilitación sino también la gloria. Mi planteamiento era el siguiente: Si el hijo del Jefe había descendido a la tierra para crear el germen de una de las religiones mayoritarias del planeta, ¿por qué no podía hacer yo lo mismo revelando mi identidad aunque sin abandonar mi envoltura carnal? Él había realizado milagros, yo renunciaba a hacerlos confiando exclusivamente en mi poder de convicción.

Una vez aceptada mi propuesta con las cortapisas anteriormente reseñadas, me puse inmediatamente manos a la obra intentando imitar la labor de este gran pastor (lo cortés no quita lo valiente) adaptándola, claro está, a las circunstancias actuales. Él había predicado en una de las más remotas y atrasadas regiones del planeta, yo por el contrario tenía que dirigirme a una sociedad tecnificada y decadente tan amante de la buena vida como enemiga de los sacrificios. Y, si esto me planteaba ciertos inconvenientes de importancia, también me facilitaba mi labor al poder disponer de los sofisticados medios de comunicación existentes en la misma. Pero, ¡ay!, no es tan fácil llegar al director de una emisora de televisión o de un gran periódico y decirle: *“Oiga, soy el Diablo y quería disponer de un espacio para poder exponer mis ideas a sus espectadores/lectores”*. No, no resultaba porque la gente, por mucho que me avergüence decirlo, ya no cree efectivamente en mí.

Tan sólo me quedaba una salida en la literatura, y concretamente en la literatura de ficción. Aquí sí que se admiten todo tipo de ideas por muy reñidas que estén con la presunta razón, pero hay que contar también con la servidumbre de la falta de verosimilitud con la que la gente acoge este tipo de obras. Y, puesto que no tenía otra

elección, opté por escribir este relato y presentárselo a un editor de literatura fantástica con la esperanza de verlo al fin publicado. Pero le aseguro, amigo lector, que lo que tiene en estos momentos en sus manos es un relato verídico escrito por el Príncipe de las Tinieblas en un desesperado intento de restablecer su maltrecha reputación. No confío en que mi llamada sea atendida más que por un limitado número de verdaderos creyentes, y a éstos mis adoradores les garantizo una vida plena de satisfacciones (entiéndase, espirituales y no materiales) siempre y cuando se consagren en la búsqueda de la Suprema Maldad.

Os espero, hijos míos, con los brazos abiertos y el corazón inflamado de amor paternal. Buscadme y me encontraréis: Os lo aseguro.

EL EFECTO MARIPOSA

-¡Minuto ochenta y nueve de la segunda parte! ¡Señores, la emoción se palpa en el estadio, el milagro está a punto de consumarse! ¡España va a proclamarse campeona del mundo de fútbol!

La engolada voz del locutor deportivo insuflaba entusiasmo hasta al más escéptico o indiferente ante el deporte rey. Todo el país estaba en ascuas pendiente de la televisión, de la radio, de internet... De cualquier artefacto capaz de retransmitir el acontecimiento más multitudinario de la reciente historia de España: Los once jugadores de la selección de fútbol acariciaban con sus manos -o con sus botas-, contra todo pronóstico, el codiciado trofeo que durante tantos años se había mostrado esquivo. Frente a ellos se alzaba la temible selección brasileña, humillada tras encajar un gol apenas iniciado el partido y ahora, en las postrimerías del mismo, rendida dócilmente tras haberse estrellado una y otra vez ante la inexpugnable defensa ibérica.

El corazón de Juan P., ferviente aficionado al fútbol, latía con tal fuerza en su pecho que parecía querer romperlo, mientras su propietario se sentía cercano al éxtasis, al nirvana y al orgasmo todo en uno.

Pero...

La fatalidad había clavado sus crueles garras en las esperanzas de la afición española. Era ya inminente el final del partido y el árbitro consultaba ya su cronómetro, cuando un error inocente de la defensa española propició la catástrofe. Un despeje fallido en corto, una genialidad del delantero carioca que, tras encontrarse con el inesperado regalo en sus pies regateó habilidosamente a sus desconcertados rivales, un portero que no se esperaba ese remate que le entró colocado por la escuadra... Y llegó el empate, para alegría de la *torcida* y desesperación de los españoles.

Después vendrían la agónica prórroga, saldada sin goles, y unos penaltis que dieron la victoria, y con ella el campeonato, a los hasta poco antes desahuciados brasileños. España no era campeona del mundo, ni probablemente lo sería en mucho tiempo.

Inundado en sudor, Juan P. se despertó bruscamente en mitad de la noche. Otra vez la pesadilla. Otra vez esa maldita obsesión que se recreaba haciéndole sufrir una y otra vez con la tortura de la derrota... ¿Hasta cuándo? Habían pasado ya quince días desde la fatídica final y Juan P., al igual que miles y miles de españoles, no había logrado dejar atrás tan traumático acontecimiento.

¡Si el maldito balón hubiera ido algo, sólo algo, más alto! ¡Si se hubiera estrellado contra la escuadra! -repitió una vez más a modo de mantra balsámico- ¡Hubiera sido capaz de vender mi alma al Diablo por ello!

Era evidente que la exclamación de nuestro protagonista había sido meramente retórica; de hecho, dado que las sutilezas intelectuales y culturales no eran precisamente su fuerte, se había debido tan sólo a la feliz coincidencia de que poco antes la hubiera oído declamar en una película y que a él le gustara. Era muy probable que, tan sólo unas semanas después, no la recordara siquiera... Pero el destino quiso que así fuera.

Era evidente asimismo que, salvo en algunas conocidas obras literarias como, por ejemplo, las que recogen el mito del Doctor Fausto, el Diablo no acostumbra a aceptar este tipo de ofrecimientos, lo que ha movido a muchos a dudar incluso de su propia existencia pese a las reiteradas afirmaciones en sentido contrario de la jerarquía católica... Pero quiso la casualidad que fuera el propio Lucifer, y no uno de sus subordinados, el que decidiera atender personalmente la petición, debido a que en esos momentos se encontraba ocioso y aburrido y deseaba tener algo en lo que entretenerse.

-¡Acepto! -exclamó materializándose bruscamente a los pies del lecho del postulante. Huelga decir que, aunque le incomodaba recurrir a una parafernalia que se le antojaba ridícula, optó por revestirse con su aspecto más clásico, es decir, con rabo, cuernos, pezuñas y olor a azufre incluido; en realidad, como es sabido, el Diablo puede adoptar cualquier apariencia que se le antoje puesto que no tiene ninguna, pero de haber recurrido a otra menos convencional habría corrido el riesgo de desorientar a su poco cultivado *cliente*. Al fin y al cabo, un poco de *marketing* nunca venía mal para el negocio, máxime teniendo en cuenta que últimamente la *competencia* le estaba apretando bastante las clavijas.

Claro está que, si a alguien se le apareciera repentinamente el Diablo en persona, lo más probable sería que quedara tan espantado que fuera incapaz de articular palabra alguna; pero el Maligno, conocedor de este inconveniente y hábil en todo tipo de ardides, siempre procuraba evitarlo insuflando una tranquilidad absoluta en el espíritu de sus futuros poseídos, que no era cuestión de espantar a los posibles clientes.

-¿Eres tú? -balbuceó el sorprendido invocante incorporándose de la cama para contemplar mejor al Señor del Averno- ¿No estoy soñando?

-Por supuesto que soy yo. -respondió Lucifer con esa elegancia innata que hasta sus más acérrimos enemigos no tenían más remedio que reconocerle, al tiempo que agitaba con displicencia su largo rabo- Hijo mío, tú me has invocado y yo he respondido a tu llamada; estoy dispuesto a aceptar tu ofrecimiento, pero te ruego que seas breve ya que mis ocupaciones son grandes y tengo que atender a multitud de almas descarriadas...

-¿Tú...? ¿Tú podrías hacer que España ganara el Mundial?

-¡Por supuesto que sí! -se ufanó atusándose el negro bigote- Hijo mío, ¿por quién me tomas? Mis poderes son ilimitados, y sólo la envidia de *ése* -mordió literalmente las sílabas- al que tan vanamente adoráis me impidió ofreceros un reino más justo, y sobre todo infinitamente más divertido, que el suyo. Me resultaría trivial hacer retroceder el tiempo unos días y conseguir que el balón rebotara en la escuadra en lugar de penetrar en la red... Claro está que esto tendría su precio, por supuesto.

-¿Mi alma? -exclamó jubiloso el renegado que, dada su indiferencia absoluta en lo referente a asuntos religiosos, estimaba que poco era lo que podría perder con el cambio.

-¡Oh, no! No lo tomes como un desprecio, te aseguro que tenemos tantas almas amontonadas ya, que no sabemos qué hacer con ellas... Te diré que llegamos incluso a ofrecerles un trueque a los de *arriba*, nada menos que mil por una, pero se negaron a aceptarlo los muy estúpidos.

-Entonces... -Juan P. se sentía desorientado.

-Se trata de algo mucho más sencillo e insignificante, algo que no te requerirá el menor esfuerzo ni te creará la menor molestia. Verás. Si yo hago retroceder el tiempo quince días y desvío ligeramente el balón para que la jugada no acabe en gol, necesito consumir cierta cantidad de energía... No de la energía que conocéis vosotros, por supuesto, pero es una energía al fin y al cabo que, como cualquier otra, está sometida a las leyes universales de la conservación. Dicho con otras palabras para que me entiendas: Esa energía la tengo que obtener de alguna manera, y las reglas del pacto estipulan que seas tú el que me la proporcione.

»No, no te asustes; tú ni te enterarás. El retroceso en el tiempo es gratis, puesto que éste se comporta como un resorte que al ser soltado libera la energía que previamente ha absorbido. En cuanto al asunto del desvío del balón para que éste no penetre en la portería, se trata de un esfuerzo tan pequeño, que me bastaría con una alteración insignificante en tu vida para sentirme pagado.

-¿Sólo eso? -Juan P. no podía creer en su buena suerte.

-Sólo eso, con un par de condiciones. Primero, que me reservo el derecho a elegir la intervención en tu vida que estime más oportuna, por supuesto sin que tú tengas el menor conocimiento de ello; eso sí, te aseguro que no resultará en modo alguno desproporcionada. Segundo, que nadie en todo el planeta, ni siquiera tú mismo, será consciente de la alteración, aunque pasado algún tiempo te haré una visita para hacer balance de tu vida comparándola con lo que te hubiera ocurrido de no haber mediado esta pequeña interferencia.

-Acepto.

-Pues entonces, está hecho. Ah, disculpa que pase por alto esas zarandajas de firmar con tu propia sangre, hace mucho que decidimos suprimir toda esta burocracia tan desagradable como inútil. Hasta siempre, hijo mío.

Y desapareció. Una vez fuera de la vista de Juan P. el Diablo dio rienda suelta a su irritación al tiempo que recobraba su no-forma, profundamente decepcionado por la escasa ambición mostrada por su nuevo adepto.

-¡Habrás visto el imbécil! -bufaba indignado- Podía haberme pedido riquezas, poder, sabiduría, mujeres... ¡Y se conforma con que le amañe un partido de ese estúpido juego que los embrutece! Éste se va a enterar, ya me encargaré yo de que pague convenientemente por su estupidez.

Porque, aunque ni tan siquiera al Maligno le estaba permitido moldear a su antojo la vida de una persona, sí podía influirla sutilmente de forma que se aproximara lo más posible a sus intereses, respetando por supuesto de forma escrupulosa las estrictas reglas de juego impuestas por su odioso enemigo.

* * *

España era una fiesta. Quince días después de culminada la hazaña, todavía se respiraba la euforia por todos los rincones del país. De gesta épica, cuanto menos, tildaban los periodistas la victoria sobre Brasil, y eso los más recatados ya que el resto, en especial los pertenecientes a las plantillas de los diarios deportivos, iban mucho más allá, para bochorno ajeno, en la desmadrada competición de epítetos laudatorios en la que todos ellos habíanse embarcado. Los cuarenta millones de españoles, e incluso mucho de los inmigrantes que con ellos convivían, parecían haberse vuelto locos de forma colectiva, y tan sólo un puñado de almas sensatas se lamentaban amargamente, sin que por supuesto nadie les hiciera el menor caso, ante tan inútil gasto de energías, sin duda mucho más aprovechables en acontecimientos de mayor importancia.

El retorno de los héroes de la selección fue apoteósico, por supuesto con recepción real incluida. Todos los jugadores fueron galardonados con una de las más importantes condecoraciones nacionales, e incluso el propio seleccionador y el presidente de la federación se encontraron con el premio de sendos títulos nobiliarios... Eso sin contar, claro está, la jugosa gratificación en metálico con la que todos ellos contaron, gustosamente otorgada por unas empresas patrocinadoras que hicieron literalmente su agosto explotando publicitariamente el acontecimiento.

Juan P., huelga decirlo, se encontraba entre esa inmensa masa de españoles que veían el éxito deportivo como el *summum* del triunfo internacional de un país que no andaba precisamente sobrado de ellos, superior sin duda dentro de su escala de valores a la

consecución de un premio Nobel e incluso, ¿por qué no?, al mítico descubrimiento de América. El bueno de Juan era feliz, increíblemente feliz, y por ello no pasó de considerar como una pequeña molestia la rotura de brazo que se produjo cuando, al saltar de alegría tras pitar el árbitro el final del partido, resbaló tontamente golpeándose el codo con el pico de la mesa. ¿Qué importancia tenía estar escayolado algunas semanas frente a la proeza de los jugadores españoles, que habían escrito con letras de oro el nombre de nuestro país en la historia deportiva de la humanidad? Además, este percance no le impediría disfrutar de la euforia colectiva que se respiraba por todos los lados.

Para su desgracia, las cosas comenzaron a torcerse cuando, una vez dado de alta, se encontró con que su jefe no le renovaba el contrato alegando los malos momentos por los que atravesaba la empresa. Juan P. trabajaba en un pequeño taller de cerrajería y, no le cabía duda de ello, los argumentos utilizados para justificar su despido eran una burda excusa. Por supuesto Juan P. recurrió a las autoridades laborales pertinentes, las cuales dictaminaron despido improcedente saldado con una pequeña indemnización -la antigüedad de Juan P. en la empresa era poca- buena parte de la cual fue engullida por el abogado que le llevó el caso.

A partir de entonces comenzó su calvario. Tras consumir la totalidad del seguro de desempleo al que tenía derecho, se vio sin ningún ingreso y con escasos ahorros que rápidamente se volatilizarían por mucho que intentara economizarlos. La situación laboral en el país campeón del mundo de fútbol era mala, al menos para un obrero sin especializar como él, y todos sus esfuerzos por encontrar trabajo resultaron baldíos. Como las desgracias nunca vienen solas meses después acabó rompiendo con su novia, acusado por ésta de habersele agriado el carácter hasta extremos insoportables. Esto era en parte cierto, pero el hecho de que inmediatamente después -lo que quiere decir que probablemente ya venía de antes- ella comenzara a salir con un funcionario, le hizo sospechar que la verdadera razón de la ruptura no fuera otra que su precariedad laboral.

Poco a poco y sin darse cuenta, Juan P. fue cayendo en el pozo de la bebida. Jamás se había excedido en el culto a Baco salvo en juergas y celebraciones especiales, pero ahora empezó a beber como un cosaco, lo que obviamente dificultó todavía más sus expectativas de buscar trabajo. Y como carecía de ingresos, pronto comenzó a comerse -o por decirlo más precisión, a *beberse*- su patrimonio, consistente en un modesto piso ubicado en un barrio obrero que había heredado de sus padres.

Cuatro años más tarde, coincidiendo con una nueva edición del campeonato del mundo de fútbol en la que la flamante selección campeona fue ignominiosamente eliminada a las primeras de cambio, Juan P. era una ruina humana que se hundía cada vez más profundamente en el pozo cenagoso de la miseria. A diferencia de lo ocurrido la vez anterior, la derrota española, que supuso la destitución fulminante del otrora aclamado y

ennoblecido seleccionador, le resultó en esta ocasión bastante ajena; ya tenía él suficiente con sus propios problemas para preocuparse por los de los demás.

Pasó el tiempo y las cosas le fueron todavía a peor. Comido por las deudas había perdido su único bien, el piso, y tras ser expulsado de varias pensiones cada vez más míseras, había acabado viviendo en la calle a expensas de la magra ayuda de la beneficencia y de lo poco que podía obtener de la caridad pública. Su cerebro, embrutecido por el alcohol y las penalidades, apenas si recordaba a duras penas que antaño había disfrutado de una vida mejor, aunque en sus escasos momentos de lucidez todavía gustaba de recordar la satisfacción que le había producido años atrás el triunfo de España, un triunfo que en modo alguno vinculaba a su actual penuria.

Aunque él no lo sabía, su fin estaba próximo. Su cuerpo, todavía joven, estaba minado irreversiblemente, y probablemente no sobreviviría al inminente invierno. Esto ya no le importaba demasiado... Pero sí al responsable del giro que había adoptado su vida a partir de la mágica fecha en la que España había figurado, de forma efímera, en el olimpo deportivo del planeta.

Juan P. se encontraba durmiendo la borrachera de vino barato en un paso subterráneo situado bajo una de las principales arterias de la gran ciudad, arrebujado en unos cartones -el otoño se mostraba frío como adelanto del inminente invierno- y rodeado por sus escasas pertenencias, apenas un hato de harapos y cosas sin valor. A su lado dormitaban sus compañeros, mendigos como él, y más allá otro de ellos orinaba silenciosamente en un rincón. De repente sintió que alguien le estaba mirando y, abriendo los ojos, se encontró frente al mismísimo Diablo que, enfundado de nuevo en su apariencia tradicional, le contemplaba fijamente con una sonrisa irónica esbozada en su infernal rostro.

-¿Tú... tú otra vez? -balbuceó. Por supuesto, Lucifer había infundido en su deteriorada mente la suficiente dosis de lucidez como para que pudiera ser consciente de la trascendencia conversación, ya que de otra manera le habría confundido con uno de sus frecuentes delirios y esto era algo que al Señor del Averno no le interesaba en absoluto.

-Ya lo ves, hijo mío, tal como te prometí he venido a verte de nuevo. ¿Qué tal te ha ido durante estos años? -preguntó tan hipócrita como innecesariamente.

-No se puede decir que bien... -gruñó el interpelado, sintiendo vergüenza por vez primera en mucho tiempo- Ya estás viendo cómo he acabado. Pero ten cuidado, los otros...

-¡Oh, no te preocupes por ellos! -respondió con displicencia- Nadie más que tú puede verme y oírme. Ni lo sospecharán siquiera, te lo aseguro.

-Si tú lo dices... Bien, ¿qué deseas? Porque supongo que no te habrás tomado la molestia sólo para ver cómo me he convertido en un mendigo.

-Cierto, no he venido únicamente para eso. ¿Recuerdas que te dije que, pasado un tiempo, te mostraría cual hubiera sido tu vida de no mediar nuestro... hum, pacto? Pues ya ha llegado el momento de ello.

-No creo que pudiera ser peor que ésta...

-Bueno, según como lo mires. -el tono de voz del Diablo era descaradamente irónico- ¿Recuerdas esa caída tonta durante la retransmisión de la final que te costó un brazo escayolado y el despido de tu trabajo?

-¿Cómo no me voy a acordar? Ése fue el comienzo de mis desgracias.

-Lo que quizá ignores es que esa pequeña caída no fue accidental, sino el cobro por mi esfuerzo en desviar el balón... Nada importante, como te prometí. -el regodeo del Maligno era tan evidente que Juan P. no tuvo por menos que saltar como un resorte.

-¿Nada importante dices? Maldito, arruinaste mi vida... Tú sabías lo que iba a pasarme a partir de entonces.

-Tse, tse, te equivocas, mi querido Juan. Por desgracia yo no soy omnisciente, ni tengo posibilidad alguna de adivinar el futuro... Aunque sí de preverlo.

-Lo mismo me da. ¡Maldita sea la hora en la que te llamé!

-Eso es algo que ya no tiene remedio. Pero, ¿no sientes curiosidad por saber qué hubiera sido de tu vida de no haber mediado nuestro inocente pacto? Aparte, claro está, de que España no se hubiera proclamado campeona...

-Me trae sin cuidado. Verdaderamente, eres la encarnación de la maldad.

-No te dejes engañar por la propaganda oficial de mi enemigo. Pero yo no soy malo, simplemente... tengo unos criterios ligeramente distintos sobre el bien y el mal. Yo no te quiero causar ningún mal, y como prueba de ello te ofrezco, sí así lo quieres, romper nuestro pacto dejando las cosas tal como hubieran ocurrido de no mediar mi intervención. ¿Me crees ahora? -preguntó, abriendo los brazos al tiempo que exhibía una hipócrita sonrisa. Te doy a elegir libremente...

-Bueno, ¿qué tengo que perder con eso? -respondió filosóficamente el mendigo-Acepto.

-Perfecto. Te advierto, eso sí, que de nuevo tendré que tomar la energía de alguna parte... Pero no te preocupes, no será de ti. Tu vida será exactamente igual a como se hubiera desarrollado si yo no hubiera intervenido. Eso sí habrá algún pequeño cambio en el mundo, pero a ti no te afectará en lo más mínimo.

Y desapareció o, mejor dicho, desaparecieron, puesto que esa línea de probabilidad había dejado de existir para Juan P. y su nueva existencia sería distinta.

* * *

El vagón de metro iba tan atestado como siempre y, como era verano, los efluvios que emanaban de sus vecinos le tenían medio mareado. Al llegar a su estación, un importante nudo donde se cruzaban varias líneas, la marea humana salió por su propia presión por las puertas recién abiertas, como si de una botella de champán descorchada se tratara, arrastrándole a él en mitad de la multitud. Trasbordó a la otra línea, no menos repleta de viajeros, aunque poco a poco se fue vaciando hasta llegar a la terminal, que era donde Juan P. tenía su trabajo... a cerca de un kilómetro de distancia de la boca de metro, una caminata no demasiado larga siempre y cuando no tuviera que hacerla a pleno sol o bajo cero. Sumándole el trayecto en metro, con dos trasbordos, el viaje en tren de cercanías, normalmente de pie, desde el municipio periférico donde residía, y la otra caminata desde su casa hasta la estación, se le ponía en alrededor de hora y media el viaje de casa al trabajo, y otro tanto a la vuelta. Teniendo en cuenta que su actividad laboral no le realizaba lo más mínimo y que, por si fuera poco, aborrecía madrugar, resulta fácil suponer el ánimo con el que Juan P. salía de su casa todas las mañanas “*cuando todavía estaban poniendo las calles*”, como decía con un tono de amarga ironía.

Claro está que, si malo era salir de casa, no mucho mejor resultaba quedarse en ella... Aguantar, en poco más de sesenta metros cuadrados de un piso de protección oficial, a la foca de su mujer, los salvajes de sus tres hijos y la bruja de su suegra, era algo capaz de destrozarse los nervios al más templado.

Su mujer... pensó con resignación mientras espiaba de soslayo el generoso escote que una jovencita exhibía con descaro ante sus narices. Un noviazgo arrastrado con desgana, una boda celebrada sin demasiada ilusión, la desagradable sorpresa de descubrir que su mujer no era tan cariñosa y tan complaciente como él creía. Luego, demasiado pronto, llegaron los críos y él pasó a convertirse en un mero proveedor de dinero... demasiado poco dinero tal como le estaba recriminando constantemente la arpía, sobre todo en época de rebajas. Pero él no tenía la culpa, jamás le había gustado estudiar y carecía no sólo de conocimientos -lo cual no le importaba demasiado- sino también de la titulación necesaria para poder optar a trabajos mejor remunerados.

Y bastante tenía con mantener su puesto de trabajo tal como andaban las cosas; varias veces había corrido el riesgo de ser despedido, e incluso en una de ellas le faltó el canto de un duro para verse en la calle. Habían pasado muchos años, pero todavía lo recordaba debido al susto que se llevó. Según le dijo su amigo Agustín, el de la oficina, llegó a estar redactada su carta de despido, pero por suerte para él fue justo entonces cuando los sindicatos se empeñaron en convocar una huelga general para protestar por algo que ni

siquiera ya recordaba y el despido finalmente fue el burro de Manuel, el sindicalista al que pillaron en un piquete inutilizando cerraduras de comercios.

Sí, claro, ¿cómo no se iba a acordar? La dichosa huelga coincidió con ese campeonato mundial de fútbol en el que a España le robaron el partido de cuartos de final en beneficio de los anfitriones... Menudo disgusto se llevó entonces, y todavía más cuando todos los comentaristas especulaban con la posibilidad de que la selección española pudiera llegar más lejos de lo que había llegado nunca, quizá incluso hasta la final...

Pero no hay bien que por mal no valga, se dijo. La selección había perdido la mejor oportunidad de la historia, pero él había conservado el trabajo. ¿Qué habría pasado de ocurrir las cosas al contrario? Por un momento imaginó que España ganaba la final del campeonato del mundo y él se quedaba sin trabajo y sin novia -para su desgracia conocía suficientemente bien a su consorte como para dar por sentado que le habría mandado con viento fresco, lo cual ya de por sí habría sido un beneficio-, pero inmediatamente lo descartó por absurdo. ¿Qué tendría que ver una cosa con la otra? Vaya unas estupideces que se le ocurrían a esas horas de la mañana.

Pese a todo, resultaba incapaz de olvidarse de tan disparatada idea que, desde hacía mucho, le venía rondando en el cerebro de forma recurrente. ¡Vaya una obsesión! Como si se pudiera vivir más de una vida.

El metro había llegado a su destino. Se levantó renqueante de su asiento, conquistado tan sólo tres estaciones atrás, y haciendo de tripas corazón acopió fuerzas para encaminarse hasta su desagradable trabajo.

PREMIO Y CASTIGO

-¿No le parece curioso que, ya desde la más remota antigüedad, el hombre siempre haya imaginado lugares siniestros? -preguntó mi interlocutor- Tártaro, Infierno, Gehena, Mordor y tantos otros.

-Bueno, -respondí- eso es algo que está presente en todas las religiones, se trata del castigo que sirve como contrapunto al premio del Paraíso o los Campos Elíseos para los virtuosos...

-Cierto, pero no era necesario. Como castigo hubiera bastado con la simple privación de la recompensa final, sin necesidad de tanto ensañamiento...

-Puede que tenga razón, pero en cualquier caso no pasa de ser una especulación.

-No es una especulación, le puedo asegurar que es cierto.

-¿Cómo lo sabe? -pregunté curioso.

Pero no respondió, limitándose a desaparecer dejando tras de sí un penetrante olor a azufre.

NUEVOS TIEMPOS

Luis M., internauta aficionado, era uno de tantos usuarios habituales de la red, aunque distaba mucho de ser un experto en los arcanos insondables de internet. De edad madura y crecido en un mundo en el que la informática estaba reducida a los enormes ordenadores - entonces todavía llamados *computadoras*- IBM que ocupaban habitaciones enteras, la llegada de los ordenadores personales, con la consiguiente democratización de la informática, le alcanzó demasiado tarde, siendo ya adulto, mientras internet irrumpía en su vida a la par que sus primeras canas.

Así pues, no era de extrañar que a Luis M. le admirara la familiaridad con la que los jóvenes se desenvolvían entre ordenadores, algo radicalmente diferente a lo que les ocurría a los de su generación. Pero no por ello les tenía envidia; al fin y al cabo, para lo que él quería sus magros y autodidactas conocimientos resultaban ser más que suficientes.

En realidad, justo es reconocerlo, Luis M. utilizaba su ordenador tan sólo para jugar con él... es decir, exactamente igual que la inmensa mayoría de los usuarios. Pero le bastaba con ello para entretenerse, lo único que en el fondo le importaba.

Cada vez que conectaba el ordenador y cargaba el navegador, algo que solía realizar de forma cotidiana, ante Luis M. se abría la más completa fuente de conocimientos que jamás había existido en toda la historia humana, de la cual tan sólo acostumbraba a aprovechar una mínima parte que constituía además sus flecos más anecdóticos o triviales. Y aunque desdeñaba las páginas eróticas y pornográficas, más por su rechazo a pagar por visualizar su contenido que por un verdadero desinterés por el tema, no podía decirse precisamente que sus pautas de navegación fueran lo que se dice demasiado intelectuales, sino más bien justo lo contrario.

Para ser más precisos, habría que decir que Luis M. se limitaba a mariposear sin tino, y sin la menor sistemática, a todo lo largo y ancho de la red... eligiendo los temas de búsqueda poco menos que al azar. Hoy podía ser la heráldica, mañana los deportes invernales, pasado fotografías astronómicas... todo, o casi todo, servía, ya que su eclecticismo era absoluto y tan sólo comparable a su vasta *incultura general*.

En realidad, para la elección del tema a buscar solía seguir la técnica de la ruleta. Cogía el diccionario enciclopédico que constituía el plato fuerte de su magra biblioteca, lo abría al azar y buscaba en él una definición que le resultara atractiva. Acto seguido, la rastreaba por la red. Era estúpido, por supuesto, pero le divertía.

Claro está que este juego a veces le deparaba sorpresas, como cuando un enlace poco fiable pinchado sin precaución le conectó con un número telefónico de tarificación especial radicado en Singapur, o cuando una página *guarra* aparentemente gratuita le

contagió la sífilis virtual de un molesto virus informático... Pero a base de descalabros, de consultas en los foros cibernéticos y de la instalación de los pertinentes cortafuegos y sistemas varios de seguridad, acabó sintiéndose razonablemente seguro.

Y seguía divirtiéndose.

Hasta que un día...

En esa ocasión la palabra elegida resultó ser “*infierno*”. Así pues, tras realizar el ritual cotidiano de conexión del ordenador y carga de los pertinentes programas, la escribió en la ventana del buscador y pulsó la tecla de “*buscar*” tras cerciorarse de haber seleccionado la opción de sólo páginas en español. Y esperó.

Los resultados de este primer intento no se hicieron esperar, aunque como era de temer la cantidad de entradas registradas se mostró de todo punto inabordable. Así pues, volvió atrás y, tratando de filtrar las numerosas páginas superfluas, probó a combinar “*infierno*” con otros términos vinculados al mismo tales como “*demonio*”, “*diablo*”, “*castigo*”, “*pecado*” o “*fuego eterno*”, lo cual le permitió, tras varios tanteos, reducir la lista a un tamaño más manejable... o al menos, así lo creyó él.

Aparentemente había logrado desembarazarse de páginas tales como la que hacía referencia a un bar denominado “*El Infierno*” -especialidad en combinados diabólicos-, al equipo de fútbol de una importante capital de provincia descendido la temporada anterior a Tercera División, a las letras de las canciones de un grupo de *rock duro* o a una desconocida -para él- serie de televisión de los años setenta... algo es algo, se dijo con optimismo.

Pero lo que había sobrevivido a la drástica criba era todavía lo suficientemente heterogéneo como para resultar cómodo, lo que le obligó a realizar una segunda selección en esta ocasión manual.

Allí la verdad era que seguía habiendo un poco de todo: sesudas -se suponía- disquisiciones teológicas, sermones apocalípticos de sectas variadas, la crónica de un incendio forestal que había arrasado varios miles de hectáreas, las lamentaciones -vaya, ésta se había colado- de un conocido actor disconforme con su infernal ritmo de trabajo, la crítica de una película recién estrenada... nada que pareciera ser mínimamente interesante.

Fue en la quinta o la sexta página del buscador, cuando ya estaba comenzando a cansarse, donde encontró algo aparentemente más prometedor. Bajo el epígrafe de “*Página oficial del Infierno Católico*”, la breve descripción de su contenido invitaba a conocer, libre de tópicos y falsas leyendas, la verdadera realidad del Infierno... sonaba interesante.

Claro está que probablemente sería la elucubración disparatada de algún zumbado o, más probablemente, un sofisticado timo para desplumar a incautos; pero esta posibilidad, lejos de disuadirle, le sirvió de acicate. Al fin y al cabo él no buscaba documentarse, sino tan sólo divertirse, y la página de marras prometía.

Pinchó, pues, con decisión el enlace.

Los altavoces cobraron vida de forma instantánea, reproduciendo una vibrante versión de *Una noche en el Monte Pelado*, de Mussorgsky, sin duda una ambientación musical hartamente adecuada. Tras unos segundos en los que en monitor reflejó unos rutilantes juegos luminosos con el rojo en sus distintas tonalidades como color predominante, finalmente apareció en el mismo el mensaje de bienvenida de la página; nada del otro mundo, por cierto, ya que ni tan siquiera la imagen de fondo, un detalle parcial de *El jardín de las delicias* de El Bosco, tenía demasiado de original.

La lista de posibles opciones del menú lateral era reducida, limitándose a las alternativas habituales: Presentación, Quienes somos, Visita virtual, Créditos... desde luego, el diseñador de la página no se había roto demasiado la cabeza.

Tras una breve vacilación, pinchó Presentación.

En contra de lo que esperaba el texto estaba redactado muy en serio, fingiendo describir al Infierno como si de un lugar real se tratara... tal real como pudiera serlo una localidad turística o una asociación de aficionados a la filatelia. Y por supuesto, seguía insistiendo en que ésa era la única página web oficial del Infierno. Cada vez más intrigado, Luis M. descubrió en una esquina la existencia de un pequeño botón rotulado con la leyenda *Para más información, pulsar aquí*.

Y lo hizo.

La pantalla cambió entonces por completo, mostrando sobre un fondo irisado el rostro de alguien que, pese a mostrar rasgos netamente humanos, emanaba un cierto aire... demoníaco, pensó Luis M. con aprensión.

Pese a que en un principio creyó que se trataba de una fotografía, descubrió con aversión que el ser que se asomaba a la pantalla de su monitor le miraba fijamente a los ojos, como si escudriñara aquello que se encontraba más allá del cristal. Y no sólo fue eso; también le habló.

-Bienvenido al Infierno, amigo Luis M.

El interpelado sintió como un escalofrío le recorría la totalidad de su espina dorsal, al tiempo que daba un respingo en su asiento como si hubiera sido víctima de un repentino choque eléctrico. ¿Cómo era posible que ese tipo se dirigiera a él por su nombre?

-Comprendo que estés desconcertado. -añadió el ¿demonio?- He de advertirte que, a pesar de las apariencias, ésta no es una página web normal.

-P... pe... pero... -acertó finalmente a balbucir- ¡Pero si no tengo ni el micrófono ni la webcam conectados! ¿Cómo voy a poder contactar contigo?

-Ya te he dicho que ésta no es una página web normal. -insistió su interlocutor con aplomo; era evidente que a pesar de la ausencia del micrófono le oía y, con toda probabilidad, también le veía.

-¿Eres... un...?

-¿Demonio? -completó la frase el visitante sonriendo de oreja a oreja- Digamos que sí, aunque en realidad a nosotros no nos agrada demasiado usar esa palabra debido a sus connotaciones negativas; preferimos llamarnos ángeles disidentes.

-Entonces, eso es...

-¿El Infierno? ¡Pues claro, hombre! ¿Acaso no te has leído el texto de la presentación?

-Sí, pero...

Luis M. sentía que el mundo le daba vueltas. Cerró los ojos al tiempo que respiraba profundamente, contó hasta treinta y volvió a abrirlos, convencido de que tan extraña pesadilla se habría desvanecido ya de su ordenador... pero no era así. El diablo, o quien quiera que fuese ese individuo, seguía aguardando pacientemente detrás del cristal del monitor, con una sonrisa beatífica adornándole el rostro.

Preso de un irreprimible pánico, Luis M. oprimió el interruptor de apagado del ordenador... sin el menor resultado puesto que, contra toda lógica, éste se negó en redondo a apagarse.

-Tranquilízate, amigo; no hay motivo alguno para que estés asustado. Y no te molestes en intentar apagar el ordenador, ya te he dicho en un par de ocasiones que las cosas no eran como parecían ser. Tú me has invocado, y ahora te corresponde atenderme; sería una grosería por tu parte intentar desembarazarte de mí sin dejarme realizar mi trabajo.

-¡Yo no he convocado a nadie! -gimió aterrado, al borde mismo de romper a llorar- ¡Tan sólo estaba navegando por la red!

-Eso no me sirve como excusa. -el tono de voz del diablo sonó adusto- Tú seguiste hasta el final la totalidad del protocolo, a sabiendas de lo que se te advertía. Oficialmente, nos has invocado con todas sus consecuencias.

-¡Escúchame! -estuvo a punto de añadir *hijo de Satanás*, pero logró contenerse a tiempo- ¡Escúchame bien! Yo no soy ningún ignorante, y sé de sobra que para invocaros hay que realizar un determinado ritual. ¿Dónde se ha visto que se pudiera hacer vía internet?

-Hombre, -condescendió su interlocutor- ten en cuenta que hay que estar abierto a las nuevas tecnologías. Ya me dirás que sentido tenía, a estas alturas, seguir mareando la perdiz con la parafernalia de los aquelarres, los pentáculos y las misas negras... ¡sí hasta a nosotros ya nos resultaba ridículo! Lo seguimos manteniendo por tradición y porque siempre hay algún que otro carcamal apegado a las viejas formas, pero como comprenderás no nos quedaba otro remedio que modernizarnos.

-Pues sí que estamos apañados. -gruñó Luis M. con desesperación- Me habéis cazado como a un pardillo.

-Disculpa que te corrija, pero en eso también estás equivocado. -le rebatió el demonio- ¿Quiénes te crees que somos? Sí, ya sé que los *otros* -su voz se endureció momentáneamente- llevan siglos y siglos cargándonos con el sambenito de que somos unos tal y unos cual, pero te puedo asegurar que se trata de infundios totalmente falsos. No somos en modo alguno peores que ellos, aunque sí diferentes; y esa diferencia es justo lo que jamás han aceptado, acusándonos de todos los males habidos y por haber con tal de desprestigiarnos. Y si me permites que te dé mi versión, verás que al otro lado no es oro, ni mucho menos, todo lo que reluce.

-Entonces... -la voz de Luis M. sonaba desconfiada.

-Queremos que nos conozcáis, que intentéis vencer vuestros prejuicios fruto de una intoxicación milenaria, y que seáis capaces de juzgar por vosotros mismos, y no a través de la visión interesada que os han inculcado los otros. ¿Es injusto, acaso, desear ser oídos en igualdad de condiciones antes de ser juzgados, algo por cierto que siempre se han negado a aceptar ellos imponiéndoo la fe irracional como un valor absoluto? Tan sólo pretendemos intentar demostraros que no somos los *malos*, por mucho que el enemigo nos haya asignado ese papel en beneficio propio.

-Está bien. -suspiró resignado- Desembucha. Espero que esto no me vaya a perjudicar...

-No tienes por qué temer nada, nosotros somos muchos más respetuosos con los mortales que lo que el enemigo lo ha sido nunca. Por cierto, ¿me permites? Aquí dentro se está bastante incómodo.

Y sin la menor solución de continuidad se desvaneció del monitor para materializarse, esta vez con su cuerpo completo, en el sillón situado a la derecha de Luis M.

Éste dio un respingo pero, rebasado aparentemente el nivel de saturación de su capacidad de sorpresa, logró recuperarse del susto con relativa rapidez, algo a lo que sin duda ayudó el hecho de que su visitante estuviera enfundado en un impecable terno de corte clásico. Desde luego, su apariencia resultaba ser cualquier cosa menos amenazadora.

-¿Eres... -acertó a preguntar- Satanás?

-No, no lo soy. -respondió el visitante con una amplia sonrisa- Por cierto, te agradecería que te refirieras a él como Lucifer... es más *políticamente correcto*.

-Pues yo había leído que...

-Por desgracia, se han dicho de nosotros muchas tonterías. El Jefe, como cabe suponer, no puede estar en todos los sitios a la vez, bastante tiene con organizar todo el Infierno, así que somos nosotros los que actuamos de intermediarios con los mortales por delegación suya.

-Entonces, ¿tú quién eres?

-Mi nombre propio no te diría nada, y además me resultaría extremadamente difícil traducirlo a tu idioma. Pero como por otro lado tengo la obligación de identificarme, te diré que soy el agente AX-407-B-502/9, éste es mi código oficial de identificación.

-¿Eres un... -Luis M. dudó temiendo utilizar una palabra incorrecta o, peor aún, inadecuada- archidiablo?

La risotada que soltó AX-407 tenía muy poco de demoníaca, y sí bastante de humana.

-¡Oh, no! -exclamó enjugándose las lágrimas de la comisura de los ojos- ¡Qué más quisiera yo! En realidad tan sólo soy un modesto agente captador de tercera clase, algo equivalente salvando las distancias a vuestros teleoperadores; aunque tengo esperanzas de ascender, de aquí a algunos siglos, a la segunda clase... siempre, claro está, que la captación de clientes me vaya lo suficientemente bien. Como puedes comprender, -continuó, desentendiéndose de la momentánea confidencia- para estas menudencias no iban a molestarse en enviar a un pez gordo...

-Comprendo. -masculló Luis M., un tanto acomplexado al sentirse considerado como una simple *menudencia*. Y armándose de valor, añadió- Bueno, vayamos al grano. Supongo que querrás que te venda mi alma...

Tras una nueva risotada, todavía más estentórea que la anterior si cabe, AX-407 explicó:

-Lo siento, Luis, ya te dije que los mortales estáis intoxicados por toda esa propaganda con la que los otros os han estado bombardeando desde hace milenios. No, no

queremos comprar almas, ni la tuya ni la de nadie... ¿Qué podríamos hacer con ellas? Tenemos tantas acumuladas allá en el trabajo, que te aseguro que no sabemos que hacer con ellas. Con el agravante, además, de que nunca podremos desembarazarnos de quienes caen bajo nuestra responsabilidad. Imagínate cual será la magnitud del problema que en reiteradas ocasiones hemos intentado negociar con el enemigo para que suavizaran sus criterios de selección, de forma que no nos mandaran a tanta gente rechazada; pero ni por esas, chico, con esos no hay manera de entenderse de forma civilizada.

-¿...? -el estupor de Luis M. no podía ser más genuino.

-Es fácil de entender, aunque comprendo que puedas sentirte un tanto confundido. -el diablo se retrepó en su asiento en un gesto que tenía mucho de humano y continuó- Como supongo que sabrás, en los albores de los tiempos hubo una ¡hum! revolución en contra del poder constituido allá arriba.

-Te refieres a la rebelión de Lucifer...

-Así la llamaron los vencedores. -respondió con rabia- Son los que ganan quienes escriben la historia, esto es algo que no habéis inventado vosotros. En realidad, y recurriendo a vuestros propios términos, podría definirse lo ocurrido como un movimiento de rechazo al despotismo del Ser Supremo, con el fin de implantar un gobierno más... democrático. Por supuesto la realidad fue mucho más compleja, pero si no es con esta simplificación, no resultaría posible que lo entendieras.

-Y fuisteis derrotados... -apuntó el internauta.

-Así fue. -suspiró AX-407- Y ese fue el inicio de todas nuestras desgracias. No contento con expulsarnos de sus dominios y neutralizarnos de forma que jamás volviéramos a constituir una amenaza, El Gran Enemigo se ensañó con nosotros condenándonos al peor de los castigos posibles: cargarnos con toda la escoria proveniente del mundo de los mortales.

-¿Te refieres a los condenados al Infierno?

-Llámalo así si quieres. Verás. Una vez derrotados, los disidentes decidimos organizar nuestra propia sociedad conforme a los ideales que nos habían conducido a la catástrofe, puesto que seguíamos considerándolos acertados. El lugar que se nos asignó para purgar el destierro era sin duda infinitamente peor que aquél del que fuimos expulsados, pero era lo que había y tuvimos que resignarnos. Eso sí, nos pusimos inmediatamente manos a la obra para intentar convertirlo en un hogar hospitalario que pudiera servir además como ejemplo en contraposición a la tiranía que imperaba al otro lado de la frontera.

»Lo conseguimos, pero en el éxito radicó nuestra perdición. El Gran Enemigo, celoso de nuestros logros y temeroso de que nuestra modesta utopía pudiera acabar socavando los cimientos de su omnímodo poder, decidió asestarnos un nuevo golpe sin que mediara provocación alguna por nuestra parte, con el indisimulado propósito de hundirnos ya para siempre.

»Así pues, cimentó las bases de su religión en una aplicación radical y sin matices del binomio bondad-maldad, por supuesto reservándose el papel de juez y parte a la hora de pesar en la balanza los presuntos méritos o deméritos de todas y cada una de las almas como paso previo para decidir si éstas merecían el premio o el castigo.

»El resto de la historia es sobradamente conocido. A nosotros, que tan sólo deseábamos vivir en paz organizando nuestro propio Paraíso alternativo, se nos asignó el papel de villanos oficiales, obligándonos a cargar con todos, y son la mayoría del total, a los que tras su muerte se les negaba el acceso al Paraíso... su Paraíso.

-En resumen, -apuntó Luis M.- que os han cargado con el muerto, nunca mejor dicho...

Y ante el mudo gesto de asentimiento de su interlocutor, continuó:

-Lo que no entiendo, es por qué razón queréis conseguir adeptos a vuestra causa, estando repletos como estáis de huéspedes no deseados.

-Tú lo has dicho; no deseados. Ten en cuenta que, a diferencia de nuestros rivales, a nosotros no nos está permitido aplicar el derecho de admisión, no podemos negarnos a aceptar a todo lo que nos envían, con lo cual nos hemos visto inundados por toda una legión de indeseables. ¿Crees que nos hace la más mínima ilusión tener que cargar con la hez y la escoria de la humanidad? Y además para siempre. Es duro, muy duro...

-Pero...

-Comprendo que te resulte difícil de entender tras tantos años de adoctrinamiento, pero intenta, tan sólo por un momento, ponerte en nuestro pellejo. -insistió el visitante- Nosotros no somos los *malos* por definición, sino simplemente unos disidentes que intentamos organizar nuestra propia sociedad de la manera que estimamos más conveniente, a pesar de las interferencias de todo tipo con las que nos hace la vida imposible un enemigo empeñado en cimentar su propia gloria a costa de nuestro envilecimiento. Pero pese a todos estos obstáculos, nosotros seguimos empeñados en seguir adelante con nuestro proyecto.

»Te voy a revelar un secreto que conocen muy pocos mortales. En realidad no existe un Infierno, sino dos... el tradicional, llamémosle así, donde van a parar todos los miserables que nos envían, y nuestro propio Paraíso, donde tan sólo tienen cabida aquéllos

que comparten nuestros ideales. Ya que no podemos desembarazarnos de los primeros, al menos los mantenemos aislados evitando que contaminen al resto.

-Déjame adivinar. -exclamó Luis M. presa de una repentina excitación- Es para ese segundo Infierno, el *bueno*, para el que estás reclutando gente...

-Exacto. -AX-407 sonrió de oreja a oreja- Pero pasa este menester no nos sirve cualquiera... no desde luego los desechos de tintera que nos mandan los de allá; y como no son idiotas, además intentan por todos los medios posibles privarnos de todos los potenciales candidatos.

-Eso quiere decir que competís con ellos para la captación de acólitos.

-En teoría no, ya que nuestros criterios de selección son muy diferentes de los suyos. ¿Piensas acaso que tenemos el menor interés en toda esa caterva de beatos descerebrados y fanáticos que constituyen su ejemplo a seguir para alcanzar la bienaventuranza? En modo alguno. Si hay algo que nos diferencia claramente de ellos, es en el rechazo frontal a la fe irreflexiva como medio óptimo para alcanzar la salvación. Para nosotros, por el contrario, lo único válido es la reflexión y la capacidad personal de cada individuo para perfeccionarse a través de la meditación y la experiencia.

»Claro está que ni tan siquiera nos han permitido eso, pese a que nuestros posibles candidatos distaban mucho de parecerse a sus *fichajes* predilectos; en su afán de perjudicarnos lo más posible, reduciéndonos a su simple contenedor de desechos, siempre han procurado arrebatarlos a todos nuestros simpatizantes potenciales por más que según sospechamos, aunque no hay manera de averiguarlo con certeza dado que su Paraíso es un auténtico bunker, éstos no pueden estar demasiado satisfechos allá... menudo aburrimiento. Pero como cabe suponer, una vez que los han dejado entrar jamás les permitirán salir de allí.

-¿Y qué habría que hacer para ir con vosotros? -Luis M. comenzaba a sentirse interesado.

-De momento, por supuesto, morir. -respondió el diablo en tono jovial- En contra de lo que nos acusa la leyenda negra, jamás aceptamos almas *pre mortem*, ni mucho menos las compramos a ningún precio; el mito del doctor Fausto es una soberana estupidez, una de tantas insidias con las que siempre nos ha calumniado el enemigo.

-Pero...

-Nosotros, en contra de lo que pudiera pensar la gente, sí jugamos limpio. Lo único que pretendemos es informar, dar a conocer nuestra verdad por encima de todas las falsas acusaciones que se nos han atribuido, de modo que los mortales puedan elegir por sí mismos con pleno conocimiento de causa. Teniendo en cuenta todas las trabas contra las

que tenemos que luchar para conseguirlo, puedo asegurarte que no se trata de algo precisamente fácil, sobre todo teniendo en cuenta que somos incluso bastante más exigentes que el *operador dominante*, por usar un término comercial común entre vosotros.

-¿Cómo podría conocer vuestros requisitos?

-¡Oh, es fácil! -sonrió el diablo- También aquí estamos mucho más modernizados que nuestros rivales, que no han conseguido pasar todavía de la cutrez de las apariciones. Basta con que entres en nuestra página web, busques el fichero pdf donde viene todo detallado y te lo descargues; como verás, es mucho más cómodo que con el engorro de los métodos tradicionales. Y si te queda alguna duda, siempre puedes recurrir por correo electrónico a nuestra línea caliente, y no es un chiste, de información.

-¿Sólo eso?

-Bueno, luego tendrás que adaptar tu vida, claro está, a las pautas marcadas, en esto no hay una gran diferencia con los sistemas de reclutamiento del otro lado, y esperar a que llegue el momento de tu ¡hum! tránsito. Por supuesto que una vez allá deberás pasar por un tribunal de selección, eso es evidente, pero si has cumplido satisfactoriamente con tus compromisos, serás recibido en nuestra casa con todos los honores. Si por el contrario no resulta así, pues... -silenció el resto de la respuesta.

»Y ahora, si me lo permites, me tengo que despedir, ya que me aguarda mucho trabajo. No sabes el éxito que está teniendo la informatización de nuestros sistemas, y eso que a pesar de todos nuestros esfuerzos todavía no hemos conseguido remontar hasta los primeros lugares del buscador... pero todo se andará. Eso sí, te agradecería que me firmaras el comprobante de la visita; son méritos a acumular para mi futuro ascenso. - explicó con modestia- No, no te preocupes, no se trata de nada desagradable, no te voy a pedir que firmes con tu propia sangre ni zarandajas por el estilo; se trata de un simple captador de la huella genética, y sólo tienes que presionar con el pulgar aquí.

Dijo, mostrándole una pequeña lámina flexible que se había materializado entre sus bien cuidadas manos.

-Antes de firmar, -advirtió- puedes leer todas las cláusulas. Nosotros no engañamos a nadie, no hay letra pequeña y tampoco te compromete a nada, salvo a reconocer que te he visitado. Y ahora, -concluyó, haciendo desaparecer el artilugio- tan sólo me resta desearte mucha suerte. Hasta pronto, amigo... o mejor dicho, hasta tarde. -rió su propio chiste.

Y se esfumó dejando a Luis M., solo ante el parpadeante ordenador, dudando de si se habría tratado de una simple alucinación o si, por el contrario, la visita del diablo habría sido real.

-Bueno, -se dijo al cabo con pragmatismo- si es cierto, lo único que tengo que hacer es volver a buscar la página y descargarme el fichero.

Y así lo hizo.

DECRETO

Dios no existe.

Firmado: Satán.

ALOJAMIENTO

Residencial *El Infierno*. Plazas vitalicias. Potente calefacción.

INFIERNO TELEFÓNICO

Tac... tac... tac... tac... tac... tac... tac... tac...

Ring... ring... ring... ring...

-Bienvenido al Servicio de Atención Telefónica Infernal. Para recibir información gratuita sobre todos los posibles modos de pecar, pulse 1. Para realizar una consulta acerca de como apostatar, pulse 2. Para invocar a uno de nuestros profesionales titulados, pulse 3. Para solicitar ayuda contra exorcismos, pulse 4. Para recibir información sobre aquelarres, misas negras u otras ceremonias, pulse 5. Para vender su alma, pulse 6. Para realizar cualquier otro tipo de consulta o reclamación, pulse 7.

Tac.

-Ha elegido usted la opción número 7. Si todavía no es cliente de nuestra compañía, pulse 1. Si ya es cliente, pulse 2. Para volver al menú principal, pulse 3.

Tac.

-Ha elegido usted la opción número 2. Por favor, teclee el Código de Identificación Infernal que figura en su tarjeta de cliente.

Tac... tac... tac... tac... tac... tac... tac.

-Ha introducido el Código de Identificación Infernal número 6 - 6 - 6 - 0 - 5 - 4 - 7. Si es correcto, pulse 1. Para retroceder e introducirlo de nuevo, pulse 2.

Tac.

-Ha pulsado usted la opción número 1. Por favor, introduzca ahora la fecha de expedición de su tarjeta de cliente en el formato en el que aparece en ésta, separando el día, el mes y el año con almohadillas.

Tac... tac... # tac... tac... # tac... tac... tac... tac.

-Bienvenido a nuestro Servicio de Atención Telefónica, don José García García. Está usted en el área de Atención a Clientes. Por favor, ¿podría informarnos de cuál es el motivo de su consulta? Para información sobre su contrato, pulse 1. Para solicitar nuevos servicios, pulse 2. Para pasar a Contrato Plus, pulse 3. Para cualquier otro tipo de gestión, pulse 4.

Tac.

-Ha elegido usted la opción número 4. Le informamos que en estos momentos todos nuestros operadores están ocupados. Por favor, manténgase a la espera.

Música de heavy metal.

-Todos nuestros operadores continúan ocupados. Por favor, manténgase a la espera.

Música de heavy metal.

-Todos nuestros operadores continúan ocupados. Por favor, manténgase a la espera.

Música de heavy metal.

-Buenos días, le atiende Belfegor. ¿En qué puedo servirle, señor...?

-Er... José García. Verá, yo llamaba con relación a mi contrato...

-Don José, ¿me dice, por favor, el número de su contrato?

-Sí, es el 666 0 547, con fecha de...

-No, no es necesario, con el número de contrato es suficiente. Bien, veo que lo tiene usted al corriente y que se trata de un contrato básico. ¿Le han informado mis compañeros de Comercial de que, por un módico suplemento, podría pasar a disfrutar de todas las ventajas del Contrato Plus?

-Yo... la verdad es que, para lo que llamaba, era para plantear una reclamación, no para una ampliación de servicios.

-Bien, don José, dígame lo que ocurre.

-Pues... que cuando yo suscribí el contrato se me prometieron unos beneficios que todavía no he visto.

-¿Qué beneficios eran, exactamente?

-Lo normal en estos casos, supongo... a cambio de vender mi alma, tendría dinero suficiente para poder dejar de trabajar y llevar una vida regalada; tendría éxito con las mujeres y hasta me crecería el pelo... -acabó de enumerar con un hilo de voz, aparentemente avergonzado.

-¿Y dice que todavía no ha obtenido ninguno de esos beneficios?

-Así es. ¿Por qué cree usted que estoy llamando?

-Bien, don José, permítame que examine su contrato; por favor, no se retire.

Música de heavy metal.

-Don José, ¿está ahí?

-Sí.

-He estado examinando su contrato, y aprecio que la redacción está en condicional...

-¿Qué quiere decir eso?

-Pues que a usted no se le garantizó ninguna certeza, solamente se le prometió que recibiría ayuda nuestra para conseguir sus objetivos.

-¿Y no es lo mismo?

-No. Nuestra compañía se comprometía a ayudarle en todo lo posible, pero asumiendo que la probabilidad de obtener todo lo que usted deseaba nunca podría ser del cien por cien, aunque sí bastante más elevada de la que habría alcanzado por sus propios medios, y por supuesto sensiblemente superior a la que le pudieran ofrecer en la competencia.

-¡Pero es que no he conseguido nada! -explotó- Sigo trabajando en esa oficina de mierda por un sueldo miserable, no me jalo una rosca con las mujeres... y sigo estando calvo. ¿Usted cree que ésta es una manera seria de tratar a los clientes?

-Don José, créame que lamento mucho que nuestra ayuda no haya podido ser todo lo efectiva que hubiéramos deseado, pero vuelvo a reiterar que no podemos garantizar una efectividad absoluta. Según el Principio de Incertidumbre...

-¿El qué?

-El Principio de Incertidumbre. Lo enunció Werner Heisenberg en 1927, y según determina...

-No siga. Lo conozco -gruñó-. Lo que no sabía era que este postulado de la Mecánica Cuántica fuera aplicable a los negocios infernales -remató mordaz.

-Pues lo es; lamentablemente nosotros también estamos sometidos a determinadas leyes de la naturaleza que tan sólo el *Benigno* -pronunció el calificativo con desprecio y en un susurro- se puede permitir el lujo de trasgredir, al haberse reservado en exclusiva el don de la infalibilidad, con la consecuencia de que no todos podemos jugar con las mismas cartas.

-Está bien, eso es algo que no me interesa -zanjó, cada vez más irritado-. Yo lo que quiero es reclamar por un incumplimiento de contrato, ya que el agente que contactó

conmigo no se anduvo con esas zarandajas, sino que me garantizó unos resultados de forma taxativa, sin ningún tipo de ambigüedades ni condiciones.

-¿Está usted seguro?

-¿Acaso duda que no le esté diciendo la verdad?

-No, don José, por supuesto que no; pero la memoria a veces falla de modo parcial. Si le he preguntado esto, y discúlpeme por mi torpeza, es porque lo que usted me está diciendo no figura en el contrato que tenemos archivado. ¿Está seguro de lo que dice?

-Por supuesto. ¿Piensa que habría aceptado el compromiso de no tener suficientes garantías?

-No, no es eso, pero... don José, ¿cómo contactaron con usted para ofrecerle nuestros servicios?

-Por teléfono, en una de esas campañas telefónicas que hacen todas las compañías para captar clientes -prudentemente calló que estuvo a punto de mandarles a hacer gárgaras al creer que se trataba de una tomadura de pelo.

-Es decir, que el contrato fue verbal...

-Sí, claro... ¿qué quiere usted decir con eso?

-Que es por ello por lo que su versión no coincide con lo que yo tengo aquí registrado. ¿No recibió usted una copia por escrito?

-No.

-Está bien, entonces tendremos que recurrir a la grabación de la conversación, con objeto de poder localizar donde puede estar el error.

-Me parece estupendo. Búsquenlo.

-Mmmm. Lo siento, don José, pero en estos casos estamos obligados a seguir un protocolo; le mandaremos por correo electrónico una copia en audio de la grabación para que usted pueda comprobar si lo ofrecido por nuestro comercial coincide o no con lo que usted reclama. ¿Sigue teniendo operativa la dirección de correo que figura en nuestra base de datos?

-Sí, supongo que sí, pero... ¿por qué no lo miran ustedes?

-Lo siento, pero no es posible, ya le he dicho que tenemos que ceñirnos a un protocolo.

-Está bien -suspiró-. ¿Cuánto tiempo tardarán en enviármela

-¡Oh, no mucho! Unos cinco días.

-Esperaré -y colgó.

* * *

UNA SEMANA MÁS TARDE

Tac... tac... tac... tac... tac... tac... tac... tac...

Ring... ring... ring... ring...

-Bienvenido al Servicio de Atención Telefónica Infernal. Para recibir...

Etcétera, *heavy metal* incluido.

-Buenos días, le atiende Belcebú. ¿En qué puedo servirle, señor...?

-José García. Verá, hace una semana llamé con relación a una reclamación sobre el contrato que tengo suscrito con ustedes. Su compañero que me atendió me dijo que me mandarían por correo electrónico una copia de la grabación a los cinco días, pero todavía no la he recibido...

-Don José, ¿le dijo días naturales, o días hábiles?

-No lo recuerdo, pero por si acaso he dejado pasar una semana entera.

-Sí, entonces el plazo se debería haber cumplido. ¿Me dice, por favor, el número de su contrato?

-Seis, seis, seis, cero, cinco, cuatro siete.

-Disculpe un momento, que lo busco en el ordenador... sí, aquí está, y aquí consta, efectivamente, la petición de enviarle la grabación. Lo que ocurre, y le pido disculpas por ello, es que mi compañero fue quizá demasiado optimista... es cierto que en algunos casos la grabación se envía en el plazo de tiempo que le dijo, pero lo normal es que se tarde algo más.

-¿Cuánto más?

-Mire, para evitar estos problemas, creo que lo mejor es darle el plazo máximo, aunque es probable que en la práctica se tarde menos.

-¿Cuánto?

-Pongamos dos semanas a partir del momento de su primera llamada, con lo cual ahora estaríamos justo a la mitad de ese tiempo. Así pues, no debería de tardar mucho en llegarle.

-Muchas gracias.

-A usted, don José, por habernos llamado. Que tenga un buen día.

* * *

DIEZ DÍAS DESPUÉS

Tac... tac... tac... tac... tac... tac... tac... tac...

Ring... ring... ring... ring...

-Bienvenido al Servicio de Atención Telefónica Infernal. Para recibir...

Etcétera, *heavy metal* incluido.

-Buenos días, le atiende Azazel. ¿En qué puedo servirle, señor...?

-José García. Llevo esperando más de quince días a que me envíen una copia de la grabación de la conversación que mantuve en su momento con un agente comercial suyo, en la cual vendí mi alma en unas condiciones contractuales que no han sido cumplidas por parte de su empresa, razón por la que ésta es ya la tercera vez que llamo para reclamar, puesto que no me ha sido remitida la grabación pese a que se ha cumplido con creces el plazo que me indicaron.

-Un momento, señor García. ¿Sería tan amable de decirme el número de su contrato?

-Seis, seis, seis, cero, cinco, cuatro siete.

-Perfecto. Permítame que lo compruebe. Sí, aquí está... efectivamente, no le ha sido remitida la grabación porque no la hemos encontrado en nuestros archivos.

-¿Cómo dice?

-Que no contamos con la grabación...

-¿Y para eso me han estado mareando? -explotó.

-Lo siento, don José, yo no le atendí las anteriores veces... y lo único que le puedo indicar es lo que me aparece en el ordenador.

-Pues lo siento mucho, porque usted no es el culpable, pero lamentablemente no tengo la posibilidad de decirle lo que pienso al responsable de este desaguisado. En primer lugar, me parece un abuso el comportamiento de su compañía conmigo, y en segundo sigo considerando que han vulnerado mis derechos al incumplir el contrato que suscribimos en su día. Como se puede imaginar, no estoy conforme en absoluto.

-Don José, no cuelgue, por favor. Le voy a pasar con un compañero.

La dichosa música del heavy metal.

-Buenos días, don José, soy Behemot, el coordinador de área. Mi compañero me ha explicado su problema, y lo primero que deseo hacer es expresarle mis disculpas por su malestar, que por supuesto comparto, ya que la satisfacción de los clientes es nuestro principal objetivo.

-Eso está muy bien, pero yo quiero que atiendan mi reclamación...

-Don José, en compensación por las molestias que involuntariamente le hayamos podido causar, permítame que le ofrezca la posibilidad de cambiar su actual contrato básico al Contrato Plus Oro sin coste alguno por su parte, lo cual le dará acceso a una serie de ventajas entre las que se cuentan, en exclusiva para nuestros clientes elegidos, un curso gratuito de Iniciación a los Aquelarres, así como una edición limitada, lujosamente encuadrada en auténtica piel de ahorcado, del verdadero *Necronomicón*.

-Eso está bien y, bueno, lo acepto, pero no resuelve la cuestión básica de mi reclamación: se me prometieron una serie de beneficios que no he alcanzado, viniéndome ahora con la excusa de que era tan sólo una declaración de principios...

-Una excusa no, don José, discúlpeme que le corrija; siempre intentamos atender a nuestros clientes proporcionándoles toda la ayuda que puedan necesitar, pero por desgracia no compartimos el don de la infalibilidad con...

-Sí, lo sé, eso ya me lo explicaron -le interrumpió-. El problema está en que no fui informado de ese detalle, ya que de haberlo sabido es probable que no hubiera aceptado firmar el contrato.

-Lo lamento, don José, pero en ese punto no puedo ayudarle, ya que no estoy al corriente de los términos en los que se desarrolló la conversación que mantuvo con mi compañero de Comercial...

-Eso sin contar, claro está -remachó-, con la sospecha de que pudiera tratarse de un engaño premeditado, ya que es mucha casualidad que no se me remitiera una copia por escrito del contrato y que, además, no aparezca por ningún lado la dichosa grabación... así

pues, como comprenderá, no me queda otra solución que la de presentar una reclamación en firme.

-Está usted en su derecho, don José, y le comunico mi deseo de que este desagradable contencioso pueda resolverse de forma satisfactoria. Pero yo no puedo atender su reclamación, ya que eso corresponde a la sección de Contratos. Tendrá que dirigirse a ellos para interponer su reclamación.

-¿Cómo lo hago?

-Llame al mismo teléfono, pero elija la opción correspondiente.

-Está bien, muchas gracias.

* * *

CINCO MINUTOS MÁS TARDE

Tac... tac... tac... tac... tac... tac... tac... tac.

Ring... ring... ring... ring...

-Bienvenido al Servicio de Atención Telefónica Infernal. Para recibir...

Etcétera, *heavy metal* incluido, salvo en la pulsación de una tecla.

-Buenos días, le atiende Astarot. ¿En qué puedo servirle, señor...?

-García, José García. ¿Es ésta la sección de Contratos?

-Efectivamente, don José. ¿En qué podemos ayudarle?

-Quiero interponer una reclamación en relación con mi contrato número 666 0 547.

-Perfecto, don José. ¿Con relación a qué conceptos?

Él se lo explicó.

-Muy bien, don José, ya está tramitada su reclamación. Por favor, tome nota de la referencia: es la 47-21-18-2.

-De acuerdo. ¿Cómo me enteraré del resultado?

-En un plazo máximo de quince días se le enviará un correo electrónico a la dirección que nos proporcionó usted en el momento de suscribir el contrato. ¿Sigue estando operativa?

-Supongo que sí, yo no la he cambiado...

-Está bien, entonces. Don José, ¿desea algo más de nosotros?

-Por ahora no...

-Le damos las gracias por recurrir a nuestros servicios. Que tenga un buen día, don José.

* * *

CATORCE DÍAS DESPUÉS

Tac... tac... tac... tac... tac... tac... tac... tac...

Y todos los etcéteras.

-Buenos días, le atiende Bafomet. ¿En qué puedo servirle, señor...?

-García, José García. ¿Es ésta la sección de Contratos?

-Efectivamente, don José. ¿Qué desea?

-Hace dos semanas interpose una reclamación con referencia 47-21-18-2. Me dijeron que me enviarían un correo electrónico informándome de la resolución. El correo me ha llegado, pero lo único que dice es que vuelva a llamarles a ustedes.

-Aguarde un momento, don José, a que compruebe la reclamación. Sí, efectivamente, está aquí y, le leo, “se acuerda desestimar la reclamación por no encontrarse ningún motivo que pudiera justificar una presunta negligencia en lo referente a la tramitación del contrato, habiendo actuado Servicios Infernales en todo momento conforme a la normativa vigente”.

-¿Cómo dice? -le interrumpió indignado.

-Que se desestima su reclamación... por favor, aguarde un momento; -solicitó el teledemonio- aquí hay algo más. Dice: “Se considera que el reclamante recibió suficiente y veraz información con anterioridad a su aceptación y firma, libre y voluntaria, del contrato, y que las condiciones probabilísticas en las que Servicios Infernales basa su oferta le fueron suficientemente explicadas, no siendo tampoco responsabilidad de la compañía ningún tipo de aclaración accesoria ni, mucho menos, posterior a la firma del contrato, puesto que es responsabilidad del cliente asumir plenamente su compromiso.” Vienen enumeradas a continuación las fuentes legales en las que se basa la resolución, si desea que se las lea...

-¿Pretenden ustedes reírse de mí?

-Disculpe, don José, pero creo que usted se...

-¡Ni disculpas ni leches! -el agua había desbordado definitivamente el muro- ¡Me engañaron miserablemente, abusaron de mi buena fe, y ahora me vienen con argucias legales! A mí no me leyeron nada de eso, ni me informaron lo más mínimo, simplemente se limitaron a venderme algo que no se correspondía con la realidad. Además -remachó-, también es casualidad que no haya nada por escrito, y que la presunta grabación tampoco haya aparecido. ¡Ni tan siquiera me han mandado una copia de ese embuste que me acaba de leer!

-Don José, por favor, le ruego que...

-¡Y un cuerno! -explotó, sin pensar que, en ese entorno, la expresión perdía la mayor parte de su agresividad- ¿Dónde está mi copia del contrato que firmé? ¿Acaso no exige la ley que los contratos sean por escrito? Además, si no me equivoco, tendría que haberlo firmado con mi propia sangre...

-Permítame que le explique, don José, que esa tradición hace mucho que quedó obsoleta. Era demasiado engorrosa y además, gracias a las nuevas tecnologías, ya no era preciso...

-Tanto me da. Ustedes se las han ingeniado para que no consten en ningún lugar todas sus marrullerías, de manera que así sea su palabra contra la mía... llevando siempre las de ganar. Si me permite que se lo diga, son unos sinvergüenzas. Ya sé que usted en concreto no tiene la culpa y se limita a cumplir con su trabajo, pero por desgracia no tengo la menor posibilidad de dirigirme a los verdaderos responsables, que están bien protegidos tras su barrera.

-Don José, yo no puedo decirle más de lo que le he dicho -la voz del demonio sonaba embarazada-. Si fuera tan amable de...

-¿Tan amable de qué? ¿Me han dejado acaso alguna posibilidad de defender mis derechos, aparte del recurso al pataleo? ¿Acaso no se han reído ya suficientemente de mí? -hizo una pausa y continuó- Así que les exijo que revoquen mi contrato de forma inmediata. No quiero seguir siendo cliente suyo ni un instante más.

-Me temo, don José, que eso no va a ser posible... nuestros contratos se firman a perpetuidad y para toda la eternidad.

-Pues muy bien, pero entonces no me dejan otra opción que la de reclamar la portabilidad y trasladar mi alma a Eternidad Celestial. ¿No me negará que eso no es legal?

-Lo es, pero le advierto que en la práctica...

-Sí, ya sé que hay denuncias de que ambas compañías han constituido un *lobby* ilegal para evitar robarse clientes la una a la otra... pero me da igual, lo voy a intentar igual. Y si no lo consigo -lanzó el farol-, hasta estoy dispuesto a hacerme musulmán. ¿A que esa es ya otra historia?

-Está usted en su derecho, pero este tipo de información rebasa a mis competencias. Le deseo que pase una buena tarde, don José.

* * *

DIEZ MINUTOS MÁS TARDE

Tac... tac... tac... tac... tac... tac... tac... tac.

Ring... ring... ring... ring...

-Bienvenido al Servicio de Atención Telefónica Celestial. Para recibir asesoramiento sobre la manera de cumplir con los mandamientos de Dios, pulse 1. Para ser informado sobre la fe católica, pulse 2. Para consultar a uno de nuestros profesionales titulados sobre cualquier cuestión de índole religiosa, pulse 3. Para solicitar la ayuda de un exorcista, pulse 4. Para inscribirse en un curso de catequesis, pulse 5. Para acceder a nuestro servicio de administración digital de sacramentos, pulse 6. Para realizar cualquier otro tipo de consulta o reclamación, pulse 7.

Tac.

-Ha elegido usted la opción número 7. Si todavía no es cliente de nuestra compañía, pulse 1. Si ya es cliente, pulse 2. Para volver al menú principal, pulse 3.

Tac.

-Ha elegido usted la opción número 1. Por favor, teclee la fecha de su bautismo siguiendo el formato día (dos dígitos), mes (dos dígitos) y año (cuatro dígitos), separando el día, el mes y el año con almohadillas. En caso de desconocer la fecha exacta de su bautismo, o de no estar bautizado, introduzca su fecha de nacimiento con idéntico formato, añadiendo al terminar un asterisco.

Tac... tac... # tac... tac... # tac... tac... tac... tac... # tac... *

-Ha introducido como fecha de su nacimiento el 17 de septiembre de 1965. Si es correcto, pulse 1. Para retroceder e introducirlo de nuevo, pulse 2.

Tac.

-Ha pulsado usted la opción número 1. Bienvenido a nuestro Servicio de Atención Telefónica. Está usted en el área de Recepción de Nuevos Clientes. Le informamos que en estos momentos todos nuestros operadores están ocupados. Por favor, manténgase a la espera.

Música de El Mesías de Haendel.

-Todos nuestros operadores continúan ocupados. Por favor, manténgase a la espera.

Música de El Mesías de Haendel.

-Todos nuestros operadores continúan ocupados. Por favor, manténgase a la espera.

Música de El Mesías de Haendel.

-Buenos días, le atiende Aniel Querubín. ¿En qué puedo servirle, señor...?

Etcétera...

PACTO INFERNAL

Raro será que, en el transcurso de una conversación, alguien desdeñe la importancia de la lectura de los clásicos como forma no sólo de incrementar nuestra cultura, sino también por su potencial ayuda, en forma de conocimientos útiles, para el devenir cotidiano. Que esta defensa sea reflejo de nuestras verdaderas inquietudes, o que se trate tan sólo de un fingimiento para evitar ser tildado de inculto, es ya otra historia.

En mi caso particular me encontraba en un punto intermedio entre ambos extremos. Reconozco que mi cultura literaria no era tan profunda como hubiera sido de desear, pero tampoco me consideraba un ignorante; o al menos, eso creía.

Por desgracia, hube de tropezar con una de mis muchas carencias literarias, lo cual no hubiera sido demasiado grave de no haber tenido la mala suerte de tropezar justo en esa piedra, algo de lo cual me habré de lamentar eternamente. De forma literal.

Pero no nos adelantemos. Mi desgracia, aunque entonces no la consideré, ingenuo de mí, como tal sino como la mayor fortuna que había podido caerme en suerte, comenzó el día en que se cruzó en mi camino un demonio. Sí, ya sé que suena inverosímil, pero les aseguro que es cierto. ¡Ojalá no lo hubiera sido!

No voy a extenderme demasiado, ya que no resulta necesario, sobre las circunstancias que me condujeron a un encuentro tan inesperado; aunque, en contra de lo que pudiera pensarse, les puedo asegurar que estas intervenciones diabólicas son mucho más frecuentes de lo que se cree. Sólo que, por razones obvias, suelen pasar desapercibidas.

Baste, pues, con saber que el maldito diablo me tentó haciéndome la oferta clásica, mi alma a cambio de lo que deseara. Y yo, creyéndome más listo que él, le pedí nada menos que la inmortalidad, a sabiendas de que no aceptaría.

Para mi sorpresa, aceptó. Y cuando, extrañado, le pregunté cómo podría cobrarse el precio convenido si yo no moriría jamás, él se limitó a sonreír mefistofélicamente, nunca mejor dicho, respondiéndome que era completamente falsa la idea inculcada por la Iglesia de que era preciso morir para que nuestro alma se liberara... o se condenara, según el caso.

Como se pueden imaginar acepté el pacto sin titubear, y aquí fue donde comenzó mi condena. Porque, como es de sobra sabido, los diablos son pérfidos por naturaleza, por lo que siempre intentan buscar nuestra ruina a través del engaño.

Y yo, que me creía el más listo, no fui una excepción, ahora lo sé. Eso no quiere decir que el maldito engendro del averno no cumpliera con su promesa; al contrario, la cumplió escrupulosamente y yo me convertí, en mala hora, en inmortal.

¿Qué tiene de malo vencer a la muerte? -se preguntarán ustedes. Y es justo aquí donde viene a colación lo que comentaba anteriormente acerca de la importancia de leer a los clásicos. En mi caso concreto, a Jonathan Swift y sus famosos *Viajes de Gulliver*.

Por supuesto que, como todo el mundo, yo conocía las andanzas del aventurero Lemuel Gulliver por los rincones más exóticos de nuestro entonces no explorado del todo planeta; ¿quién no ha leído al menos una de la infinidad de versiones que hay publicadas, o visto alguna de las películas -generalmente mediocres- basadas en su argumento?

Sin embargo, se da la paradoja de que la gente ha leído la obra de Swift de forma muy superficial, probablemente a causa de que lo que en realidad era, cuando fue escrito, una sátira feroz de la sociedad inglesa de su tiempo, ha sido censurado y suavizado hasta acabar convirtiéndose en un edulcorado cuento infantil.

Por si fuera poco, por lo general tan sólo se suele conocer el primer viaje a Liliput y, como mucho, el segundo a Brobdingnag, el país de los gigantes, siendo muy pocos los que han llegado a leer también los interesantes -quizá todavía más- viajes tercero y cuarto, a Laputa y al país de los houyhnhnms respectivamente. Y yo, huelga decirlo, no era una excepción.

Puesto que supongo que muchos de ustedes estarán en este mismo caso, he de explicarles que en el tercer viaje, que se desarrolla en la isla voladora de Laputa, Gulliver visita otros lugares a cada cual más sorprendente, entre ellos la isla de Luggnagg donde tiene ocasión de conocer a los struldbruggs, personas que por un azar del destino nacen con el don de la inmortalidad sin que éste venga acompañado de la no menos importante juventud eterna. En consecuencia estos inmortales no fallecen pero sí envejecen, convirtiéndose en unos ancianos cada vez más decrepitos cuya vida es cualquier cosa menos deseable, ya que acaban siendo unos parias marginados -a los ochenta años se les declara oficialmente muertos- que malviven arrastrando su maldición sin poder poner fin a ella.

Evidentemente Swift hace aquí una crítica lúcida y descarnada de la ingenuidad de nuestros anhelos, uno de los cuales es el de poder huir de la muerte; justo el mismo que acarreó mi actual desgracia.

Sí, soy inmortal, pero sigo envejeciendo de forma inexorable. Éste fue el engaño al que me sometió el maldito diablo. Ha pasado mucho tiempo desde que me vi obligado a huir de una sociedad que comenzaba a verme con horror y con repugnancia, una sociedad a la que yo ya no pertenecía ni podré pertenecer jamás. Desde entonces vivo apartado llevando vida de ermitaño, la única que me es posible llevar, no en un desierto ni en una región deshabitada sino en el corazón mismo de la gran ciudad, donde abundan los escondrijos y quien así lo desee puede pasar desapercibido entre la incomunicación de sus habitantes.

Puesto que mis necesidades son mínimas -ni como, ni bebo, ni me afectan las inclemencias ambientales-, puedo sobrevivir incluso en el medio más hostil; puedo sobrevivir, incluso, a todos mis intentos de quitarme la vida, los cuales me están vedados por el tramposo contrato que un mal día firmé. Estoy condenado a vivir, si es que a esto se le puede llamar así y, lo que es peor, sin la menor esperanza de redención, puesto que mi alma está condenada.

En el infierno, supongo, se seguirán riendo de mí.

PUBLICIDAD DIABÓLICA

El día había sido caluroso y, después de comer, se quedó amodorrado en el sillón. Justo entonces fue cuando sonó inoportunamente el teléfono.

Malhumorado se espabiló a duras penas, descolgó y gruñó un pastoso *¿diga?*

Según todos los indicios, se trataba de una incordiante llamada publicitaria. A punto estuvo de colgar al tiempo que se acordaba de todos los antepasados del inocente teleoperador, pero el hecho de que se dirigiera a él por su nombre propio, en lugar de preguntar el consabido “*¿hablo con el titular de la línea?*”, le refrenó. Al fin y al cabo, pensó, podía tratarse de una oferta de su compañía telefónica, la única que en teoría debería tener sus datos personales.

-¿De dónde llaman? -preguntó a su vez a su desconocido interlocutor, refrenando con una moderada curiosidad la sorda irritación que le invadía.

-Soy el operador Asmodeo Cocito, para servirle. Y le llamo en nombre de La Otra Alternativa para hacerle una oferta que probablemente le pueda interesar.

-Un momento -el tono de su cabreo subió de súbito varios puntos-. En mi vida he oído hablar de esa compañía, ni siquiera sé lo que venden ustedes, y le advierto que no dispongo de tiempo para atenderle -era un farol, por supuesto, pero solía dar buenos resultados para sacudirse de encima a aquellos moscones.

-Señor Vázquez -¿cómo diantre habrían averiguado sus datos?-, le aseguro que se trata de algo importante para su futuro, pero resultaría complicado explicárselo por teléfono. Por esta razón, me gustaría pedirle permiso para poderle visitar personalmente.

Esto era el colmo. No sólo le habían fastidiado la siesta, sino que además pretendían invadir el sancta sanctorum de su casa... fue tal su perplejidad por tamaño descaro, que se quedó momentáneamente callado sin que de su boca saliera la negativa que bullía en su mente.

-Señor Vázquez, de acuerdo con nuestro protocolo de actuación amparado por la legislación vigente, interpreto su silencio -apenas habían sido unos escasos segundos- como un consentimiento, por lo que tal como le he comunicado procederé de inmediato a visitarle.

-¡Y una...! -intentó decir al tiempo que colgaba de un manotazo. Hasta ahí podían llegar. Pero no le dio tiempo ni tan siquiera a completar la acción puesto que, con el dedo todavía apoyado en el botón de apagado del teléfono, vio cómo se materializaba ante él un sonriente joven pulcramente ataviado con traje y corbata.

-¿Quién... quién es usted? -balbuceó-. ¿Y cómo demonios ha entrado aquí?

Porque resultaba evidente que por la puerta no había sido.

-Asmodeo Cocito, para servirle -respondió el intruso, haciendo una sutil reverencia al tiempo que acentuaba su sonrisa-. Acabo de hablar con usted por teléfono.

-¡Pe... pe... pero...! -en su azoramiento no le resultaba posible articular palabra alguna-. ¿Cómo diantre ha entrado aquí? -repitió, sin percatarse de ello, la pregunta.

-Es fácil, materializándome -explicó el interpelado con la misma tranquilidad que si hubiera afirmado que había llegado en el metro-. Mis superiores dan mucha importancia al contacto directo con los clientes potenciales, y además -añadió con complicidad- esta aparición tan teatral suele resultar bastante útil para demostrar que no somos unos vulgares vendedores de seguros.

-Ya... ya lo veo. Pero eso que me dice usted es imposible...

-¿Se refiere a la materialización? -nueva sonrisa-. Por supuesto que sí, para un humano.

-¿Acaso usted no lo es? -se sorprendió Vázquez abriendo unos ojos como platos.

-¡Oh, claro que no! -respondió jovialmente el joven-. Soy un demonio de tercera clase, aunque confío en que pronto pueda ascender a la segunda -concluyó.

Perplejo, el interpelado soltó un exabrupto... y se le agotaron las palabras.

-Bueno, no quisiera que usted se hiciera una imagen falsa de mí; reconozco que la propaganda secular en contra nuestra ha sido muy negativa, pero precisamente por ello me gustaría intentar demostrarle que mucho de cuanto se ha dicho de nosotros era completamente falso. Por cierto, ¿le importa que me siente?

Y sin esperar respuesta de su atribulado anfitrión tomó asiento en una silla que acababa de materializarse tras él. El dueño de la casa, por su parte, se limitó a derrumbarse en el sillón del que no se había llegado a incorporar.

-¡Un diablo...! -masculló al fin en tono difícilmente audible-. ¡Un diablo...! -volvió a repetir-. Sólo faltaba que viniera usted a comprarme el alma.

-Le aseguro que no; eso sería de lo más vulgar. Además, ¿para qué la querríamos? Aunque hace mucho que dejamos de hacerlo, todavía tenemos almacenado un buen puñado de adquisiciones antiguas que no sabemos qué hacer con ellas ya que, pese al tiempo transcurrido, tenemos que seguir respetando las condiciones pactadas en su momento. Menudo engorro, como para ir acumulando todavía más; créame que se trata de un verdadero problema.

-¿Entonces? Por cierto -se interrumpió-; ¿no tiene usted un aspecto tirando más bien a poco infernal? -en su fuero interno Vázquez rehusaba tragarse la bola, aunque era evidente que la misteriosa aparición del visitante, diabólico o no, en mitad de su salón nada tenía de racional.

-¡Ah, es eso! -exclamó el presunto diablo soltando una breve carcajada-. Lamento desilusionarle por no haber aparecido tal como ustedes nos imaginan, con cuernos, rabo, pezuñas y exhalando un nauseabundo olor a azufre... lo cierto es que, conforme a nuestras técnicas de *marketing*, consideramos que eso sería poco conveniente, ya que muy probablemente asustaríamos a nuestros clientes potenciales acrecentando los prejuicios que ustedes los mortales tienen ya sobre nosotros. En realidad carecemos de forma definida, por lo cual podríamos adoptar cualquiera que deseáramos... incluyendo la ridícula imagen con la que ustedes idealizan a nuestros rivales, con una sedosa cabellera rubia, alas en la espalda y una larga túnica blanca de aspecto angelical. Pero no tenemos tan mal gusto, y preferimos adoptar una figura más aséptica que les resulte familiar y al mismo tiempo no les provoque rechazo.

-¿Y por qué razón no me dijo desde el principio que era usted un diablo, en lugar de presentarse como representante de esa fantasmagórica Otra Alternativa, o como quiera que se llame ahora el infierno?

-Por la misma razón; como usted comprenderá, si nos presentáramos bajo nuestra etiqueta tradicional tropezaríamos con un rechazo instintivo no por injustificado menos tangible. Así pues, mis superiores consideraron conveniente remozar la imagen corporativa presentándonos tal como somos en la actualidad y desvinculándonos de todo tipo de connotaciones anticuadas y negativas.

-Está bien -le interrumpió Vázquez, parcialmente recobrado de su sorpresa inicial-. Admitamos que usted es realmente un demonio, y que no tiene interés alguno en comprar mi alma, algo que, dicho sea de paso, mucho me temo que no les valdría de mucho. Entonces, ¿a qué diab... -interrumpió a tiempo la interjección- ha venido aquí? Porque, sinceramente, no creo que se trate de una visita de cortesía.

-No, no lo es. Como ya le he dicho anteriormente, podría considerárseme como un agente comercial. Vengo a hacerle una oferta, y tan sólo le ruego que me permita explicársela.

-Adelante. Pero le advierto que en cuestiones religiosas disto mucho de ser un buen cliente potencial... mi actitud hacia las cuestiones religiosas ha sido siempre de indiferencia total; ni siquiera se me podría catalogar no ya como ateo, sino incluso como agnóstico. En realidad, estos asuntos me traen completamente sin cuidado.

-Lo sabemos, señor Vázquez; antes de entrar en contacto con nuestros posibles clientes siempre procedemos a realizar un estudio previo individualizado, y usted no ha sido ninguna excepción. Es la única manera de poderles realizar una oferta ajustada a sus requerimientos.

-En ese caso -siempre le había gustado contraatacar, como legítima defensa propia, a todos aquellos que intentaban violar la tranquilidad de su reducto, y ahora no tenía por qué ser ninguna excepción-, serán ustedes conscientes de que yo soy un caso perdido. Me importa un pimiento mi alma si es que la tengo, cosa que no creo, y como tampoco me trago esas zarandajas de la vida eterna, tanto me da que me ofrezcan ir al cielo como que me amenacen con los castigos del infierno... o viceversa, porque supongo que ustedes defenderán justo la versión contraria.

Asmodeo volvió a sonreír, demostrando que tenía la lección bien aprendida.

-Si me permite la confianza, señor Vázquez, y lamentaría mucho que usted se lo tomara a mal, he de insistir en que desconoce por completo la situación real en la que nos movemos... cosa por otro lado completamente normal, dadas las circunstancias -añadió, impidiéndole replicar-. Comprenderá usted que, después de varios milenios de propaganda continuada en contra nuestra, es lógico que todos los humanos, incluso los que se consideran los ateos más recalcitrantes, estén mediatizados por el falso mensaje que tan machacona como eficazmente les han estado repitiendo sin cesar desde hace milenios.

-¡Vaya, si ahora va a resultar que tanto ustedes como su rivales me van a negar el derecho al libre pensamiento! -exclamó irritado-. En ellos no es de extrañar, al fin y al cabo es lo que siempre han estado haciendo intentando imponer una fe ciega en sus creencias, pero tras su respuesta la conclusión a la que llego es que, en el fondo, tanto los unos como los otros son los mismos perros con distintos collares.

-Por favor, le ruego que me deje explicárselo -el demonio demostró ser dueño de un perfecto dominio de sí mismo-; luego usted podrá decidir libremente. Y le aseguro -enfaticó- que nosotros no somos como ellos.

E interpretando el silencio de su interlocutor como una tácita aquiescencia, continuó:

-La cuestión fundamental que nos diferencia de nuestros rivales radica en que nunca hemos planteado la relación entre la humanidad y nosotros ni como un sometimiento, ni como una alternativa entre el bien y el mal, evitando pues cualquier posible vinculación del comportamiento de cualquier persona a un sistema de premios y castigos. Ciertamente también aplicamos unos baremos de selección dado que los humanos, a nivel individual, son muy dispares entre sí, pero preferimos hacerlo en base a unos criterios mucho más completos y objetivos, los cuales nos permiten seleccionar a cada uno en función de sus aptitudes particulares. Dicho con otras palabras, para nosotros no hay buenos y malos ni mejores o peores, sino diferentes grados de aptitud en función de los cuales clasificamos a cada cual de la manera en que éste pueda dar un mejor rendimiento y, al mismo tiempo, alcance un grado máximo de satisfacción. Así de sencillo.

-Vaya, casi me ha convencido usted -ironizó Vázquez-. Lástima que los demonios tengan una bien asentada fama de tratar de engañar a los mortales; supongo que Mefistófeles le diría algo parecido al doctor Fausto...

-Vuelvo a insistir, señor Vázquez, en la necesidad de que usted intente desprenderse de esos prejuicios que le han imbuido desde niño -suspiró Asmodeo-. Ya le he dicho que nosotros no compramos almas, si lo hicimos en el pasado fue porque no nos quedó otro remedio ante el injustificable boicot al que fuimos sometidos durante milenios, impidiéndonos desarrollar nuestra labor de captación en igualdad de condiciones con ellos; pero aparte de que renunciemos a esta práctica hace ya varios siglos, por suerte ahora no tenemos ninguna necesidad de seguirlo haciendo. Así pues, nos conformamos con mostrar la realidad tan como es, con eso nos basta.

-Ahora sí que me he perdido por completo -gruñó el anfitrión.

-Bien, veo que vamos avanzando. Como supongo que sabrá, la propaganda enemiga propagó la historia de una rebelión de un grupo de ángeles que, tras ser derrotados en una batalla, fueron arrojados al infierno, convirtiéndose desde entonces en el lado tenebroso y perverso de la Creación, así como en los torturadores eternos de las almas de los fallecidos en pecado mortal. Le suena, ¿verdad? Bien, la batalla y nuestra derrota fueron ciertas, aunque no lo de la rebeldía ya que nuestro único delito fue el de intentar oponernos a la implantación de una dictadura hostil, como todas ellas, a cualquier tipo de disidencia. Y sí, fuimos confinados en el infierno, el cual, lejos de ser un lugar de castigo eterno se convirtió en nuestro propio campo de concentración.

-Pero ¿qué...?

-Discúlpeme si me he extendido en los prolegómenos -le interrumpió el visitante-, pero es necesario que usted comprenda lo desesperada que era nuestra situación. Reconozco que en ocasiones cometimos acciones que pueden ser calificadas de reprobables, pero entonces se consideró el sabotaje como un arma legítima, la única de que disponíamos, para defendernos de la aplastante superioridad de los otros. Por supuesto asumimos nuestra responsabilidad y, en la medida de nuestras fuerzas, hemos hecho todo lo posible por compensar a los damnificados.

-Todo eso suena muy bonito, pero ¿quiere dejarse de verborrea e ir al grano?

-Discúlpeme de nuevo. Por fortuna, tras más de dos milenios de reclamaciones, el Tribunal de Garantías de la Competencia; bueno, no se llama así, pero sería su equivalente a nuestra escala, en una sentencia histórica e inapelable decretó nulo el abusivo monopolio ejercido por nuestros rivales, avalando nuestro derecho a actuar en igualdad de condiciones con ellos de forma que los mortales puedan elegir libremente cual de las opciones prefieren... en nuestro caso, además, con total transparencia informativa.

-Je... -se rió el dueño de la casa- si ahora resulta que esto va a ser como lo de las compañías telefónicas cuando se liberalizó el mercado; pero hay algo que no me cuadra. Usted habla de monopolio, pero que yo sepa siempre han existido multitud de religiones distintas entre las cuales hemos podido elegir libremente, al menos desde que se suprimió la Inquisición...

-Tiene usted razón -concedió el visitante del Averno-; pero sólo en parte y no desde luego en la totalidad de ellas, ya que todavía hay países en los que apostar se considera un delito punible. En realidad el sistema antiguo no era un monopolio sino un oligopolio, y el ejemplo que ha puesto usted de las compañías telefónicas resulta bastante adecuado; en todos los países había monopolios, pero las compañías beneficiarias eran diferentes en cada uno de ellos, no estándoles permitido extender sus actividades fuera de sus respectivos territorios. Y luego estábamos además, en algunos casos, los perdedores a los que no sólo no se nos permitía ejercer nuestra actividad en territorio alguno, por minúsculo que éste fuera, sino que por si fuera poco se nos convirtió en la cara tenebrosa del sistema. Todo ello, por fortuna, ya se ha acabado, al menos desde un punto de vista legal; llevar este nuevo escenario a la práctica será sin duda bastante más complejo, dado que los antiguos monopolios están intentando hacer valer su posición dominante en el mercado para bloquear cuanto les sea posible todos los intentos de expansión por parte de las compañías minoritarias; pero somos tesoneros y, dado que nuestra oferta es objetivamente mucho mejor que la suya, me estoy refiriendo a nuestros rivales directos, confiamos en poder vencer los prejuicios implantados a nuestros potenciales clientes.

-No ha estado nada mal su discurso, pero como comprenderá no tengo por qué creerles a ustedes más de lo que siempre he creído a los otros, que sinceramente ha sido muy poco -Vázquez, ahora que comenzaba a convencerse de la sinceridad de su visitante, se sentía cada vez más incómodo-. Porque, como ya le he dicho, en cuestiones ultraterrenales siempre he sido profundamente escéptico.

-No se lo reprocho; al contrario, me satisface enormemente haberme encontrado con un potencial cliente de su talla -asintió zalamero el diablo-. Y dado que sus aptitudes son tan notables, tengo la satisfacción de ofrecerle un contrato Tres Plus, el de mayores prestaciones de todo nuestro catálogo, sin ningún coste adicional para usted. Por supuesto, y ésta es una opción que jamás podrán igualar nuestros rivales, sin necesidad alguna de tener que esperar a su óbito, que deseamos que sea lo más tarde posible, para poder disfrutar de todos sus beneficios desde el primer día.

-Ya, comprendo... ¿y qué tendría que hacer? -ironizó el candidato-. ¿Abjurar de mi fe, por más que pise una iglesia de pascuas a ramos y siempre a regañadientes? ¿Asistir a una misa negra?

-Por favor, no se burle -respondió contrito Asmodeo-. Le aseguro que le estoy hablando completamente en serio. Sí, evidentemente usted tendría que abjurar, o apostar, como prefiera denominarlo, al tiempo que manifiesta su voluntad libre y razonada de establecer un vínculo contractual con nosotros; por supuesto sin ningún tipo de parafernalia ridícula, faltaría más, bastará con una declaración suya en voz alta respondiendo afirmativamente a mis preguntas. De hecho, tampoco será necesario dejar constancia por escrito no ya firmando con su propia sangre, vaya asquerosidad, sino ni tan siquiera usando un vulgar bolígrafo; los registros taquiónicos tienen tanta validez legal para nosotros como los documentos escritos para los humanos, y son de obligada aceptación para cualquier fe, creencia o religión, incluyendo la suya actual.

»En cuanto a lo de las misas negras -añadió-, se trata de otra de tantas leyendas negras que nos colgaron en su momento y que, para nuestra desgracia, alcanzaron mucho eco, principalmente por culpa de los imbéciles que se dedicaron por su cuenta y riesgo a escenificar estas patochadas. No sólo resulta ridículo organizar parodias de los rituales de la competencia, sino que además estamos completamente en contra de forzar a nuestros afiliados a cualquier tipo de catarsis colectiva, aunque sea puramente ritual, ya que no nos parece serio ni respetable. Nosotros somos profesionales, señor Vázquez, y entendemos que su vínculo contractual es con nosotros y no con el resto de sus compañeros de fe. Así de sencillo, sin coacciones ni amenazas de castigo de ningún tipo.

-Vaya -exclamó el interpelado, entre sorprendido e incrédulo-. Veo que lo tienen todo bien atado... y la verdad es que pinta bastante bien. Pero... -matizó- ¿no habrá letra pequeña? Convendrá conmigo en que, en los tiempos que corren, conviene ser precavido, máxime si se trata de un tema tan trascendental como el que nos ocupa.

-Lo comprendo, señor Vázquez, lo comprendo -respondió el demonio sin darse por aludido del tono displicente de su interlocutor-. Por desgracia, los comportamientos abusivos hacia los clientes por parte de las grandes empresas son demasiado frecuentes como para ignorarlos. Pero le puedo asegurar que no es nuestro caso; el contrato incluye una garantía formal de la ausencia de dolo en sus cláusulas, así como un compromiso de rescisión inmediata en caso de falta de satisfacción por parte del cliente. Puedo asegurarle que ninguna otra compañía es capaz de igualar nuestras ventajosas condiciones.

-Ya... permítame que le haga una pregunta más -el presunto cliente se revolvía como un gato-. ¿Existe algún tipo de compromiso de permanencia, o bien una cláusula de penalización en caso de rescisión anticipada del contrato?

-Bueno... -el vendedor se aclaró la garganta- eso es algo habitual en el sector ya que, como comprenderá, nadie está interesado en admitir a quienes se dedican a ir saltando de una religión a otra conforme se van agotando las ofertas promocionales. Algunos, incluso, llegan a tener el descaro de intentar retornar a sus antiguas confesiones. Pero se trata de un simple mecanismo de seguridad que, junto con una lista negra confeccionada por un organismo independiente, pretende filtrar tanto a esos indeseables como a los morosos. Nada que ver -enfaticó- con los clientes serios y responsables, como es su caso.

Vázquez se preguntó cómo se podría ser un moroso religioso, pero optó por no transmitir su duda al visitante. En su lugar, objetó:

-Entonces, si yo acepto su oferta pero luego no me satisface, ¿qué manera tengo de rescindir prematuramente el contrato?

-Por eso no tiene que preocuparse -el ángel caído recobró el aplomo-, ya que nuestras garantías son máximas. Para empezar dispondrá usted de un período de prueba de cinco años, con opción de rescisión automática previo aviso durante los tres meses anteriores al vencimiento de la anualidad, sin ningún tipo de penalización. Al cabo de los cinco años, si usted está conforme, se procederá a la firma del contrato indefinido... aunque lo de

indefinido es un decir -añadió al apreciar el fruncimiento de ceño de su interlocutor-, ya que no se trata de un compromiso *ad eternum* tal como ocurre con su fe actual; en realidad hay que entenderlo como que la renovación será automática siempre que ninguna de las dos partes comunique a la otra su desistimiento conforme al protocolo establecido... nada demasiado diferente de su contrato de suministro de gas o de electricidad, señor Vázquez.

-Supongo que esas condiciones vendrán convenientemente reflejadas en el contrato...

-Por supuesto. ¿Entiendo entonces que está usted interesado en nuestra oferta, señor Vázquez? -preguntó el diablo haciendo ademán de coger algo... de algún sitio.

-¡Oh, no vaya tan deprisa, joven! -le interrumpió éste sin ser consciente de que, pese a su aspecto juvenil, Asmodeo debía de ser infinitamente más viejo que él-. A mí, espero que no le moleste, no me gusta tomar decisiones precipitadas, y por esta razón antes de firmar un contrato prefiero leerlo con detenimiento. ¿No tendría usted una copia que dejarme? No haría falta que se tratara de un contrato completo, me bastaría con un folleto lo suficientemente detallado aunque eso sí, con carácter contractual.

-Yo... -por vez primera se veía titubear al demonio- yo ya le he dicho que nosotros no utilizamos contratos escritos.

-Habrá un equivalente, supongo; como comprenderá, no voy a vender mi alma, perdón, a contratarla, sin haberme informado antes convenientemente.

-Pero es que yo ya le he explicado todo, le aseguro que no he ocultado nada -replicó Asmodeo, cada vez más turbado.

-En definitiva, no me puede proporcionar usted un documento, que no sea de propia voz, en el cual vengan reflejadas todas las cláusulas y condiciones del contrato... por favor, respóndame con un sí o un no.

-N.... no, señor. Pensamos que con nuestra palabra es suficiente.

-Pues lamento decirle que no lo es. Créame, no es que desconfíe de ustedes, pero estoy escarmentado de algunas experiencias anteriores y, como dice el refrán, el gato escaldado...

-Entonces...

-Yo no me niego a considerar su oferta, lo único que le pido es que me permita estudiarla con tranquilidad... y sin testigos. Si es posible, encantado. Si no lo es, le rogaría que no me hiciera perder más tiempo.

-Adiós.

Y el demonio desapareció presa de una súbita irritación no sin antes, a modo de infantil venganza, dejar impregnada la habitación con un olor fétido.

-Bueno, algo es algo, al menos éste no ha sido tan pesado como el tal Moroni que vino a darme la tabarra la semana pasada -suspiró Vázquez al tiempo que corría a abrir las ventanas para ventilar la habitación-. De todos modos, tendría que informarme mejor acerca de si es posible inscribirse en una Lista Robinsón religiosa, porque desde que empezó la dichosa liberalización estoy ya hasta la coronilla de estas visitas inoportunas.

UNA OFERTA DIABÓLICA

Luis Martínez se encontraba a punto de consumir su suicidio. Una interminable racha de mala suerte había arramblado en poco tiempo con su trabajo -acababa de ser despedido con la frialdad típica de las multinacionales-, con su novia -se había largado, para mayor escarnio, con quien hasta entonces había tenido por su mejor amigo-, con varios amigos que para sorpresa suya se pusieron de parte de los traidores, con su familia - había pleiteado sin éxito por la herencia de un tío soltero- y, por si fuera poco, le acababan de entregar una orden de desahucio por impago de la hipoteca del piso. Así pues él, que siempre se había tenido por un optimista nato, se había encontrado de pronto frente a un férreo muro cuyo único resquicio posible pasaba por la terraza de un séptimo piso.

Alzaba ya una pierna por encima de la barandilla cuando oyó una voz a su espalda que le decía:

-Yo no lo haría.

El frustrado suicida volvió la cabeza para ver al intruso, más intrigado que molesto por haber sido interrumpido de manera tan inoportuna su salto al vacío; estaba solo en la casa y había cerrado la puerta con llave, razón por la que no podía entender como podía haberse colado.

Se trataba, según pudo comprobar, de un sonriente joven de aspecto atildado - vestía traje y corbata en plena canícula- con cierto aire entre misionero mormón y vendedor empeñado en cambiarte de compañía telefónica o energética. En cualquier caso, allí no pintaba nada.

-¿Quién es usted? -le espetó en tono irritado-. ¿Y qué hace aquí? ¿Cómo ha entrado en mi casa?

-Se lo explicaré, señor Martínez, pero antes haga el favor de apartarse de la barandilla. Además ahí afuera hay mucho ruido, así que sería mejor que habláramos en el salón con la puerta de la terraza cerrada.

Sorprendentemente Luis obedeció con docilidad, invitando incluso al visitante a sentarse en uno de los sillones al tiempo que él hacía lo propio en el otro.

-Voy a responder a sus preguntas en el mismo orden en que usted me las hizo -le explicó el joven una vez ambos estuvieron acomodados en sus respectivos asientos-. Me llamo Asmodeo Flégreo y soy un demonio de tercera clase, aunque confío en que pronto pueda ascender a segunda. He venido a intentar convencerle de que no se suicide, y he

entrado en su casa materializándome, ¿cómo lo iba a hacer si no, si tenía usted la puerta cerrada?

-Yo... -Luis nunca había creído en historias sobrenaturales, y prefería pensar en una explicación más prosaica-. Usted...

-Supongo que se referirá a que no tengo aspecto de demonio, sino más bien de vendedor... -repuso el visitante en tono jovial-. Lo cierto es que los tiempos han cambiado mucho y en la sección de *marketing* piensan, no sé si con razón o no, que a estas alturas resultaría ridículo mostrarnos a los mortales tal como se nos ha venido imaginando durante siglos; pero si usted lo prefiere, puedo hacer el esfuerzo.

E instantáneamente se transformó en un ser de rasgos similares a los de las gárgolas de las catedrales medievales, con cuernos, pezuñas, rabo peludo y piel de vivo color rojo, para recobrar segundos después su aspecto anterior no sin dejar flotando en el aire un penetrante olor a azufre.

A Luis se le cayó la mandíbula y, de no haber estado sentado, se le habría caído asimismo el resto del cuerpo.

-Lamento haberle asustado -se disculpó el demonio-, pero como dice el refrán una imagen vale más que mil palabras, por más que el aspecto demoníaco que nos endosara hace siglos la propaganda política de nuestros rivales nos resulte, como puede usted imaginar, claramente desagradable y peyorativo. En realidad ninguna de las dos formas en las que me he mostrado ante usted es la mía propia; nuestros cuerpos se pliegan en siete dimensiones, por lo que no le sería posible percibirme tal como soy; por ello, me he visto obligado a recurrir a un simulacro tridimensional que pueda ser identificado por sus limitados sentidos corporales. No obstante, si usted lo prefiere puedo adoptar la forma humana que más agradable le resulte.

Y volvió a transformarse de nuevo, esta vez en Rita Hayworth en su memorable papel de Gilda, el cual por cierto entusiasmaba a Luis.

-No, déjelo -le rogó azorado-. El primero estaba bien.

-Como usted guste -concedió Asmodeo recobrando su apariencia original, aunque mantuvo durante unos segundos, probablemente de forma deliberada, el embriagador aroma de un sofisticado perfume femenino.

-Bien -balbuceó Luis, que comenzaba a asimilar a duras penas la magnitud de la situación a la que se enfrentaba-. Me ha convencido usted de que se trata realmente de un demonio, pero hay algo que no me cuadra.

-¿El qué? -preguntó amablemente su interlocutor.

-Está claro; según la doctrina que me enseñaron en el colegio, el suicidio es un pecado mortal y, en consecuencia, las almas de los suicidas son condenadas al... -se interrumpió, buscando un término más diplomático- son enviadas a ustedes.

-¡Oh, es eso! -rió Asmodeo-. No se preocupe, le aseguro que se trata de otra de las muchas insidias y falsedades que nos han endosado los otros. ¿Para qué podríamos tener nosotros el menor interés en el alma de un suicida? No nos serviría para nada. Nosotros los queremos vivos, no muertos, y el único criterio que nos mueve a la hora de elegir a nuestros potenciales clientes es el de su valía personal. Y usted -añadió zalamero- tiene mucha, por eso he venido aquí, para evitar que se malogre.

-Tendré mucha valía según usted -suspiró Luis en tono lastimero-, pero lo cierto es que mi vida es un desastre y he visto como se hundía todo cuanto tenía algún interés para mí.

-Ta, ta, todo eso tiene fácil remedio -le animó el demonio-. Lo que no lo hubiera tenido habría sido su suicidio; somos poderosos, pero no omnipotentes. Tome esto, le sentará bien.

Añadió, al tiempo que le alargaba la copa de brandy que acababa de materializarse en su mano.

-Le aseguro, señor Martínez -continuó mientras su anfitrión se llevaba la copa a los labios-, que todas las tribulaciones que le afligen en estos momentos tienen una solución sencilla. Nosotros podemos hacer que consiga un trabajo mucho mejor que el perdido, que encuentre una nueva novia que le hará olvidar a esa pendeja y que gane suficiente dinero para mudarse a un barrio residencial; eso sólo para empezar, por supuesto a partir del momento en que se encuentre bajo nuestra tutela podrá disfrutar de la vida como nunca hubiera siquiera soñado. Además, en el lote irían otros detalles importantes tales como una salud de hierro, ausencia de enfermedades de todo tipo y una vejez larga y gratificante; lamentablemente no podemos ofrecerle ni la inmortalidad ni mucho menos la eterna juventud, pero cuando le llegue la hora pasará a formar parte de nuestros elegidos, y puede estar convencido de que nuestra... residencia no tiene nada que ver con esa absurda y falsa aberración infernal que les han inculcado durante siglos como paradigma de castigo y torturas eternas.

-Eso está muy bien -respondió Luis entre trago y trago-; por cierto, éste es el mejor brandy que he bebido en mi vida -alabó-. Al menos, sobre el papel. Ahora, supongo, me pedirá que les venda mi alma...

-¡Oh, no, señor Martínez! Ni mucho menos. ¿Por quién nos toma? -protestó Asmodeo-. Lamentablemente, la propaganda de nuestros rivales ha sido tan efectiva que la falsa imagen negativa que nos atribuyen ha acabado tan marcada en el subconsciente

colectivo que influye incluso a los más descreídos. No, nosotros no compramos almas, es más, no tenemos el menor interés en hacerlo. Lo que sí ofrecemos, sin trampa ni cartón y sin letra pequeña, es un compromiso contractual libremente aceptado por ambas partes, por supuesto rescindible a petición de parte. Nada diferente a ninguno de los muchos contratos que cualquier persona suscribe a lo largo de su vida, sea para comprar un piso o un coche o para contratar el teléfono, la luz, el gas o un seguro, pongo por caso.

Y dado que Luis había apurado ya su bebida, añadió:

-Veo que le ha gustado el brandy; no me extraña -sonrió pícaramente-, ya que es mucho mejor que cualquiera que se pueda comprar aquí abajo, y además tiene la virtud de no emborrachar, por lo que puede seguir bebiendo sin ningún temor.

Dicho lo cual la copa se volvió a llenar sola.

-Un momento -le interrumpió el interpelado-. Si no he entendido mal usted me está ofreciendo un contrato con su... organización, ¿no es así?

Y ante el asentimiento tácito del visitante, inquirió:

-¿Cuál es, entonces, la diferencia con la tradicional venta del alma? Aparte, claro está, de *atrezzos* tales como el pergamino de piel humana o la firma con tu propia sangre...

-Está claro, señor Martínez, insisto en que nosotros no tenemos el menor interés en poseer su alma; le deseamos entero o, mejor dicho, deseamos contar con usted como cliente, sin atentar en ningún momento contra su libre albedrío.

-No alcanzo a ver la diferencia -porfió.

-Existe, y mucha. Si usted contrata un seguro de vida, pongo por caso, no está vendiéndose a la compañía aseguradora, simplemente adquiere un compromiso mutuo con ella, sujeto a una normativa legal concreta y revocable cumpliendo ciertos requisitos. Con nosotros ocurre igual, le ofrecemos una serie de ventajas que ya le he enumerado a grandes rasgos a cambio de su aquiescencia. Además, y en esto nos diferenciamos claramente de nuestros competidores, nuestros contratos no son en modo alguno irrevocables, de modo que, conforme a las cláusulas establecidas, que por supuesto podrá usted estudiar con tranquilidad, si en cualquier momento deseara desistir podría hacerlo sin ningún problema y sin la menor penalización, simplemente tendría que renunciar, a partir de ese momento, a los beneficios que le otorga nuestro vínculo.

-Vamos, que perdería instantáneamente todo lo que previamente me hubieran concedido...

-No, en absoluto; usted seguiría manteniendo todo lo conseguido hasta entonces, simplemente quedaría libre de nuestra tutela para lo bueno y para lo malo, de modo que no tendríamos la menor responsabilidad sobre lo que pudiera acaecerle en adelante.

-Parece muy bonito para ser verdad; a ver si ahora va a resultar que los buenos son ustedes...

-Ni buenos ni malos, señor Martínez, al menos en lo que respecta a esos absurdos planteamientos maniqueos que tanto le gustan a la competencia. Simplemente somos unos profesionales que procuramos buscar un beneficio mutuo para ambas partes, y bastante es que, varios milenios después, sigamos teniendo que luchar contra la falsa leyenda negra que nos endosaron en su día para beneficio propio. Por cierto, le puedo asegurar que ellos jamás le ofrecerán nada parecido a nuestro contrato de prueba, un compromiso de tan sólo cinco años renovable, o derogable, según estime usted más conveniente. Como puede comprobar, nada tiene que perder y sí mucho que ganar.

-Señor Asmodeo -reflexionó Luis tras un intervalo durante el cual aprovechó para apurar la tercera copa-, insisto en que todo esto me parece interesante, sobre todo teniendo en cuenta que jamás me preocupé lo más mínimo por las cosas del más allá; pero sigue sin explicarme en qué consistiría mi compromiso, lo único que sé es que no me quieren comprar el alma... y como puede suponer no voy a tomar ninguna decisión, ni siquiera de prueba, sin saber antes a qué atenerme.

-Tiene usted razón, eso es lo que pretendía explicarle ahora. Su compromiso sería muy sencillo, como cliente nuestro tan sólo tendría que aceptar que le insertáramos nuestra marca comercial, es algo similar a la publicidad incluida dentro de las series de televisión, lo que en la jerga del medio se conoce como *product placement*.

-¿Insinúa acaso que me tendría que convertir en un hombre anuncio, y que llevaría la cabeza rodeada por un aura en la que brillaría intermitente una leyenda del tipo *Compre Satanás*? -gruñó Luis poniéndose a la defensiva.

-¡Por favor, señor Martínez! ¿Por quién nos toma? Le aseguro que ningún mortal se enteraría jamás de su compromiso con nosotros, de hecho estoy seguro de que usted conoce a alguno de nuestros clientes sin tener la menor idea de que lo son. La discreción es uno de nuestros principales compromisos.

-¿Entonces? De poco sirve la publicidad si nadie se entera de ella.

-Depende de a quien vaya dirigida, cada campaña tiene su *target* particular. En nuestro caso lo que pretendemos es marcar el territorio, y perdóneme si el símil le resulta demasiado tosco, frente a nuestros competidores. Sólo ellos sabrán que usted ha firmado un contrato con nosotros, por lo demás nuestra marca comercial resultará completamente invisible y nadie tendrá conocimiento de él, a no ser que usted desee decírselo.

-¿Sólo a cambio de eso podré disfrutar de las ventajas que me promete? -preguntó incrédulo-. Permítame que le diga que resulta difícil de creer.

-Tenga en cuenta, señor Martínez, que estamos en plena campaña de promoción, por lo que podemos ofrecer a nuestros nuevos clientes unas condiciones inmejorables. Ha de saber además -suspiró el demonio- que hasta hace relativamente poco, con la burda excusa que eran ellos quienes les habían creado, nuestros rivales ejercieron un férreo monopolio sobre los mortales, por lo que teníamos que conformarnos con lo que ellos desechaban... por lo general de muy mala calidad, como puede usted imaginar. Por fortuna una reciente sentencia del Tribunal de Defensa de la Competencia dictaminó que nosotros también teníamos derecho a ejercer nuestra actividad comercial en igualdad de condiciones, pero el hecho de que ellos sigan manteniendo la posición dominante nos dificulta mucho poder conseguir clientes, razón por la que nuestras ofertas tienen que ser más agresivas que las suyas. Así de sencillo.

-Está bien -concedió Luis-, ciertamente parece interesante pero, y no se lo tome a mal, me gustaría estudiar las condiciones del contrato antes de decidir firmarlo o no.

-Por supuesto, señor Martínez; otro de nuestros compromisos es el de no engañar a los clientes, nosotros no somos de esos que le ponen un papel delante de las narices conminándole a firmar en ese momento. Aquí tiene una copia del contrato -le entregó una carpeta primorosamente decorada que apareció en sus manos- para que usted la lea tranquilamente. Una vez hecho esto, y si está conforme, bastará con que invoque el ensalmo que viene impreso en la última página para que el compromiso sea efectivo.

-¿Así de simple?

-Así de simple -corroboró Asmodeo-. ¿Para qué complicarnos la vida con rituales obsoletos? Y ahora, si me lo permite, me despido de usted, porque todavía tengo que visitar a varios posibles clientes. Encantado de conocerle, señor Martínez, y hasta siempre. ¡Ah, y si tiene alguna duda, basta con que invoque el ensalmo del anexo I y yo u otro de mis compañeros le atenderemos personalmente.

Dicho lo cual desapareció. Luis, todavía sorprendido pero disipadas ya sus tendencias suicidas, comenzó a curiosear el documento cuando oyó una voz, distinta de la anterior, que le decía:

-Yo no lo haría.

Intrigado, más que molesto, levantó la vista comprobando que tenía un nuevo visitante en el salón, una figura alta y espigada -no pudo determinar si masculina o femenina- de largos cabellos rubios y dos alas de blanco plumaje en la espalda, la cual estaba ataviada con una brillante túnica de indefinido color.

-¿Quién es usted? ¿Y qué hace aquí? -obviamente sabía como había entrado, por lo que consideró innecesario repetirla tercera pregunta.

Me llamo Leliel Etéreo, y soy un serafín de tercera clase, aunque confío en que pronto pueda ascender a segunda. He venido a intentar convencerle para que no firme ningún compromiso con esos inmundos diablos que pretenden engañarle abusando de su buena fe. Yo, por el contrario, le puedo hacer una oferta infinitamente mejor que la suya, con el aval de varios milenios de experiencia y millones y millones de clientes satisfechos para toda la eternidad.

-Está bien, desembuche -suspiró Luis con resignación-. Pero le ruego que sea breve, porque tengo muchas cosas que hacer y no podré atenderle durante demasiado tiempo.

EL ALMA TENÍA UN PRECIO

Después de haber atendido a cuatrocientos quince solicitantes, el diablo subalterno E-47.358/6P -los integrantes de su categoría no tenían derecho a un nombre propio- estaba realmente cansado... y calculaba que todavía le quedarían por atender una cincuentena más antes de concluir la jornada.

-¡Malditos recortes! -gruñó en voz baja; nunca se podía estar seguro de que alguno de sus compañeros no fuera un chivato de los jefes-. ¡Así también ahorro yo! ¡Mientras tanto ellos no se privan de nada!

Consciente de que lamentarse no le iba a servir de nada, tras exhalar un profundo suspiro al tiempo que sacudía la testa astada, pulsó el botón indicando que su puesto había quedado libre. Instantes después se sentaba frente a él un hombrecillo de aspecto insignificante y claramente cohibido.

-¿Qué desea? -preguntó más por rutina que por necesidad, puesto que conocía de sobra los motivos que habían conducido hasta allí a su interlocutor.

-Yo... -tartamudeó éste con una timidez rayana en el autismo- yo quería vender mi alma.

“Como todos”, pensó el diablo, añorando una vez más un traslado a otro negociado; su oficina, antaño codiciada por ser un destino cómodo y tranquilo, se había convertido de un tiempo a esta parte en un peregrinar continuo de humanos deseosos de vender su alma dado lo complicada que se estaba volviendo la vida en su planeta. Tanto era así, que habían recibido instrucciones de limitar drásticamente la transacción tan sólo con los solicitantes más interesantes, rechazando al resto.

-Está bien, pero le advierto que tendrá que autorizarnos a realizar una evaluación de su potencial espiritual, tal como viene indicado en el apartado 3a del segundo anexo de la solicitud... no, no hace falta que firme usted nada, bastará con su consentimiento verbal - explicó el diablo al tiempo que, con la uña que remataba la cola, se acariciaba suavemente las puntas de los dos cuernos, una habilidad de la que le gustaba alardear frente a los habitualmente cohibidos solicitantes.

El hombrecillo respondió con un “sí” apenas audible, tras lo cual el funcionario diabólico esgrimió una sonda aural con la que enfocó a éste al tiempo que observaba la lectura de los resultados en la pantalla del ordenador. Dos con ocho, muy por debajo de la cota mínima exigida para considerar siquiera la solicitud; otro descarte más, lo que no le ayudaría en absoluto a alcanzar los resultados que le exigían para poder solicitar un traslado.

“Tiempo perdido”, se dijo al tiempo que abatía la cola en gesto de desagrado diabólico. Y lo peor de todo era que no podía despacharle con cajas destempladas tal como se merecía, ya que el Defensor del Creyente se le echaría encima -bueno, a su supervisor, lo que sería todavía peor- si se enteraba de que no se había respetado la totalidad del protocolo de atención a los postulantes.

Dando ya por perdido el primer tiempo de la retransmisión de fútbol ígneo entre el Atlético Cocito y el Averno Deportivo, E-47.358/6P suspiró de nuevo y le preguntó al pelmazo, con una amabilidad artificial fruto de sus muchos siglos de experiencia:

-¿Por qué motivos desea vender el alma?

Como si no lo supiera de sobra después de haber atendido a millones de cretinos como éste. Pero las instrucciones eran claras, había que aplicar el cuestionario a los solicitantes ocultándoles que habían sido rechazados a priori. Malditos picapleitos...

-Yo... bueno... -el hombrecillo se mostraba cada vez más nervioso y, puesto que no estaba recogido en el protocolo, E-47.358/6P no mostró el menor esfuerzo por ayudarlo-. Verá, en toda mi vida jamás he conseguido nada de lo que deseaba, siempre he sido un fracasado y...

Por si fuera poco le había tocado un llorón, maldita fuera su suerte. ¿Por qué le tenían que caer siempre a él los más imbéciles?

-Está bien, lo entiendo -contemporizó en un intento de frenar la retahíla de lamentaciones-, pero eso no es por sí solo un motivo para dar el paso que ha dado usted. ¿Por qué ha venido aquí? -repitió, deseoso de sacudírselo de encima.

-Es sencillo -reconoció éste con repentino desparpajo-. No la usaba, así que decidí sacarle algún beneficio.

La inesperada respuesta dejó a E-47.358/6P perplejo. Pese a que habían sido muchos los argumentos de la más variada índole, algunos incluso decididamente peregrinos, con los que le habían respondido a esta pregunta, nunca hasta entonces se había encontrado con una explicación tan prosaica.

A su vez el solicitante, poco ducho en el lenguaje corporal diabólico, interpretó erróneamente los agitados movimientos de su cola por lo que, temiendo por sus intereses, añadió acto seguido:

-Le aseguro que está prácticamente nueva, de hecho yo diría que jamás la he llegado a usar... jamás me habría atrevido a ofrecerles un alma gastada o defectuosa.

Ya... ya veo -consiguió articular al fin E-47.358/6P recobrando mejor o peor la compostura-. No, señor... -por vez primera consultó el nombre del hombrecillo en la pantalla- García, no dudamos en modo alguno de su honradez, ni tampoco de la calidad de la mercancía que nos ofrece. El problema consiste en que, lamentablemente, el mercado bursátil no pasa ahora por su mejor momento. Compruébelo usted mismo.

Y tras descargar una gráfica que tenía preparada giró el monitor para mostrársela. En ella se apreciaba una curva recortada con una clara tendencia a la baja en su tramo final. Estaba basada en datos reales, pero la escala había sido astutamente ampliada para que la caída resultara magnificada.

-¿Qué tiene que ver esto con mi oferta? -preguntó con recelo José García, éste era su nombre completo, elevando la voz.

-Me temo que mucho. Verá, ocurre que los humanos suelen tener una idea bastante distorsionada acerca de la venta de almas; influidos por la literatura, en especial ese nefasta novela de Goethe, y por el cine, piensan que basta con invocar al Señor de las Tinieblas, como si él no tuviera nada mejor que hacer, y ofrecerle el alma a cambio de que se hagan realidad tus deseos más inverosímiles... pero lamento decirle que en la práctica las cosas no ocurren ni mucho menos así.

-¿Cómo entonces?

-Bien, para empezar hay que tener presente que la venta de un alma no es un acto arbitrario por el cual se puede obtener cualquier cosa que se desee, sino una transacción comercial que, como cualquier otra, está sujeta a las leyes del mercado.

Disfrutando ladinamente al ver cómo la decepción se marcaba en el anodino rostro de su interlocutor, E-47.358/6P continuó:

-Sí, por mucho que le sorprenda, su alma, como la de cualquier otro mortal, tiene un precio que depende de su cotización en bolsa; no el suyo en concreto, evidentemente, sino el conjunto de valores que gestionan nuestros operadores buscando una mayor rentabilidad. Del valor correspondiente al día en el que tiene lugar la transacción se calcula, en función del resultado del sondeo aural, la tasación del alma en venta, y a partir de ésta, una vez aplicadas las comisiones correspondientes, las tasas legales y los gravámenes fiscales, se le ofrece el precio final de compra. Eso sí, he de recordarle que si en un futuro usted cambiara de opinión nosotros no le revenderíamos su alma; una vez que el paquete, ya que no las manejamos de forma individual, estuviera colocado, en caso de desear recomprarla tendría que recurrir al mercado secundario bajo su propia responsabilidad y al precio que se le solicitara.

-¿Cuánto podría valer la mía?

-Para hacerle un presupuesto tendría usted que firmar antes un precontrato comprometiéndose a abonar el importe del mismo en caso de que finalmente rechazara formalizar la transacción. En caso de aceptar éste iría incluido en los costes generales de la gestión, aunque en la práctica se puede considerar que le resultaría gratuito.

-¿No le parece un tanto abusivo? -objetó García.

Por supuesto que lo era, ya que se trataba de una de las diferentes argucias que el gabinete jurídico había incluido en los contratos para disuadir a los vendedores potenciales, ya que legalmente no estaban capacitados para rechazar ninguna oferta... aunque sí para imponer unas condiciones ventajosas para ellos.

-Le aseguro que se trata de un requisito completamente legal, como puede comprobar en el articulado del contrato. No obstante -explicó E-47.358/6P- se trata de un coste razonable, por lo general viene a ser unos cuatro o cinco de vida aunque, eso sí, siempre podría elegir los que deseara, normalmente los últimos que, por lo general, suelen ser poco agradables. Claro está -recalcó- que sólo tendría que abonarlos en caso de que una vez solicitado el presupuesto se retractara de firmar el contrato.

-¡Pero eso sería ir a ciegas! -objetó García-. ¿Cómo voy a vender algo sin saber siquiera cuánto me van a pagar por ello?

-No se preocupe, eso es algo que también está previsto -respondió E-47.358/6P en tono conciliador-. Contando con que muchos pudieran estar dubitativos -recalcó intencionadamente el adjetivo-, lo que sí ofrecemos gratuitamente es una estimación aproximada del valor que tendría el alma en venta. Como cabe suponer esto no nos compromete contractualmente, ya que el valor final puede variar en función de las oscilaciones de la cotización en bolsa; pero si la compra no se demora demasiado, las diferencias suelen ser pequeñas.

-Eso está mejor... ¿podría hacérmela?

-Por supuesto, apenas necesitaré unos minutos para introducir sus datos, supongo que los habrá escrito en el cuestionario. Eso sí -E-47.358/6P se interrumpió con un artístico toque de teatralidad-, he de advertirle de la necesidad de olvidarse de todos aquellos falsos tópicos tan comunes como solicitar, a cambio del alma, juventud eterna, riquezas, preeminencia social o éxito con las mujeres... u hombres -se corrigió, maldiciendo mentalmente las absurdas imposiciones de la corrección política-. Nuestros pagos son mucho más, digamos, prosaicos, y siempre dentro de los límites marcados por la tasación.

-Está bien, dígame el resultado.

-Veamos -E-47.358/6P fingió estar absorto en los cálculos, pese a que en realidad se trataba de una oferta tipo de las varias que tenían preparadas con fines disuasorios-. Lo

siento, ya le he dicho que eran tiempos malos, por lo que quizá no se ajuste a sus expectativas. Bien, la aplicación me da varias alternativas: Un mes de vacaciones, en temporada baja, en un hotel de la costa. Un premio, excluidos los mayores, en el sorteo de la lotería de navidad, aplicable a un único billete como máximo. Asistencia a un programa de cita a ciegas en televisión, con un porcentaje de éxito estimado, aunque no garantizado, del setenta por ciento. Un tratamiento de cirugía estética. Una hipoteca con un interés un punto por debajo de la media del mercado. Un coche, nuevo o de segunda mano, siempre que no supere el valor estimado para el premio del sorteo de lotería...

-No es mucho -gruñó el vendedor- para un alma completamente nueva.

-Ya le he dicho, señor García, que corren malos tiempos... en realidad, le voy a hacer una confidencia -la cual también formaba parte del ritual desarrollado para sacudirse de encima a los vendedores molestos-: nuestros gestores se quejan de la falta de liquidez de los mercados, a lo que se une un exceso de reservas que cuesta mucho trabajo colocar incluso ofreciendo grandes descuentos. Compruébelo por usted mismo:

Haciendo un gesto teatral del todo innecesario, apuntó con la afilada uña de su dedo índice a un rincón deliberadamente vacío situado junto a la mesa, en el cual se materializó un holograma representando algo parecido a un almacén repleto hasta los topes de contenedores escrupulosamente ordenados.

-¿Sabe qué es esto? -y sin aguardar la respuesta continuó-: es una recreación, en forma comprensible para sus sentidos, de uno de los almacenes donde guardamos las almas sobrantes que no hemos podido colocar todavía en el mercado. Como puede apreciar está completamente lleno, y como éste hay todavía varios más. Nos sobran almas, señor García, literalmente no sabemos qué hacer con ellas, y si bien por ley no nos podemos negar a seguirlas comprando, tampoco no resulta posible ofrecer mejores precios por ellas; es algo tan sencillo como la ley de la oferta y la demanda.

Ya lo veo -suspiró García-. En cualquier caso, he de reconocer que no pretendía obtener nada de lo que me han ofrecido... ni tampoco de lo que ha calificado usted de solicitudes inverosímiles. No, no deseo ni juventud, ni riqueza ni mujeres, y tampoco esos ridículos premios de consolación.

-Pues usted me dirá... -atajó, sorprendido, el diablo.

-Verá, en realidad yo venía a proponer un negocio que va mucho más allá de la venta de mi insignificante alma; le pido disculpas por haberle estado entreteniéndolo hasta ahora, pero por desgracia su sistema de atención al cliente no me permitía hacerlo de otra manera. De hecho en realidad no vengo como cliente, sino como socio potencial.

-No le comprendo... -E-47.358/6P descubrió con disgusto que ya no llegaría ni tan siquiera al segundo tiempo del partido, lo que le provocó una sorda irritación. Asimismo,

pudo comprobar con una rápida ojeada que la sala se había ido quedando vacía tanto de público como de funcionarios, siendo ellos dos los únicos ocupantes de ella.

-Es sencillo. Usted mismo ha reconocido, el hecho de que fuera una argucia para desanimarme no lo cambia en absoluto, que el mercado bursátil de almas está a la baja y que cuentan con unos excedentes acumulados de los que no saben como deshacerse. ¿Me equivoco?

Un ligero fruncimiento de ceño, a modo de asentimiento explícito, fue la única respuesta de su interlocutor, lo que le permitió a García seguir hablando.

-Lo que propongo es aplicar un plan para reactivar el mercado sacándoles un beneficio razonable a todas esas almas que ahora mismo están acumulando polvo... metafóricamente hablando, claro. Yo lo habría hecho por mi cuenta de haber podido, pero como bien sabe usted el mercado está cerrado a los mortales. Por este motivo necesitaría ayuda para poder invertir en bolsa, defendiendo los intereses de mis socios y los míos propios.

-¿Con su propia alma? Bromea. Aun cuando consiguiera sus objetivos, y le aseguro que para ello necesitaría llegar hasta mucho más arriba que yo, ya le he explicado que nosotros no operamos con valores individuales sino con paquetes; un alma por separado, salvo casos muy excepcionales, no vale prácticamente nada. Además, ya tenemos nuestros propios agentes, ¿para qué íbamos a necesitar uno más?

-Ésta es la segunda cuestión. Yo me comprometería a empezar con un paquete reducido de cincuenta almas, el mínimo que se permite, la mía y otras cuarenta y nueve más cedidas a cambio de unos intereses razonables; es lo que se conoce allá en la Tierra como apalancamiento financiero. Con las ganancias obtenidas amortizaría el préstamo y realizaría una nueva compra; contando con la previsible recuperación de la tendencia alcista, al cabo de un tiempo todos habríamos hecho un buen negocio. En cuanto a su otra objeción, le diré que he estudiado el funcionamiento del mercado de almas descubriendo que todavía hoy se sigue rigiendo por unas pautas de hace miles de años. Por ello, la entrada en él de alguien conocedor de las nuevas técnicas financieras, desconocidas aquí, podría reportar unos enormes beneficios.

Aunque E-47.358/6P no estaba demasiado ducho en la materia, sí sabía lo suficiente como para sospechar que el hombrecillo estaba en lo cierto. No obstante él era un simple funcionario subalterno, y así se lo hizo saber a éste.

-Sus planes suenan bien, pero me temo que ha ido a llamar a la puerta equivocada. Debería ponerse en contacto con nuestros servicios financieros, que son quienes gestionan estos temas; pero mucho me temo que eso resultaría imposible, ya que jamás han colaborado con los mortales ni creo que tengan la menor intención de hacerlo.

-¿Quién ha dicho que sea eso lo que pretendo? -respondió García tras soltar una breve risita-. Además, incluso en el hipotético caso de que me aceptaran como socio, poco es lo que se podría conseguir, ya que sus técnicos están tan anquilosados como el resto. No, yo había pensado en otra cosa. Por cierto, ¿podemos hablar aquí con seguridad? -preguntó bajando la voz.

-Si se refiere a si podrían estar escuchándonos puede estar tranquilo, salvo que lleguen los empleados del servicio de limpieza, y ellos van a lo suyo. Pero no hay micrófonos ni nada parecido, ni siquiera en el ordenador.

-Está bien -admitió el visitante tras mirar fugazmente a un lado y a otro; efectivamente, estaban solos-. Si le he de ser sincero, prefiero que ni siquiera se enteren. Lo que había pensado era conseguir algún socio, a título particular, para empezar el negocio; por ejemplo, usted. Yo dirigiría las operaciones y aportaría mi alma, la única que poseo, mientras el socio infernal tendría que invertir las cuarenta y nueve restantes compradas en el mercado secundario, lo cual no le resultaría demasiado oneroso, y figurar como titular de las operaciones, ya que a mí no me estaría permitido. La amortización del capital inicial y el reparto de los beneficios, así como las posibles ampliaciones, lo iríamos resolviendo conforme fuera llegando el momento, aunque para evitar posibles problemas habríamos redactado previamente un contrato privado que considerara todas estas cuestiones. Y en un tiempo razonable le aseguro que tanto usted como yo seríamos ricos...

E-47.358/6P sintió cómo un escalofrío le recorría todo el cuerpo desde las puntas de los cuernos hasta la de la cola. Tras más de treinta siglos amarrado a una mesa de despacho -los diablos son longevos-, y al menos otros tantos antes de poder disfrutar de la ansiada jubilación, eso si no alargaban de nuevo los períodos mínimos de cotización, la propuesta del hombrecillo le sonaba a música infernal. Claro está que toda operación bursátil siempre conlleva riesgos, y fiarse de un desconocido tampoco entraba dentro de lo que se consideraba un comportamiento sensato...

Pero por otro lado la inversión inicial sería mínima, ya que gracias a sus contactos podría comprar esas cuarenta y nueve almas por un precio irrisorio. Por supuesto impondría la condición de reinvertir únicamente los beneficios sin tocar una sola alma de sus ahorros, con lo cual en el peor de los casos las pérdidas serían mínimas. Y bueno, si resultaba quizá incluso pudiera abandonar para siempre esa odiosa oficina.

-Está bien -respondió al fin incorporándose de su asiento-. Su propuesta me parece interesante, pero tendríamos que estudiarla mejor y no es éste el lugar más adecuado. Conozco una azufrería en la que podremos hablar tranquilamente al tiempo que nos tomamos un azufre con lava... bueno, supongo que también tendrán algo que pueda ser compatible con su metabolismo.

Y ambos salieron charlando amigablemente camino de la azufrería. E-47.358/6P marchaba eufórico imaginándose un futuro mejor lejos de su alienante trabajo burocrático, aunque pese a sus esfuerzos no conseguía desterrar una molesta pregunta de su mente: ¿Para qué demonios -nunca mejor dicho- podía querer un mortal enriquecerse con almas ajenas? En cualquier caso, se dijo al tiempo que plegaba la cola, el equivalente diabólico al encogimiento de hombros humano, éste no era su problema.

JUEGO DIABÓLICO

Miguel D. nunca había mostrado el menor interés por los videojuegos, ya que los consideraba una pérdida inútil de tiempo y un entretenimiento meramente infantil.

Su opinión cambió por completo, aunque fuera de modo excepcional, cuando navegando por internet -más bien *derivando*, como definía jocosamente a ir de acá para allá de forma errática sin un rumbo definido- encontró por casualidad un enlace que le condujo a la página de descarga de *Dante's Hell* -por supuesto el título estaba en inglés-, un videojuego ambientado en el infierno imaginado por Dante para la *Divina Comedia*.

La descarga era gratuita -en realidad se trataba de una copia de evaluación, pero para el caso era lo mismo- y la página invitaba a probar el videojuego con todo un despliegue de llamativas imágenes de un realismo tal que dejaba anonadado, máxime cuando a él siempre le habían atraído los cuadros y dibujos de temática fantástica; no en vano tenía colgada en el salón de su casa una buena reproducción de *La isla de los muertos* de Arnold Böcklin.

Descargó el fichero, lo instaló, lo abrió y... todas sus prevenciones contra los videojuegos se disolvieron como un azucarillo. El programa era magnífico sin ningún género de dudas, y a pesar de que ni su monitor ni sus altavoces estaban especialmente diseñados para juegos, los resultados eran espectaculares.

Miguel D. había leído la *Divina Comedia* -bueno, en realidad tan sólo hasta el *Purgatorio*, porque el *Paraíso* le resultó demasiado aburrido- hacía muchos años, por lo que el recuerdo que tenía de ella era poco detallado. Más frescos tenía los cuadros y los dibujos -en especial los grabados de Doré- inspirados en ella, pero ni la una ni los otros tenían parangón con lo que se mostraba ante sus ojos... y ante sus oídos, puesto que la espléndida banda sonora era realmente magistral, entretejiéndose en ella reminiscencias de obras clásicas como *El trino del diablo*, la *Sinfonía Fantástica*, *Una noche en el Monte Pelado*, la *Danza macabra* o *La isla de los muertos* con unas inquietantes melodías decididamente diabólicas, por lo cual tomó nota mental de la necesidad de averiguar el nombre del compositor.

La parte visual no era menos fascinante. Los escenarios del juego estaban basados en los nueve círculos del *Infierno* con sus correspondientes subdivisiones, y la dinámica de la partida consistía, como cabe suponer, en irlos atravesando tal como hicieran Dante y su mentor Virgilio, salvando todos los obstáculos que se interponían en su camino.

Pero el juego, y ahí radicaba la genialidad de sus creadores, no se limitaba a imitar al clásico literario en el que se inspiraba, sino que iba mucho más allá incluyendo multitud de personajes y torturas no imaginados siquiera por el escritor florentino, lo que le

permitía alcanzar unos niveles dantescos -nunca mejor dicho-, con un derroche de imaginación y una minuciosidad en el diseño realmente asombrosos, sin que los deliberados anacronismos menoscabaran en lo más mínimo su mérito.

En consecuencia, *Dante's Hell* resultaba ser enormemente adictivo incluso para quienes como Miguel D. siempre se habían mostrado indiferentes hacia este tipo de entretenimientos. Así pues, ya en la primera partida jugó con entusiasmo -las instrucciones eran sencillas y estaban convenientemente explicadas en la introducción- aunque no con demasiado éxito, puesto que sucumbió apenas pisado el segundo círculo.

Eso era normal, y como en cualquier otro juego necesitaría más partidas para adquirir experiencia. Así pues, reinició el juego con la pretensión de jugar una segunda... encontrándose con la decepcionante sorpresa de tropezar con una pantalla de bloqueo en la que se anunciaba que, por tratarse de una copia de evaluación, tan sólo estaba permitido jugar una única partida al día.

Miguel D., que siempre había sido templado, se lo tomó por el lado bueno; al fin y al cabo tenía otras cosas que hacer, por lo que la forzada dosificación podría ser incluso beneficiosa. Claro está que se le ofrecía la posibilidad de comprar una licencia, pero ignoró el botón correspondiente. Ya tenía bastante con una partida al día; además, juzgando por precedentes anteriores, lo más probable era que se acabara cansando del juego una vez pasada la novedad.

Sin embargo al día siguiente, conforme llegó a casa, alteró su rutina cotidiana apresurándose a encender el ordenador y a cargar el juego. En esta ocasión estuvo a punto de pasar al tercer círculo, lo que sin duda suponía un importante avance por más que las dificultades se hicieran previsiblemente mayores conforme fuera profundizando en los territorios infernales; pero como ya se desenvolvía bastante bien, se adaptó con facilidad a las molestas restricciones de uso.

Eso sí, la partida cotidiana se convirtió en parte integrante de sus hábitos diarios, dedicándole cada vez más tiempo gracias a su cada vez mayor habilidad para esquivar los peligros, lo que le permitía ir avanzando conforme pasaban los días.

Siete semanas más tarde se había convertido, si no en un experto, sí en un jugador lo suficientemente hábil para acariciar la posibilidad de alcanzar el final del juego, donde según Dante acechaba el propio Satanás. Puesto que en la *Divina Comedia* éste y Virgilio conseguían huir del infierno refugiándose en el purgatorio, era de suponer que en el videojuego ocurriera algo similar, aunque nada de ello indicaban las instrucciones. En cualquier caso, se daba por satisfecho con la proeza de atravesar indemne los nueve círculos infernales.

Un día después, al cargar el programa, éste le recordó que se trataba de la última sesión gratuita de las cincuenta permitidas por la copia de evaluación, preguntándole si quería jugarla. Por supuesto dijo que sí y, tras jugar de forma magistral, cayó finalmente a las puertas mismas de la meta agarrado y devorado por el monstruoso Satán.

Huelga decir que su decepción fue absoluta, no sólo por haber estado tan cerca de lograr el éxito, como porque se le había acabado el chollo de las partidas gratuitas. Podría intentar desinstalar el videojuego y volverlo a instalar, pero por experiencia propia sabía que ese truco no solía dar resultado. Tendría que hacerlo en un ordenador distinto, pero no disponía de ningún otro, o bien esperar un tiempo razonable hasta que, con suerte, los servidores de la empresa que lo explotaba se “olvidaran” de su dirección IP. Y siempre tenía la opción de comprar una licencia, como oportunamente se le ofrecía; bastaba con pulsar un botón y tampoco era demasiado cara, pero estaba acostumbrado al *todo gratis* y no le apetecía rascarse el bolsillo por algo que en definitiva no dejaba de ser un simple juego.

Iba ya a cerrar el programa cuando una segunda pantalla reemplazó a la anterior ofreciéndole una prórroga de la copia de evaluación, sin coste alguno, en las condiciones establecidas por la cláusula número 42 del acuerdo de licencia, vulgo letra pequeña. Huelga decir que no se había molestado en leerlo cuando descargó el videojuego -en realidad nunca lo hacía-, y tampoco creyó necesario hacerlo ahora ante la tentación de pulsar un simple botón.

Y lo hizo.

El resultado fue inmediato, aunque en modo alguno el que él esperara. La pantalla de advertencia desapareció de forma repentina, sustituida por un realista torbellino ígneo acompañado por un estruendoso fragor. El efectismo estaba sin duda muy logrado, pero la sorpresa de Miguel D. dio paso al terror cuando observó atónito cómo el remolino de fuego brotaba de la pantalla del monitor formando un furioso vórtice sobre uno de los sillones del salón, apenas a unos metros de él.

Aunque no sentía la menor sensación de calor, ni mucho menos de encontrarse frente a un furioso incendio, el ruido seguía siendo atronador y una nueva sensación, olfativa en este caso, vino a sumarse a las anteriores en forma de desagradable hedor a azufre quemado.

Por fortuna todas ellas desaparecieron al cabo de unos segundos, pero la situación distaba mucho de ser la misma que antes ya que frente a él, sentado beatíficamente en el sillón el cual no mostraba la menor señal de quemaduras, se encontraba un diablo.

Se trataba sin lugar a dudas de un habitante del averno, puesto que su aspecto era de manual con la piel de color escarlata contrastando con el profundo negro del cabello y la

perilla caprina, los pies terminados en pezuñas, las orejas puntiagudas y, como cabía esperar, los familiares cuernos y el rabo escamoso.

La teatral aparición dejó sin habla al perplejo Miguel D., el cual al ver que su insólito visitante no decía palabra alguna, logró articular al fin:

-¿Quién... quién eres?

-Asdetet, diablo de tercera, para servirte -respondió éste al tiempo que esbozaba un simulacro de sonrisa que dejó al descubierto unos dientes afilados como puñales.

-Y... ¿qué haces aquí?

-Nos invocaste y respondimos a tu llamada, así de sencillo.

Miguel D. era una persona racional que no creía en milagros, apariciones ni seres sobrenaturales de ningún tipo, diablos incluidos. Pero la evidencia era tan abrumadora - hasta su pituitaria seguía llegando un tufillo a azufre, y desde luego el ser que se encontraba a su lado era indiscutiblemente real y sólido- que le dejó desarmado.

-No puede ser... -musitó.

-Pues te guste o no, sí lo es -rió la criatura del averno; su aliento olía todavía peor-. Pero insisto, tú nos llamaste.

-¡Eso no es cierto! -exclamó aterrorizado-. ¡Cómo os iba a invocar si jamás he creído en vuestra existencia!

-Sí lo hiciste, amigo mío, y te lo voy a demostrar.

Hizo un gesto con la mano, rematada en unas afiladas uñas, y en el espacio que mediaba entre ambos se materializó, a modo de holograma, una frase.

-Ahí tienes el texto completo de la cláusula número 42 del acuerdo de licencia, que aceptaste voluntariamente al pulsar hace un momento el botón a cambio de una prórroga de uso del videojuego. ¿Me equivoco?

-No, pero...

-Sí, ya lo sé, no lo leíste ni el primer día, ni el segundo... ni tan siquiera hoy. Podrías haber contratado una licencia o bien haberte desentendido del juego, pero optaste por pulsar el botón. Pero eso era responsabilidad tuya, nosotros lo advertíamos claramente. ¿Quieres leerlo?

Y al ver que su anfitrión se quedaba bloqueado, continuó:

-Está bien, te lo resumiré yo. Si aceptabas la oferta de prórroga gratuita te comprometías a entregarnos a cambio tu alma, en las condiciones establecidas por el Código Mercantil Infernal de fecha... bueno, estos detalles farragosos no son importantes. Lo cierto es que tu aceptación, y esto sí estaba explícitamente indicado en este apartado - lo señaló de nuevo-, equivalía legalmente a un contrato mediante el cual tú nos vendías el alma a cambio de un uso ilimitado de nuestro pequeño juego. ¡Oh, no te sorprendas! Hace ya mucho tiempo que reemplazamos a la vieja y engorrosa firma con la propia sangre por algo más prosaico y más cómodo como es la firma digital; nosotros también nos modernizamos.

-Pero... ¡me habéis engañado!

-Por supuesto que no; ya les gustaría a los de allá arriba pillarnos en un renuncio. Lo creas o no, el contrato es perfectamente válido ante cualquier jurisdicción, sea ésta terrenal, infernal o -hizo un gesto de desagrado- celestial. Eso sí, carece de la posibilidad de retracto, pero su inclusión era opcional... y optamos por no incluirla.

-Esa cláusula es abusiva... -objetó sin demasiado convencimiento.

-Esto es opinable; pero te advierto que nuestros abogados, y tenemos a los mejores de todos los que en su vida mortal se dedicaron a este oficio y son ahora huéspedes nuestros, no piensan así. Además, nuestra práctica no es diferente de la de otras muchas empresas de software, por lo que no tienes motivos para fingir ignorancia. Lamento, eso sí, que te sientas engañado, pero nuestro proceder ha sido escrupulosamente legal y si a alguien tienes que reprochar algo es a ti mismo, por no haber sido más precavido y haberte leído antes las condiciones del contrato. Como supongo sabrás, una de las frases más famosas sobre internet es aquélla que dice que cuando un servicio es gratuito, el producto eres tú.

Y volvió a exhibir de nueva su espantosa -y hedionda- sonrisa.

-Pero vender el alma... al menos, otros lo hicieron a cambio de algo importante como poder, dinero, amor, juventud, sabiduría o alguna habilidad especial como tocar el violín... pero no por un miserable videojuego. Barato os he salido -gimió.

-Lo hecho, hecho está -sentenció cínicamente el diablo-. Y, te guste o no, tienes que asumirlo. Pero míralo por el lado bueno: si llegaste hasta aquí fue porque el juego te gustó lo suficiente, y el pago a cambio de tu alma será permitirte jugar con él de manera indefinida.

-Flaco consuelo -rezongó la abatida víctima-. No tardaré en cansarme de él.

-Eso es cosa tuya. De todos modos, tiempo no te va a faltar. Has de saber que las condiciones en las que jugarás a partir de ahora son muy diferentes de las iniciales y, por supuesto, mucho más atractivas. A partir de ahora jugarás *dentro* del videojuego de forma

inmersiva, como si fueras un personaje más; de hecho lo serás, y además no el único. Aunque esté mal decirlo, lo cierto es que estamos teniendo un gran éxito con nuestro producto.

-¡Qué ironía! Resulta que, a la hora de la verdad, el infierno no pasa de ser un puñetero juego...

-Te equivocas -Asdetet se puso repentinamente serio-. El infierno es un lugar que se encuentra más allá de vuestro limitado universo tridimensional, y no todo él es un lugar de castigo... aunque sí cuenta con secciones que actúan como tales. Pero incluso éstas son muy diferentes y abarcan realidades, digámoslo así, de difícil comprensión para una mente humana, de modo que tuvimos que *tunearlas* para facilitaros las cosas recurriendo, incluso, a las pintorescas concepciones surgidas a lo largo de la historia, *Divina Comedia* incluida.

-Entonces...

-No te hagas ilusiones, a ti se te ha asignado ese destino y en él permanecerás como un figurante más. En el mismo momento en que terminemos esta conversación vendrás conmigo al *decorado* del videojuego, que a partir de ahora constituirá tu encierro. Ésta es tan sólo una de las infinitas facetas de la esencia global de nuestro dominio, pero para ti será tu auténtica realidad, tan tangible como lo ha sido ésta -hizo un gesto ambiguo señalando la habitación- durante todos los años de tu vida. Por si no lo sabías -se regodeó-, los personajes que veías en la pantalla no eran simulaciones informáticas, sino las almas de aquéllos que te precedieron; así pues, otros jugadores jugarán contigo sin saber que fuiste como ellos y que, con un poco de suerte, ellos acabarán siendo como tú.

-Pero del *Infierno* de Dante se podía salir... -objetó débilmente el condenado-. Al menos, él y Virgilio lo consiguieron. Incluso yo estuve a punto de hacerlo -añadió sin demasiado convencimiento.

-¡Oh, así que ésa es tu última esperanza! -se burló el ser infernal-. Sí, conforme al reglamento del juego teóricamente podría hacerse... pero puedes estar seguro de que te resultará muchísimo más difícil que en la versión del videojuego, de eso ya nos encargamos nosotros. Y si a pesar de todo lo consiguieras, algo que nadie hasta ahora ha logrado, tan sólo conseguirías pasar a otra sección diferente del infierno. Como supongo sabrás, de él nunca se ha librado nadie.

»Pero dejémonos de conversación, que el tiempo apremia -zanjó-. Todavía tengo que visitar a unos cuantos incautos más, y quiero llegar a tiempo para poder ver el partido entre los Diablos Rojos y los Ángeles Malos.

Dicho lo cual desapareció, llevándose consigo el alma del infortunado cibernauta. Su cuerpo yerto, descubierto días después por la señora de la limpieza, fue llevado al depósito, donde se le diagnosticó un infarto agudo de miocardio.

No obstante, si ustedes juegan al *Dante's Hell* -pongan mucho cuidado, eso sí, en no rebasar las cincuenta partidas- y se fijan con detenimiento en la pantalla del segundo círculo, podrán apreciar en un rincón a un condenado armado con una espada láser que no es otro que nuestro conocido Miguel D. Claro está que todavía lleva poco tiempo allí, por lo que no ha podido progresar demasiado, pero confía en poder ir avanzando poco a poco hasta el final. Puesto que ahora, por mucho que le pese, es inmortal, tendrá tiempo de sobra para intentarlo.

TRIBULACIONES INFERNALES

Permítanme que me presente. Me llamo Zabolón, y son un diablo de tercera clase... es decir, del montón. Y cuando digo del montón ha de entenderse en sentido literal, ya que en una sociedad de inmortales como la nuestra las posibilidades de ascenso profesional son virtualmente nulas, ya que en el escalafón no se producen como cabe suponer huecos por fallecimiento o jubilación, y las pocas plazas que surgen nuevas de milenio en milenio siempre son ocupadas por enchufados, algo que yo no tengo la fortuna de ser.

Antes de seguir adelante será necesario hacer algunas puntualizaciones, ya que por desgracia en lo relativo a nosotros ustedes conocen tan sólo la versión de los *otros*, obviamente parcial. Sí es cierto que hubo una revolución, que no rebelión, contra una situación que muchos consideraban dictatorial; pero como es sabido la historia la escriben los vencedores a su antojo, mientras los perdedores quedan estigmatizados por mucho que, desde su punto de vista, estuvieran en posesión de la razón. En esto, hay que reconocerlo, las cosas de aquí no se diferencian demasiado de las del mundo mortal, es decir, del suyo.

Por si fuera poco, tal como ocurre en sus guerras civiles la mayoría de nosotros no tuvimos la menor opción de elegir el bando que más nos convenciera, simplemente caímos donde el azar quiso, viéndonos forzados a luchar en defensa de una facción que no habíamos elegido y con la que no teníamos por qué necesariamente simpatizar, sin que se nos permitiera no ya pasarnos al *enemigo*, sino tan siquiera inhibirnos en una lucha por el poder que muchos considerábamos ajena por completo a nuestros intereses.

Pero nos dio igual. Eso sí, unos tuvieron la suerte de caer en el bando vencedor mientras otros lo hicimos en el derrotado, lo que determinó que nuestra existencia para el resto de la eternidad quedara dividida entre ángeles y diablos sin que se nos diera la menor oportunidad de redención abjurando de nuestros presuntos errores.

Dentro de la desgracia a mí no me fue del todo mal, ya que como cabe suponer los concriptos del ejército infernal quedamos fuera del reparto de cargos y prebendas con los que se *premiaron* los verdaderos responsables de la fallida rebelión una vez que se organizó el nuevo estado. Gracias a mi don de gentes me libré de ser destinado a las temidas *calderas*, es decir, a la vigilancia y custodia de los condenados. Huelga decir que el infierno, aun siendo un lugar de castigo, nada tiene que ver con esas absurdas fantasías medievales que contribuyera a popularizar Dante, aunque en cualquier caso se trata de un destino nada apetecible, sobre todo dado que quien tuvo la mala suerte de caer allí sabe que permanecerá *ad eternum* en ese lugar dada la inexistencia de concursos de traslados en la anquilosada burocracia infernal.

A mí, por fortuna, me destinaron al negociado de compra de almas... o de venta, según el punto de vista de los postulantes, siendo preciso advertir que por una de las muchas cláusulas abusivas que nos impusieron quienes ganaron, nunca se nos permitió hacer un campaña activa de captación de clientes equivalente a lo que ellos llaman proselitismo, por lo que nos veíamos forzados a esperar a que algún mortal nos ofreciera voluntariamente una transacción de este tipo... lo cual en mi caso era una ventaja, puesto que me ahorraba mucho trabajo al tiempo que me libraba de tener que convencer a nadie que no estuviera previamente convencido. Al fin y al cabo ni cuento con posibilidades de ascender a la segunda clase ni mucho menos disfruto de las prebendas de la primera, ya que ni tan siquiera se dignan pagarnos una miserable prima por cada alma comprada. Así pues allá se las entiendan ellos, bastante hago cumpliendo con mis obligaciones como para encima andar poniendo en ellas un entusiasmo que ni siento ni jamás me van a agradecer.

Las cosas como son, mi trabajo no era malo, sobre todo teniendo en cuenta mi habilidad para burlar a quienes pretendían envolverme en sus marrullerías, ya dice el refrán que quien engaña a un ladrón tiene cien años de perdón, aunque en mi caso la única gratificación fuera una hipócrita felicitación de mi jefe de sección, un clase 2 lameculos de la clase 1, especialista en apropiarse de los aciertos de sus subordinados y en escurrir el bulto a la hora de cargarnos con el marrón de sus meteduras de pata.

Eran unos tiempos buenos, he de reconocerlo, y la verdad es que disfrutaba timando a potenciales timadores -la mayoría de los *vendealmas* lo pretenden-, lo cual me servía de desahogo frente a las miserias -iba a decir humanas, pero ustedes ya me entienden- con las que me tenía que enfrentar en mi propio trabajo.

Por desgracia, las cosas fueron yendo cada vez más a peor. La culpa la tuvo el cada vez mayor descreimiento de los potenciales *clientes* del enemigo ya que, si no creían en ellos, difícilmente creerían en nosotros al considerarnos unos meros comparsas cuya única misión consistía en ejercer un contrapunto poco menos que folklórico, a la manera que los superhéroes de los *cómics* americanos precisan para lucirse de supervillanos que, además de ridículos, están predestinados a ser derrotados una y otra vez por su sempiterno rival. He de advertir que todo lo relativo a cultos satánicos, misas negras y cosas por el estilo es fruto de mentes enfermas -tanto las de los que los practican como las de quienes lo creen- sin el menor rigor digamos religioso y, por supuesto, carentes de cualquier tipo de aval por parte nuestra. De hecho si pudiéramos los erradicaríamos puesto que lo único que nos dan es mala prensa, pero no nos está permitido hacerlo puesto que les vienen muy bien a los de *allá arriba* para desprestigiarnos.

En cualquier caso, cada vez era más difícil conseguir nuevos *clientes*, algo que a mí personalmente no me preocupaba demasiado aunque, por si acaso, fingía lo contrario frente a mis jefes e incluso frente a mis compañeros, que nunca se sabe por donde te va a

venir el navajazo. No obstante, lo peor -para mí, se entiende- no era eso, sino un efecto secundario fruto del ya aludido descreimiento: el *enemigo* comenzó a padecer un galopante descenso de nuevos ingresos, y ya se pueden ustedes imaginar donde acabaron parando todos los que eran rechazados allí.

En consecuencia, comenzamos a sufrir una preocupante superpoblación reclusa que obligó a habilitar hasta el último rincón de nuestro territorio mientras *ellos* gozaban de una apacible disponibilidad de espacio. De paso también fue necesario trasladar a las secciones carcelarias a un elevado número de funcionarios que hasta entonces no habían ejercido estas tareas, lo cual se tradujo en un malestar generalizado no sólo frente a los impositivos mandos intermedios, todos de clase 2 y por lo tanto al margen de esta amenaza, sino también frente a los inoperantes y paniaguados sindicatos, que nada hicieron por intentar evitarlo.

Yo conseguí librarme de la escabechina, y aunque mi departamento sufrió una brutal reducción de plantilla con la excusa de que ya no éramos necesarios tantos agentes comerciales -imagínense a donde fueron a parar mis antiguos compañeros-, fui uno de los pocos a los que mantuvieron en su puesto.

Llegó un momento en el que los encargados de la logística carcelaria no sabían donde meter a tanto recluso, ninguno de los cuales cumpliría jamás su condena ni tampoco fallecería, por lo que su número se incrementaba de forma exponencial, por lo que todas las secciones vinculadas de una u otra manera a la captación de almas, entre ellas la mía, recibieron instrucciones tajantes de reducir lo máximo posible su actividad como medio de paliar, siquiera en parte, el aluvión que nos caía encima. ¡Qué lejos estaban los días en los que nuestra meta no era otra que la de arrebatarles a los *otros* el mayor número de clientes posibles!

Como era de esperar, a los supervivientes de la menguada plantilla se nos conminó a rechazar de forma sistemática cualquier oferta de venta de almas, cada vez menos por cierto, que pudiera llegarnos. No es que antes no se rechazaran bastantes de ellas por absurdas, irrelevantes o imposibles de cumplir. Recuerdo algunos casos estrambóticos como el del condenado a muerte que intentó vendernos con toda desfachatez la suya - bastante negra, por cierto- que caería en nuestro poder de forma inmediata y sin ningún coste por nuestra parte; o la de aquél que a cambio de la suya, tasada por nuestros evaluadores en apenas un uno sobre una escala de diez, pretendía que España volviera a ganar el festival de Eurovisión, un caso similar al del residente en una población de apenas cinco mil habitantes que puso como precio que el equipo de fútbol local, militante perpetuo en categorías regionales, ascendiera a primera división e incluso que quedara campeón de liga.

Huelga decir que ninguno de ellos lograba salvar los filtros previos por lo que no llegaban a nuestras manos, lo que no impedía que, convertidos en clásicos, circularan en forma de jugoso anecdotario por todo el departamento.

A pesar de estos filtros sí acabábamos firmando contratos, mientras ahora, por el contrario, debíamos rechazarlos en su totalidad por muy interesantes que nos pudieran parecer. Y como no nos estaba permitido hacer oídos sordos a las invocaciones ya que *ellos* consideraban una virtud encomiable resistirse a la tentación, nos cayó el embolado de tenerles que decir a todos que no buscándonos las excusas que consideráramos más convenientes en cada caso, algo que a la par de incómodo nos convertía en la antítesis de lo que siempre se había considerado un buen vendedor... o comprador, según se mire.

Era lo que había, por lo que no nos cupo otro remedio que resignarnos; y todavía dando gracias, ya que la única alternativa a nuestro devaluado trabajo eran las *calderas*. Por fortuna cada vez había menos invocantes... pero los seguía habiendo, por lo que teníamos la obligación de estar siempre disponibles.

Estaba dedicado a mis cosas -si no me encargaban nada pero me obligaban a seguir yendo a la oficina era normal que procurara matar el tiempo de alguna manera-, cuando mi jefe me hizo llegar una orden de trabajo. Estaba calificada con un 5, lo que quería decir que se trataba de un caso complicado. Vamos, un marrón de categoría XXL. Firmé el acuse de recibo, leí el informe en el ordenador -bueno, en su equivalente, no crean que estamos tan anticuados-, lo que me obligó a interrumpir la partida de buscaminas pentadimensional cuando estaba a punto de asegurar la cuarta dimensión y, como buen profesional, me dispuse a coger el toro por los cuernos.

Hablando de cuernos: he de confesar que lo que más me molesta de mi trabajo es el ridículo disfraz que me veo obligado a adoptar sólo porque en el imaginario popular se nos ha venido representando desde hace siglos con cuernos, rabo y patas de macho cabrío, piel de color rojo vivo y exhalando un pestilente olor a azufre; y menos mal que conseguimos librarnos del tridente con la excusa de que resultaba amedrentador para nuestros potenciales clientes, además de un estorbo en los recintos cerrados. En realidad, como cabe imaginarse, nosotros no tenemos forma física alguna, por lo que hemos de adoptar alguna cuando entramos en contacto con un mortal para que éste pueda vernos y oírnos; pero nosotros preferiríamos que fuera una más digna y menos peyorativa que la de diablo de opereta, al fin y al cabo somos profesionales cualificados y no cobradores de morosos ataviados de forma estrafalaria para llamar la atención.

Huelga decir que nos hartamos a protestar, pero la respuesta que nos dieron fue que el cliente mandaba y que, si se le antojaba que apareciéramos frente a él encarnados en un elefante volador de color rosa -por fortuna nadie llegó a hacerlo, ni siquiera los borrachos en pleno delirium tremens-, pues a vestirse de elefante rosa tocaba, sin olvidarnos de las alas. Yo aduje que, dado que teníamos órdenes de rechazar de forma sistemática todas las

invocaciones que se nos hicieran, poco importaba la forma que adoptáramos, e incluso podría ser conveniente que ésta resultara, digamos, disuasoria; pero pese a lo razonable de mi propuesta ésta no fue tomada en cuenta, sospecho que porque no se le había ocurrido antes a ninguno de ellos.

Aprovecho la ocasión para recordar que obviamente nuestros rivales tampoco tienen cuerpo físico ni, por consiguiente, forma propia, algo lógico dado que son idénticos a nosotros salvo en su pertenencia al otro bando, razón por la cual su apariencia angélica con largas y sedosas guedejas doradas, impoluta túnica blanca y alas emplumadas a la espalda es puro *marketing* y más falsa que el alma de Judas. Y no digo nada de su pretendida falta de sexo; por lo menos nosotros no somos tan hipócritas como ellos. Hablando de Judas, he de decir que le conozco personalmente y no es en modo alguno una mala persona, sino tan sólo un pobre infeliz a quien le tocó cargar con el mochuelo.

Pero estoy divagando, así que volvamos al relato. Una vez leído el expediente pasé al departamento de vestuario, me endosé el disfraz carnavalesco eligiendo el modelo más discreto que encontré entre todos los disponibles, y me dirigí a la cámara teletransportadora que me conduciría al domicilio del candidato a vender su alma. No se sorprendan; aunque podemos viajar por nuestros propios medios nos resulta más cómodo hacerlo así, al fin y al cabo ustedes también acostumbran a coger el coche para recorrer una distancia que podrían hacer perfectamente a pie.

Mi interlocutor había realizado previamente todo el ritual establecido, algo que pese a haber quedado obsoleto hacía siglos, los *cerebros* de nuestro departamento, aquejados de un conservadurismo secular, se habían negado a modernizar pese a que un enlace en las redes sociales probablemente habría resultado mucho más efectivo; no obstante, dado que todas estas invocaciones estaban condenadas al rechazo, siempre resultaría útil poder acogerse a un presunto defecto de forma para hacer caso omiso de ésta.

Por desgracia, no era éste el caso. El invocante había seguido escrupulosamente las instrucciones, así que no me quedaba otro remedio que materializarme siguiendo el absurdo protocolo y buscar una excusa para darle largas. Y así lo hice, apareciendo teatralmente ante él en mitad de un fognazo adobado por una pestilente nube de azufre quemado.

-¡Uf, qué pestazo! -exclamó éste a modo de saludo, arrugando la nariz.

Y tras recobrar la compostura, me increpó:

-¿Eres tú el poderoso Satán, Príncipe de las Tinieblas?

Otra cosa de la que estaba completamente harto. ¿Acaso pensaban estos imbéciles que el mismísimo Jefe Supremo iba a andar perdiendo tiempo para negociar con sus

insignificantes almas? Para eso estábamos nosotros, los pringados de tercera clase, y aún tendrían que dar gracias porque no les hubiéramos mandado a un simple capataz.

-No, soy el diablo Zabulón -respondí lo más educadamente que pude, reprimiendo mis intentos de mandarlo... no al infierno, bastantes cretinos teníamos ya dentro, sino a algún sitio peor-. He sido delegado por el Gran Satán para atender a tu petición.

-Está bien -suspiró sin ocultar su frustración-. Supongo que estarás autorizado para realizar la gestión.

¿Autorizado? ¿Pero qué se creía este cretino? Ganas me dieron de convertirlo en una cucaracha como la de *La metamorfosis* de Kafka, pero por fortuna conseguí contenerme a tiempo ya que la satisfacción me habría salido cara y no me apetecía verme en un batallón carcelario de castigo encargado de vigilar a forofos futbolísticos, escritores de ciencia ficción e incluso a los mucho más temidos políticos. Tuve, pues, que tragarme el cabreo a duras penas asegurándole lo más humildemente que pude que sí lo estaba.

-Vale, pero por lo menos ¿te importaría dejar de oler tan mal? Por cierto, así entre nosotros tampoco hace falta ese disfraz de opereta que parece haber salido de una versión barata de *La divina comedia*. En lo que a mí respecta, puedes adoptar un aspecto más discreto. Y sal del pentáculo y siéntate -añadió señalándome un sillón frente a él- , supongo que no te cansarás estando de pie, pero así la charla será más agradable.

Bien, el tipo no era tan tonto como temía. Accedí a sus propuestas, transmutándome - aunque para él fue un cambio instantáneo a mí me dio tiempo a volver a vestuario, cambiar de atuendo y aparecer de nuevo- en un discreto contable de mediana edad, calvo y algo gordito, ataviado de forma anodina

Me miró de arriba a abajo y protestó:

-Ya puestos, no te habría costado trabajo convertirte en una tía buena... en cuanto a la colonia que te has puesto, me recuerda a la que usaba mi padre; casi prefería el azufre.

Hice caso a su última sugerencia -a mí tampoco me gustaba nada el olor de la dichosa colonia- pero me negué en redondo a travestirme en un súcubo no fuera a ser que el individuo intentara propasarse, algo que no entraba en mis planes, dado que teníamos terminantemente prohibido intimar con los potenciales clientes y las relaciones carnales eran responsabilidad de otro negociado distinto. Además yo también tengo mi dignidad y mis gustos, y el tipejo esmirriado y con cara de lechuza que tenía enfrente no me motivaba en absoluto. Por lo tanto seguí como contable aunque, eso sí, inodoro.

-Sé captar una indirecta -rezongó-, así que tendré que conformarme con lo que hay. ¿Traes al menos una copia del contrato?

Con las prisas la había olvidado, así que volví corriendo al despacho, imprimí una copia y, ya de vuelta, fingí que la sacaba del maletín de cuero que como buen contable tenía sobre las piernas. De todos modos sabía que no serviría de nada; se trataba de un documento tipo redactado por nuestros servicios jurídicos que, a fuer de genérico, había acabado siendo era más ambiguo que un libro en blanco. Y no era por casualidad, ya que los leguleyos de los servicios jurídicos lo habían redactado así de forma deliberada ya que nos permitía sacudirnos las pulgas en muchos de los casos potencialmente conflictivos; pero a mí no me solía servir de la menor ayuda.

Por esta razón los agentes comerciales nos guiábamos por los informes confidenciales que redactaba el Servicio de Información Infernal, mucho más precisos en los datos concretos que a nosotros nos interesaban, que no eran otros que los que nos permitían saber de qué pie cojeaba el interfecto; no sin la oposición de los jefes, tan pelotas con los de arriba como déspotas con los de abajo -huelga decir que todos ellos eran desertores de los trabajos de campo, y eso los que no habían accedido a su estatus directamente por enchufe-, los cuales lo veían con malos ojos argumentando que los buenos agentes debían guiarse por su propia intuición sin necesidad alguna de muletas externas. Serían...

Fingiendo que revisaba el inútil contrato lo que saqué en realidad fue el informe del SII que acababa de recibir pese a haberlo solicitado con suficiente antelación -ni siquiera aquí nos libramos de la burocracia-, por lo que no lo había podido consultar antes. El milisegundo que dediqué a su lectura bastó para dejarme claro que tampoco me serviría de mucho, ya que en aplicación de la recientemente aprobada Ley de Protección de Datos el documento estaba tan censurado que la poca información salvada de la criba bien podría haberla encontrado, y seguramente todavía más, en cualquier base de datos de acceso público.

Muy a mi pesar, tendría que recurrir a los métodos clásicos para sonsacar al individuo cuanta información de interés pudiera, dando por supuesto que éste no me lo pondría fácil ya que mi intuición dejaba claro que debía tener más conchas que un galápago. Pero soy diablo viejo -en realidad todos lo somos, como cabe suponer- por lo que confiaba en ser más listo que él, siempre que el refrán estuviera en lo cierto.

Así pues comencé el interrogatorio con una serie de preguntas aparentemente triviales para ir sondeándole antes de recurrir a la artillería pesada. Pero el tipo, lo repito, no era tonto, de hecho había sido puntuado con un siete, y me interrumpió apenas había abierto la boca.

-¿Acaso no están ya especificadas las condiciones en el contrato? -protestó-. ¿A qué vienen entonces estas preguntas?

Yo intenté explicarle que el contrato era tan sólo un marco genérico al que había que complementar con las condiciones particulares de cada caso, que eran las que en realidad

importaban, por lo que lo habitual era someter a los invocantes a un breve cuestionario. Pero la seguridad con la que me increpó me hizo dudar, razón por la que dediqué otro milisegundo a leer, en esta ocasión sí, el dichoso contrato... y me quedé de piedra, si es que tal metáfora puede aplicarse a un ser incorpóreo como yo.

El fulano tenía razón, no se trataba de un contrato tipo sino de algo muy diferente, ya que la habitual fórmula de “*el demandante entrega su alma a cambio de tal beneficio...*” había sido sustituida por la de “*el demandante se compromete a no entregar su alma a cambio de tal beneficio...*”, lo que cambiaba drásticamente su sentido.

Me encontraba perplejo, puesto que jamás en mi larga trayectoria profesional había tropezado con un dislate de semejante calibre. ¿Cómo se les había podido colar a los chicos de la sección de cribado? Hasta que caí en la cuenta de que a los pobres les habían mandado en su totalidad a *calderas*, reemplazándolos por un programa informático que, a decir de sus promotores, era el no va más de la inteligencia artificial... ya se veía.

Pero como en cualquier caso iba a rechazarlo, las cosas no cambiaban demasiado; eso sí sería más complicado, ya que al haber sido aceptada en mala hora su solicitud ahora me tocaba cargar con el muerto, debiendo evitar por todos los medios que interpusiera una reclamación ante el Defensor del Alma ya que éste solía fallar casi siempre a favor del solicitante; cómo no, si lo nombraban los de *arriba*.

En cualquier caso era absurdo, como le hice saber.

-Como es fácil deducir, señor X -aunque conocía su nombre no puedo revelarlo por las ya explicadas restricciones impuestas por la Ley de Protección de Datos-, se ha debido producir un error en la redacción del contrato, por lo que le pido disculpas. Está claro que nosotros pagamos en metálico o en especie, siempre que haya acuerdo entre las dos partes, a cambio de las almas, no al contrario tal como pudiera deducirse equivocadamente de una lectura literal de este párrafo. Así pues, corresponde enmendarlo antes de que pasemos a considerar las condiciones particulares...

-¡De eso nada! -me interrumpió con vehemencia, al tiempo que una sonrisa mefistofélica afloraba en su rostro-. El contrato está perfectamente redactado, y fue aceptado en su integridad. Podemos regatear las condiciones particulares, como dices, pero ese párrafo no se toca.

-No le entiendo... -realmente era difícil que un mísero mortal me desorientara, pero el muy puñetero lo había conseguido-. Existe un defecto de forma que es preciso corregir, por mucho que yo aceptara estas condiciones los supervisores lo echarían atrás, con lo cual no habríamos ganado más que una innecesaria pérdida de tiempo.

-Puede que sí, si tus compañeros son tan cuadriculados como tú; pero eso no impediría que siguiera reclamando hasta conseguir su aceptación. Y sabes de sobra que acabaría saliéndome con la mía.

Por supuesto que lo sabía, y a punto estuve de soltarle un buen chorro de fosgeno, iperita, cianuro o cualquier otro gas de efectos similares; pero esto sólo empeoraría las cosas, y ya estaba bastante enrevesado el asunto. Por si fuera poco me quedé bloqueado durante unos cien milisegundos, y fue él quien me sacó del atasco.

-Hablando se entiende la gente -me tentó el muy taimado-, así que vamos a considerar este punto de fricción que ha surgido entre nosotros. Tienes toda la razón cuando afirmas que se trata de una redacción insólita, pero yo voy a explicarte los motivos por los que considero que este contrato es mucho más beneficioso para vosotros que el famoso contrato tipo que pretendías endosarme.

-Usted dirá -concedí a regañadientes, tieso como un palo, en un intento de ganar tiempo, algo que puede llegar a sorprender teniendo en cuenta la diferencia existente entre nuestros respectivos ritmos vitales.

-Supongamos, conste que es sólo una hipótesis -se regodeó el maldito-, que en el infierno tuvieran un serio problema de espacio. Supongamos que, por ello, sus responsables prefirieran reducir en lo posible los ingresos de nuevos condenados, intentando por todos los medios cerrar el paso cuanto menos a quienes pretendieran entrar en él de manera voluntaria. En ese caso, ¿no sería lógico pensar que se podría establecer algún tipo de incentivo para convencerles de que no lo hicieran? -concluyó con una sonrisita hipócrita.

El caso era que el tipo había dado en el clavo, vete a saber de qué manera habría conseguido enterarse de como estaban las cosas, puesto que como cabe suponer la aguda carestía de espacio que padecíamos se mantenía en riguroso secreto. Así pues, decidí contraatacar con las mismas armas.

-Supongamos, aunque sea mucho suponer, que lo que usted afirma fuera cierto, pese a que parece olvidar que el infierno, al igual que eterno, es también infinito -esto último era un descarado farol-, por lo que ni nos falta espacio ni nos llegaría a faltar aun en el peor de los casos. Supongamos también que existiera una campaña de desincentivación de las ofertas voluntarias de almas, con o sin que mediara retribución alguna por ello. Pero, ¿acaso piensa usted que suprimiendo estos ingresos se lograría aliviar mínimamente esta presión demográfica? Por favor, seamos serios. Teniendo en cuenta que custodiamos miles de millones de almas desde el origen de los tiempos, y que cada día que pasa entran en el infierno centenares de miles más, que contáramos o no con la suya resulta de todo punto irrelevante. Lamento herir su amor propio, pero para nosotros usted supone menos que un grano de arena en una playa, o una estrella en la totalidad del firmamento.

La réplica me había salido francamente bien, pero el muy canalla estaba muy lejos de darse por vencido.

-Su argumentación es acertada -me respondió con aplomo-; o mejor dicho lo sería si se tratara tan sólo de mi alma. Pero para su desgracia, no es así.

-¿Cómo que no es así? -salté sintiendo pisar tierra firme, puesto que sabía perfectamente que el ofrecimiento voluntario de almas, aun cuando fuera a cambio de contraprestaciones, llevaba tiempo en mínimos históricos, con independencia de la política actual de rechazo sistemático de los pocos casos que, pese a todo, nos seguían llegando-. Demuéstrémelo -le reté.

Y lo hizo.

-¿Has oído hablar de la reacción en cadena?

No me sonaba, pero me bastó medio milisegundo para documentarme, sin que pudiera encontrar la relación que podía haber entre la fisión nuclear y el caso que nos ocupaba. Y así se lo dije.

-Pues existe -me respondió-, y resulta bastante evidente. Como supongo sabrás, la reacción en cadena consiste en que un neutrón choca contra un átomo pesado, pongamos uranio o plutonio, provocando su rotura en dos pedazos junto con la emisión de varios neutrones que a su vez chocan con otros átomos, reproduciéndose el mismo proceso una y otra vez cada vez en mayor magnitud ya que sigue una progresión geométrica. En realidad debería llamarse reacción en cascada o en bola de nieve, pero bueno, ese nombre le pusieron y con él se quedó...

Y viendo mi hierática expresión, continuó:

-Yo podría ser el equivalente a ese neutrón inicial provocando una avalancha de entradas en el infierno, lo que acarrearía un colapso todavía mayor en él. Podría... o no podría, en función de que llegáramos o no a un acuerdo.

-Muy seguro se muestra usted de su capacidad -objeté con cara de pocos amigos-; pero antes tendrá que demostrarme que no es un simple charlatán intentando venderme humo.

-Le voy a explicar mi plan o, mejor dicho, una parte de mi plan; lo suficiente para convencerle de que no fanfarroneo, pero lo justo para evitar que puedan intentar impedírmelo. No, no pretendo promover nada parecido a una epidemia de venta de almas, si es eso lo que teme, ya que esta iniciativa estaría condenada al fracaso; es mucho más sencillo, simplemente se trataría de provocar un incremento exponencial de ingresos forzados en el infierno a los cuales no podrían oponerse.

-¿Y cómo lo haría? -me burlé-. No creo desvelar ningún secreto si le explico que en estos momentos, debido a una drástica disminución del número de creyentes, son muy pocas las almas que entran en el cielo y, por consiguiente, una mayoría las que acaban bajo nuestra autoridad. Así pues, aunque usted consiguiera que ni una sola de las primeras alcanzara el estatus de bienaventuranza, el incremento de la presión demográfica en el infierno sería mínimo.

Lo que acababa de decir era cierto, pero mi interlocutor no se amilanó por ello.

-Convengo con usted siempre que hablemos sólo de católicos, o mejor dicho de cristianos; pero le recomiendo que no olvide la existencia de otras religiones.

Antes de continuar, considero necesario explicarles, siquiera de forma somera, como funcionan las cosas por aquí. Todas las confesiones cristianas, excepto las sectas, tienen firmado un convenio mediante el cual comparten un único cielo y un único infierno, ya que no tenía sentido que las diferencias existentes entre ellas, fruto de irrelevantes discrepancias teológicas o en muchos casos de luchas políticas, se siguieran manteniendo aquí. Así pues, a la hora de ser juzgadas todas las almas cristianas pasan por los mismos filtros y van a parar a idénticos lugares -cielo o infierno- con independencia de que pertenezcan a un católico, un luterano, un anglicano, un ortodoxo, un maronita o un copto, por poner tan sólo los ejemplos más relevantes.

Caso aparte es el de las sectas, repudiadas por todos y, por consiguiente, con sus adeptos condenados de forma sistemática al infierno salvo en casos muy excepcionales, suerte que también corrieron los herejes de siglos pretéritos y los ateos, agnósticos, escépticos y descreídos modernos en cualquiera de sus variantes.

Pese a todos los intentos realizados, no ha sido posible extender este acuerdo al resto de las religiones no cristianas, tanto las que en el pasado y aun en el presente fueron rivales directas suyas, como el judaísmo y el islamismo, como aquéllas históricamente ajenas y por lo general poco o nada proclives a una influencia mutua, caso de las principales religiones orientales como el hinduismo, el budismo, el confucianismo, el taoísmo o el sintoísmo, junto con otras minoritarias tales como los parsis, los nestorianos, los sijs, los bahais, los jainistas o los drusos. Cada una de ellas tiene su propio régimen *post mortem*, en ocasiones tan incompatible con el nuestro como es el sistema de las reencarnaciones, y lo aplican a su libre albedrío únicamente a sus respectivos fieles.

Queda, por último, un tercer grupo que a modo de cajón de sastre abarca tanto a los creyentes de religiones extintas, principalmente las politeístas de la antigüedad y los maniqueos, como a los animistas -antiguos y actuales- y otros cultos raros como el chamanismo, la santería o el vudú, todos ellos englobados dentro de la tradicional definición de idolatría. Puesto que no se sabía qué hacer con ellos y nadie quería hacerse cargo de sus almas, se optó por mantenerlos en una especie de limbo en el que se

reprodujeron, a modo de escenarios teatrales, sendos simulacros de los distintos ámbitos celestiales o infernales en los que sus fieles creían cuando estaban vivos, existiendo además un apartado propio para todos aquéllos cuya formación intelectual durante su encarnación mortal les había apartado de tan ingenuas creencias tal como ocurrió con los filósofos griegos, que disfrutaban de una cómoda existencia inmortal dedicados a confrontar unos con otros sus respectivas e interminables teorías.

Hecha esta aclaración, retomo el hilo de la narración. Es evidente que cuando reté al presuntuoso señor X yo me refería tan sólo el ámbito cristiano, ya que los del resto de las religiones, a efectos prácticos, no nos afectan salvo de forma muy excepcional. Sólo en las contadas ocasiones casos en las que se producen conversiones en uno u otro sentido éstas entran o salen de nuestra jurisdicción, según el caso; pero mientras los escasos conversos al cristianismo suelen ir de manera sistemática al cielo por razones obvias, los renegados cristianos a los que les da por hacerse musulmanes o budistas, según sea la moda, se quitan de en medio e incluso nos hacen un favor ya que, por lo general, de no haber apostatado habrían acabado siendo *huéspedes* nuestros en su inmensa mayoría.

En cualquier caso, cada religión tiene sus propia casuística y no suele mostrar el menor interés en fomentar unos trasiegos masivos que obligatoriamente han de tener lugar en vida del interesado, puesto que entre los diferentes territorios religiosos no existe nada equivalente a una extradición y cuando un alma entra en uno cualquiera de ellos puede tener bien seguro que no podrá salir de allí en toda la eternidad.

Pero el maldito, tal como me había insinuado, no se refería al ámbito cristiano, sino a los otros. Y además estaba bien informado. Demasiado bien informado para mi gusto.

-¿Y eso qué importa? -le espeté fingiendo una seguridad que estaba lejos de sentir, ya que empezaba a sospechar por donde iban a venir los tiros-. Usted es oficialmente católico, por lo que salvo que se convirtiera en vida a otra religión no cristiana en nada nos afectaría su defección, dando por supuesto que acabara en el infierno, salvo en el hecho de que dejaría su puesto libre, algo que no lamentaríamos. Por supuesto, lo que le pasara allá donde usted cayera es algo que no nos importa en absoluto.

-Sigue usted sin entenderme, o sin querer entenderme -me soltó con una cínica sonrisa de oreja a oreja-. Jamás me he planteado escapar de la jurisdicción cristiana, aunque sí del catolicismo. En concreto, mi plan consiste en fundar una nueva secta.

Hube de reprimir una carcajada ante la ingenuidad de lo que acababa de oír. Ciertamente es que en los últimos tiempos las sectas han proliferado como setas, si se me permite el chiste fácil, pero no menos cierto es también que el montante total de sus adeptos, en comparación con el conjunto de la grey cristiana, siempre ha sido insignificante. Además, tal como he explicado, todos sus seguidores acaban sistemáticamente en una sección especial de nuestros dominios, por lo que estamos acostumbrados a tratarlos. Y si

pretendía hacer crecer a la suya lo llevaba claro; está comprobado que el porcentaje de candidatos potenciales a ingresar en una secta cualquiera nunca excede de una modesta cantidad, y si lo que pretendía era arrebatarles fieles a las otras sectas le iba a dar lo mismo, ya que nosotros no hacemos la menor distinción entre ellas y todos sus adeptos van a parar al mismo saco.

-¿Sólo eso? -aun sin reírme, no disimulé mi desdén-. Menuda novedad, como si hubiera pocas...

-Sigue sin querer entenderme -repitió impertérrito-. Por supuesto la secta será cristiana, ya que ésta es la única manera que tengo de presionarles. Pero eso no quiere decir que quienes ingresen en ella lo sean; los postulantes cristianos serán bienvenidos, por supuesto, pero el grueso de mis seguidores procederá de otras creencias. Y como todos ellos, incluso yo mismo, estaremos condenados a priori, esto provocará un flujo neto de ingresos en el infierno que se sumará al ya de por sí agobiante que padecen ahora.

-El peso de una pulga sumado al del perro -me mofé sin el menor disimulo-. ¿Sabe cuántos sectarios, herejes y ateos tenemos censados? ¿Adivina qué porcentaje supone la suma de todos ellos frente al total de los condenados? Puede estar seguro de que éste es ínfimo. Se tendría que convertir en un émulo de Jesucristo, Buda o Mahoma para poder desequilibrarnos, y como poco eso le llevaría siglos... si es que lo llegara a conseguir, puesto que los tiempos son otros y los aspirantes a fundadores de nuevas religiones lo tienen realmente crudo salvo, claro está, que se conforme con reunir a su alrededor un puñado de zumbados a los que poder pastorear a su antojo, algo sencillo pero donde se encontrará con tan poca cosecha como dura competencia.

Mi réplica no podía haber sido más contundente; pese a que la diferencia de ritmo temporal entre el mundo mortal y el infierno hacía que en mi ámbito tan sólo hubieran transcurrido apenas unos minutos, estaba empezando a hartarme y, por consiguiente, a perder la paciencia. Pero para mi exasperación esto tampoco sirvió de mucho frente a su estolidez berroqueña.

-¿Me ha oído bien? -porfió-. He dicho que pienso captar mis adeptos entre las religiones no cristianas, por lo que su argumento se cae por su propio peso, ya que contaría con potencial de sobra. Y no serán unos pocos, sino millones. Muchos millones.

-¿Y cómo pretende conseguirlo? -exploté sin disimular mi malhumor-. El porcentaje de crédulos no varía significativamente de una religión a otra, y además éstos optarían mayoritariamente por pasarse a las sectas de su propia religión, no a la suya, por eso de que más vale malo conocido que bueno por conocer. Sí, ya sé que existen precedentes de cristianos conversos a sectas hinduistas o budistas, pongo por ejemplo, pero ¿cuántos? Existe el hecho incontrovertible de que las grandes religiones son muy estancas entre sí desde hace siglos, y salvo en casos muy excepcionales no ha habido vuelcos importantes

en el equilibrio existente entre ellas. Y si ya sería difícil convertir a un budista, un hinduista o un musulmán a alguna de las grandes confesiones cristianas, o viceversa, no digo ya tratándose de una secta recién fundada, una más en la sopa de letras de ese mundillo. A no ser, claro está -rematé con saña-, que piense contar con los pocos adeptos a las religiones primitivas que quedan todavía sin haber sido asimilados por alguna de las grandes religiones o por sus respectivas sectas.

-Visto que no te vas a dejar convencer fácilmente, tendré que explicártelo con mayor detalle -suspiró X fingiendo pesar-; realmente no esperaba que fuerais tan poco receptivos. Tienes razón al afirmar que, salvo en casos muy concretos, a lo largo de la historia no han sido habituales las conversiones en masa, y todavía menos a una nueva religión; está el caso del cristianismo en el imperio romano, el del islamismo en sus dos o tres primeros siglos de existencia, el del budismo que creció en la India a expensas del hinduismo, aunque tiempo después éste le devolvió la pelota... y poco más, si excluimos las conversiones más o menos voluntarias fruto de los colonialismos europeos a partir del descubrimiento de América.

-No pretenderá darme ahora una lección de historia -gruñí.

-No, en absoluto, sobre todo considerando que debes saber de ello mucho más que yo. Simplemente quería enumerar algunos ejemplos de algo similar a lo que planeo hacer yo... si no llegáramos a un acuerdo -matizó.

-Presunción no le falta.

-Ni motivos para creer que estoy en lo cierto. Y como daba por supuesto que no te ibas a dejar convencer, antes de invocarte preparé un pequeño documento en el que expongo de una manera más científica las líneas maestras de mi plan. Atiende.

Con un mando a distancia encendió la televisión que, adosada a la pared, se encontraba frente a mí, y acto seguido hizo lo propio con un ordenador portátil que estaba conectado a ella, cargando el fichero de una presentación al que me pidió que le prestara atención.

Al principio me pareció pueril, pero poco a poco fue captando mi interés. Se trataba de una prospección, mitad estadística mitad sociológica, similar a las realizadas por las compañías de publicidad para convencer a sus clientes de la bondad de sus campañas publicitarias, y aunque la metodología que utilizaba era mucho más tosca que la nuestra, descubrí con asombro primero, y con pasmo después, que no fanfarroneaba en absoluto. *Era posible*, me dije sintiendo el equivalente diabólico a un escalofrío recorriendo mi inexistente espina dorsal. Era incluso más que probable, dado que el muy puñetero había conseguido dar con uno de esos puntos débiles existentes en la imperfecta mente humana, esos que sólo los grandes manipuladores sociales como fue el caso de los nazis

consiguieron explotar a su antojo. Y lo más sorprendente era que con su plan habría conversiones en masa de fieles no cristianos a su secta, algo que por las razones ya expuestas nos acabaría afectando, y mucho, a nosotros.

Lo que no entendía era por qué no había optado por explotarlo en campos más habituales como la política o la economía en vez de intentar extorsionarnos, y por supuesto me cuidé mucho de preguntárselo. Pero no hizo falta alguna, puesto que fue él quien me adivinó el pensamiento.

-Te estarás preguntando por qué razón no he aprovechado mi descubrimiento para convertirme en un dictador o, de forma más sibilina y también más efectiva, en un autócrata formalmente democrático; o mejor aún, en un lobo financiero podrido de millones. Sí, la verdad es que lo pensé -continuó su soliloquio acariciándose pensativamente el mentón-, pero llegué a la conclusión de que sólo con vosotros podría conseguir lo que verdaderamente ansío, la vida eterna o, por decirlo mejor, la eterna juventud... aquí en la Tierra, por supuesto, ya que una vez muerto, como bien dice el refrán, al burro muerto la cebada al rabo, y dado mi historial sospecho que habría ido de cabeza a vuestro *hotel* conforme cerrara los ojos.

Al fin había puesto las cartas sobre la mesa.

-Concretando -le interrumpí-, lo que usted pretende es que le concedamos la inmortalidad a cambio de no poner en marcha su plan...

En realidad nosotros no podíamos conceder, como es fácil suponer, una inmortalidad absoluta a alguien que todavía no hubiera fallecido, aunque sí era posible retrasar su envejecimiento de forma prácticamente indefinida mediante las pertinentes modificaciones de su metabolismo, interrumpiendo el envejecimiento celular; pero lo vendíamos como tal y a efectos prácticos venía a ser lo mismo, aunque conllevaba ciertos inconvenientes como los periódicos cambios de identidad y de aspecto cada determinado tiempo, con el fin de no levantar sospechas. Normalmente los beneficiarios de estos tratamientos antiedad acababan cansándose de vivir tanto y, o bien nos solicitaban que los interrumpiéramos, o bien los interrumpían ellos mismos recurriendo al suicidio, puesto que en este aspecto seguían siendo tan mortales como cualquiera. Pero como cabe suponer, tampoco dábamos mucha publicidad a esto.

-Bueno, eso y también una ayudita financiera, porque de poco me serviría vivir muchos años sin contar con los medios adecuados para hacerlo de forma decorosa; pero no te creas, no soy avaricioso y me conformo con ganarme el pan sin el sudor de mi frente -rió su propio chiste.

En definitiva, nada que se saliera de lo habitual en estos casos, salvo por el chantaje descarado que pretendía hacernos. Una idea fugaz pasó por mi mente, pero fue él quien se encargó de aguarla.

-Ah, me veo en la necesidad de advertiros que no serviría de nada que fingierais aceptar mis condiciones para a continuación quitarme de en medio en un intento de neutralizar mi plan; lo tengo dispuesto todo de tal manera que, de no mediar una renovación periódica del bloqueo al que le tengo sometido, algo que sólo puedo hacer yo, éste se pondría automáticamente en marcha sin que a partir de entonces nadie, ni siquiera yo, lo pudiera frenar. Por otro lado, y como cabe imaginar, desempeñar personalmente el papel de líder religioso era poco compatible con mis planes a largo plazo, por lo que reservé un discreto papel entre bastidores que me permitiera controlarlo en todo momento evitando dar la cara.

A partir de ese momento mi mente comenzó a funcionar a un ritmo infernal, es decir, infinitamente más deprisa que los insufriblemente lentos cerebros humanos. La amenaza era real, y me constaba que ese insignificante hombrecillo que estaba sentado frente a mí era muy capaz de cumplirla. Y, aunque acceder a su solicitud supondría un perjuicio mínimo e incluso nos libraría del engorro de tener que acogerle como *cliente* durante una buena temporada, por lo cual yo se lo hubiera concedido sin problemas, sabía de sobra que mis superiores lo verían como una derrota o, todavía peor, como una humillación frente a un miserable mortal, algo que sentaría muy mal a su orgullo herido. Y estando yo por medio, acabaría convertido en el chivo expiatorio o, por decirlo en términos prácticos, viéndome trasladado a una de las peores *calderas*, algo que, huelga decirlo, no me seducía en absoluto.

Así pues, tendría que resolver el embrollo por mis propios medios, sin consultar a mis jefes. Pero ¿cómo?

Dicen que la necesidad aguza el ingenio, y así ocurrió cuando, apremiado por la aparentemente irresoluble encerrona, mi mente logró pergeñar una posible solución. Arriesgada y, si me permiten la presunción, maquiavélica; pero aparentemente viable. Lo único que tenía que conseguir era convencer a X sin que se apercibiera de mis manejos, lo que no resultaría fácil a tenor de cuanto había podido comprobar sobre él.

-¿Me permite que le haga una pregunta? -mi frenética actividad mental no había durado para él más que el equivalente a una breve pausa.

-Sí, ¿por qué no? -concedió con falsa amabilidad.

-¿Por qué razón nos eligió a nosotros en lugar de hacerlo con cualquier otro de nuestros *colegas*?

-Bueno... -titubeó por vez primera-. Tal como has dicho yo soy oficialmente cristiano, así que me pareció lo más normal...

-Sin embargo, lo que usted pretende es convertir al cristianismo, sectario pero cristianismo al fin y al cabo, a gente que no lo es...

-Era la única manera de colapsar el infierno mediante una sobrecarga de nuevos ingresos, ya te lo he explicado e incluso tú mismo lo has reconocido -se defendió, cada vez más nervioso-. Además, no todas las religiones disponen de un sistema dual cielo-infierno o su equivalente, así que tampoco contaba con demasiadas alternativas.

-Pero estando por medio creyentes o, mejor dicho, antiguos creyentes de otras religiones, ¿no se le ocurrió la idea de aplicar su plan, que dicho sea de paso me parece acertado, a alguna de éstas?

-Francamente no... pero explícate -concedió al fin, descendiendo el primer peldaño de su camino hacia la rendición.

Y se lo expliqué muy gustosamente.

Me veo obligado a interrumpir de nuevo la narración para describir el complejo equilibrio de las relaciones interreligiosas aquí arriba... porque, en contra de lo que se pueda creer, nosotros no estamos *abajo* sino anejos, aunque estrictamente separados, a las dependencias de nuestros rivales, pero en aras de la sencillez, y dado que ustedes los mortales están familiarizados con el concepto, seguiré hablando de *arriba* y *abajo* para referirme respectivamente al cielo o al infierno.

El conjunto de lo que se conoce como el recinto cristiano tiene a su vez por vecinos a los correspondientes a las demás religiones. En sentido estricto la realidad es mucho más compleja ya que involucra espacios pluridimensionales, universos paralelos y cosas por el estilo, pero será mejor no entrar en detalles porque complicaría mucho mi relato y asimismo resulta innecesario para nuestros fines.

Vayamos al grano. Aparte de nuestra división interna en cielo e infierno, las relaciones entre los diferentes empíreos -defino con esa antigua palabra griega, inexacta pero fácil de comprender, a los recintos de cada una de las religiones- suelen oscilar entre la indiferencia mutua y una hostilidad mejor o peor contenida que podría ser considerada como algo parecido a una guerra fría. Por supuesto en estas *relaciones internacionales* nosotros -me refiero al infierno- somos un cero a la izquierda, y de hecho se nos tiene terminantemente prohibido intervenir en ellas, lo que no impide que nos las hayamos apañado para mantener contactos más o menos clandestinos con algunas secciones también marginadas de los otros empíreos, buscando una mejor defensa de nuestros intereses comunes. Así pues, solemos estar razonablemente al tanto de lo que se cuece por las altas esferas, por más de que estemos imposibilitados para meter baza.

En resumen, el cielo -no el empíreo, ya que de él también formamos parte nosotros- cristiano no se suele llevar ni bien ni mal, en realidad no se lleva, con las grandes religiones orientales, de las que le separan cuestiones tan irreconciliables como la reencarnación. Pero como en realidad apenas ha habido conflictos entre sus respectivas áreas terrenales a lo largo de la historia y éstas no son proselitistas mientras el cristianismo renunció a serlo hace ya tiempo -en la escala temporal humana, se entiende-, las relaciones mutuas, sin llegar a ser amistosas, tampoco son demasiado malas. Simplemente, se respetan.

Puesto que las religiones menores son ignoradas tampoco existen conflictos con ellas, a lo que se suma su escasa o nula capacidad proselitista. A efectos prácticos, y al igual que ocurre con esos minúsculos países de los que nadie sabe qué pintan ahí, es como si no existieran.

Caso distinto es el de las religiones del *Libro*, judaísmo e islamismo, que como buenos parientes siempre se han llevado a matar tanto en el mundo mortal como aquí. De todos modos, existen sensibles diferencias entre ambas. El judaísmo, tradicionalmente perseguido por los cristianos y desde hace poco enfrentado enconadamente al islamismo, por causas esencialmente políticas, acabó derivando hacia un acercamiento con su antiguo enemigo, motivado en parte por la mayor tolerancia de éste y en parte por su patente debilidad frente a sus dos poderosos vecinos.

Este acercamiento no sólo no había tenido su equivalente entre cristianismo e islamismo sino que incluso se habían exacerbado las diferencias -al fin y al cabo lo que ocurre en la Tierra no deja de ser un reflejo de la situación aquí- debido a que mientras el primero había logrado evolucionar, adaptándose a trancas y barrancas a los nuevos tiempos, el segundo se había encastillado en sus esquemas tradicionales sin renunciar a un activo proselitismo que entraba en conflicto directo con los intereses cristianos. En consecuencia las relaciones entre ambos, sin llegar a la ruptura, eran cuanto menos tensas, algo que a nosotros nos traía sin cuidado pero de lo cual estábamos muy pendientes por lo que nos pudiera afectar.

Dada esta situación, pensé que podríamos intentar una jugarreta que nos permitiera matar dos pájaros de un tiro, y en eso consistía mi plan. Según le expliqué a X, resultaría más beneficioso para sus intereses -y para los nuestros, por supuesto, aunque esto me lo callé- que, en vez de fundar una secta cristiana, lo hiciera con una musulmana lo suficientemente herética para que fuera rechazada por sus principales facciones, lo que condenaría automáticamente a todos sus adeptos al infierno... musulmán.

Esta nueva estrategia no perjudicaría a nuestro cielo puesto que su poder de captación de cristianos sería limitada y no afectaría a los candidatos a bienaventurados, puesto que allí nunca se habían visto con buenos ojos los tibios capaces de dudar un solo instante de su fe. Por el contrario a nosotros nos beneficiaría extraordinariamente, no sólo porque

evitaríamos un aluvión de ingresos que nos habría colapsado, sino también porque nos quitaríamos de encima a todos aquellos cristianos que profesaran la nueva fe, la mayoría de ellos previsiblemente procedentes de sectas que, de no haber cambiado de chaqueta, nos habrían acabado cayendo encima.

En cuanto a los perjuicios que se pudieran causar en el *extranjero*... bien, nosotros no éramos culpables, nos habríamos limitado a desviar a los bárbaros de nuestro territorio tal como hicieran en su día los bizantinos, y si algún otro *imperio* era invadido por éstos la culpa sería suya por no haber sabido defenderse. En lo que respecta a las relaciones internacionales más vale no andarse con paños calientes, porque lo que no les hagas tú a los demás es muy probable que tarde o temprano acaben haciéndotelo a ti.

Huelga decir que los de *arriba* jamás nos lo agradecerían, pero bastante tendríamos con sacudirnos el muerto -nunca mejor dicho- de encima. Los únicos por los que lo sentía era por nuestros colegas del infierno musulmán, los sufridos *djinns*, tan aperreados como nosotros y a los que les caería encima un marrón de mucho cuidado, pero ya se sabe que la caridad bien entendida comienza por uno mismo.

Por supuesto X sería recompensado concediéndosele todas sus peticiones e incluso alguna más, ya que nos resultaría extremadamente útil que, una vez convertido en inmortal, siguiera gobernando en la sombra a su organización a través del paso de las generaciones.

Me resultó fácil ponerme de acuerdo con él, e incluso llegó a agradecerme que le pusiera en bandeja una versión de su plan original mucho más interesante que tal como lo había concebido. Por desgracia yo no tenía suficiente autoridad para refrendar el nuevo contrato, ya que éste excedía con creces de una simple venta de almas -o en este caso de una *no venta*- y, por si fuera poco, existía un escollo de complicado engranaje jurídico: si en su necesaria apostasía X dejaba de ser oficialmente cristiano en teoría no podría beneficiarse de las prebendas prometidas, porque cualquier transacción con el alma propia implicaba una renuncia explícita al abandono de su religión original, con independencia de que el acuerdo hubiera tenido lugar *pre mortem*. Esta cláusula tenía su lógica, dado que pretendía evitar que algún *listo*, justo después de vender su alma, intentara esquivar su compromiso pasándose a la competencia, pero en este caso ocurría todo lo contrario.

Aunque no era de esperar que los de *arriba*, una vez enterados del tejermeje, fueran más allá de una condena formal para salvar la cara de puertas afuera, yo necesitaba la aprobación de mis superiores dado que, aunque no serían tan estúpidos como para rechazar un plan potencialmente tan beneficioso, tampoco estarían demasiado dispuestos a sentar un precedente que pudiera volverse contra ellos en un futuro, sin contar con el temor a que los de *arriba* intervinieran directamente para frenarnos -al fin y al cabo no dejábamos de ser un protectorado suyo- si a causa de nuestras intrigas la situación

internacional se complicaba demasiado, con independencia de que no vieran con malos ojos un debilitamiento de su rival secular.

En cualquier caso había que intentarlo, lo cual no resultaría fácil teniendo en cuenta que entre los jefazos y yo se alzaba un férreo muro burocrático al que se podía calificar con todo derecho como infernal, y no precisamente por el lugar en el que nos encontrábamos sino por lo exasperante de su funcionamiento. Pero perseveré, y no tuve que arrepentirme porque, pese a mis temores iniciales, los responsables acogieron con entusiasmo mi plan autorizándome a firmar el contrato con X, con la única salvaguarda de que todo se mantuviera en secreto al menos hasta que las consecuencias del mismo fueran ya irreversibles.

El resto ya es historia. Nuestra intriga rindió los resultados apetecidos y hoy en día - aunque este término cronológico no tiene demasiado sentido aquí- la presión demográfica en el infierno se ha aliviado bastante pese a que, como cabía esperar, siguen siendo bastantes las almas de *nacionalidad* cristiana que nos siguen llegando. Desde entonces han pasado ya varias generaciones humanas y X, al que periódicamente le cambiamos la identidad incluso a nivel genético, ha resultado ser un magnífico gerente de su nueva secta, a la que dirige en la sombra con mano de hierro conforme a sus intereses, que también son los nuestros.

En cuanto a las reacciones externas, hubo un poco de todo. Los de *arriba*, que eran a los que más temíamos, pese a enterarse tempranamente de la superchería -como cabe suponer tienen espías por todos los lados-, optaron por callar y fingir que no sabían nada, aunque como era de esperar ni siquiera se dignaron felicitarnos por una iniciativa que también les beneficiaba a ellos aunque fuera de manera indirecta. Los perjudicados, huelga decirlo, están desde entonces bastante cabreados, pero tal como ocurre en cualquier guerra fría que se precie no tuvieron más remedio que rumiar su enfado. Es una lástima, eso sí, que nuestras antaño cordiales relaciones clandestinas con su infierno se fueran al garete, pero qué se le va a hacer, todo tiene un precio incluso aquí.

Por su parte, el resto de las religiones importantes se limitaron a manifestar sus quejas formales por la sangría de almas que les supuso la maniobra, pero dado su carácter no proselitista tampoco fueron más allá de una mera protesta diplomática.

Pero para mí no fue una victoria. ¿Quieren creer que pese a mi acertada gestión, que fue mucho más allá de mis competencias profesionales, no se dignaron en recompensarme como me merecía, limitándose a agradecerme los servicios prestados con una palmadita virtual en la espalda y si te he visto no me acuerdo? Ni siquiera conseguí un miserable ascenso, por lo que continué en mi cargo de agente comercial dándome con un canto en los dientes -también virtuales- por haber podido eludir el cada vez más probable traslado a *calderas*.

Desengáñense, la ingratitud no es cosa sólo de ustedes los mortales.